

ANTONIO ROMERO SOTO

EL PRECIO DE LA



SANGRE I

Copyright © 2018 Antonio Romero Soto

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

I. OJOS ROJOS

El ruido del periódico impactando contra el borde de la acera de los Clifford rompió el silencio de aquella mañana, eran las 9:05 horas de un sábado tranquilo y soleado. Seis segundos después, un niño abrió la puerta para recogerlo. Tenía el cabello despeinado, levantado por el lado derecho, producto de su posición al dormir, era de un color castaño, liso, le recubría ligeramente las orejas y las cejas, dejando entrever unos ojos marrones, pequeños y marcados, vestía un pijama conjunto, una camiseta de color rojo con unos extraños dibujos negros en el pecho y unos pantalones largos, de un tono rojizo igual al de la parte superior. Unos calcetines blancos le cubrían los pies, invisibles debido a la presencia de aquellos pantalones largos del pijama, que los recubrían. Calzaba unas zapatillas de andar por casa, también rojas y con el borde negro.

—¡Buenos días Mike! —dijo Jennifer, la vecina de la casa de enfrente, que se encontraba regando los tulipanes de su jardín, con un sombrero de paja muy adecuado para la ocasión, una pequeña camiseta de tirantes blanca, unos pantalones vaqueros cortos, que no le llegaban a cubrir ni las rodillas, y calzado deportivo.

Mike, así se llamaba aquel niño, Mike Clifford. Era un niño inquieto e inteligente, que tenía una pequeña curiosidad, algo así como una singularidad, le gustaba mucho el color rojo, el mismo rojo de los tomates, el mismo rojo de las fresas, el mismo rojo de las rosas... El mismo rojo de la sangre.

—Hola Jennifer —dijo él, con la seguridad que nadie se espera de un niño que había cumplido diez años hacía aproximadamente dos meses, el veintitrés de febrero.

—¿Se han levantado ya tus padres? —preguntó Jennifer, dejando en el suelo la regadera que tenía en las manos.

—Mi padre no, pero mi madre creo que está en la cocina.

Jennifer y Kate, la madre de Mike, tenían la misma edad y se conocían desde los doce años, cuando Jennifer tuvo que trasladarse de escuela debido a que sus padres encontraron trabajo fuera de la gran ciudad de Nueva York, cambio bastante complicado para una niña que tenía a todas sus amigas de infancia allí y que no sabía si iba a ser bien aceptada por sus nuevos vecinos. No conocía en absoluto el pueblo al que se dirigía y tenía miedo a tal cambio, había rogado insistentemente a sus padres el no ir, pero estos hicieron caso omiso de las súplicas de su única hija.

En el día de su presentación en la escuela, Jennifer se encontraba muy nerviosa y dubitativa, en todo momento miraba de un lado para otro evitando así la mirada de los demás compañeros de clase. Sintió, por fin, un gran alivio cuando la profesora la mandó sentarse en la cuarta fila de aquella pequeña aula, donde había reservado un sitio desocupado para ella. Empezó a andar hacia aquel pupitre, con la cabeza agachada, con la intención de no tener contacto visual con nadie, no sabía quiénes eran, no sabía las caras que tenían ni lo que pensaban de ella. Se sentó en su silla lo más rápido que pudo, intentando no pasar ni un segundo más de pie, para no encontrarse así como un perfecto blanco de tiro de aquellas miradas juiciosas. No podía dejar de pensar que no se encontraría un recibimiento muy agradable, que los demás alumnos no dejarían de hacerle preguntas insistentes en referencia a su pasado y el porqué de haber cambiado de casa, como si ella fuera culpable o responsable de tal suceso.

—Te llamabas Jennifer ¿verdad? —dijo alguien de su alrededor.

Jennifer escuchó la frase, la escuchó incluso demasiado fuerte, el corazón empezó a disparársele incluso más que antes, cuando se encontraba de pie enfrente de todos. Sabía que eso ocurriría, sabía que sus compañeros de aquel pueblo de mala muerte no dejarían escapar la oportunidad de acosar a una alma perdida e indefensa. A su alma.

La voz parecía venir justo de la mesa de su izquierda, a menos de un metro de sus tímpanos, pero Jennifer hizo como si no hubiese escuchado nada, nada en absoluto. Prefería recibir un escarmiento por su indiferencia que enfrentarse directamente a sus temores. A su realidad.

—Mi nombre es Kate, y ella es Selena —volvió a retumbar aquella voz, insistente, como si no fuese a rendirse en su intención de hablar con la chica desconocida, la chica sin alma.

Jennifer levantó la cabeza muy despacio, girando la misma hacia la izquierda, justo hacia el lugar de donde provenía aquella voz implacable. Incluso, por momentos, parecía que el cuello de Jennifer no se movía ni un centímetro, temerosa, aterrorizada de lo que podía llegar a ver. Unos segundos después su mirada se cruzó directamente con la de aquella chica desconocida que, anteriormente, había ignorado a propósito. Tenía el cabello negro, largo y sin recoger, lo que hacía cubrirle por completo las orejas, aunque Jennifer pudo apreciar un pendiente de aro bastante grande en el oído derecho. La nariz era pequeña, casi chata, los ojos de un color verde claro, bonitos, angelicales, que le producían una mirada brillante y limpia. Finalmente, y lo más importante para Jennifer, bajó unos centímetros su mirada y pudo ver, sintiendo una gran sorpresa, que aquella chica desconocida tenía dibujada una mueca de sonrisa en la cara.

—Todo el mundo me llama Jenn —dijo ella, con la voz aún algo temblorosa.

Jenn se percató que Kate estaba señalando, con el dedo índice de su mano derecha, a la persona que se encontraba justo en el pupitre de delante, y parecía que quería que ella lo siguiese con la vista.

Lentamente, igual que había hecho anteriormente, movió la cabeza, girando el cuello, y siguió la dirección que indicaba el dedo de Kate, para ver a la otra chica que también la estaba mirando, fijamente, dando completamente la espalda a la profesora, como si lo que esta estuviese diciendo no fuese

valioso en ese momento.

Tenía los labios grandes, algo hinchados, el pelo rojizo, liso en la raíz y ondulado por las puntas, como si se lo hubiese peinado esa misma mañana, antes de ir al colegio. Llevaba unas grandes gafas de pasta, de color morado oscuro, que le hacían los ojos bastante más grandes de lo que en realidad eran, como si aquellos poderosos cristales provocasen un efecto lupa. La frente y los pómulos estaban poblados de pecas rojizas que combinaban a la perfección con el color de su cabello. Sus dientes eran pequeños y estaban, algunos, algo torcidos, por lo que llevaba puesto unos soportes que los cubrían, permitiendo así su reorganización.

Un rápido pensamiento hizo suponer a Jenn que esa chica era Selena, y para su sorpresa, también estaba sonriendo.

Veinticinco años después, Jenn y Kate vivían una al frente de la otra e iban cada sábado por la mañana a clases de *spinning*.

Mike cogió el periódico decidido y entró de nuevo a casa, cerrando la puerta tras él. Su madre ya estaba preparando el desayuno para todos. Un pequeño plato de leche con algunas galletas troceadas y aplastadas para Paul, el hermano pequeño de Mike, y un gran cuenco de leche con flotantes cereales de chocolate de una marca muy conocida para Mike y Will, el mediano de los tres, que hacía ya varios meses que quería desayunar y comer lo mismo que su hermano mayor, y aquel día no iba a ser una excepción. El desayuno para el padre consistía en una taza de café bien cargado y un par de tostadas untadas con algo de miel y crema de cacahuets. Kate siempre desayunaba unos cuantos cereales de fibra especiales, de aquellos que contienen poca grasa y ayudan a mantener la línea, un vaso de leche, también baja en grasas, y una pieza de fruta, normalmente una manzana o un plátano verde.

Empezaron a bajar por las escaleras los demás integrantes de la familia. El primero en aparecer fue Will, con un pijama parecido al de su hermano, aunque no era tan rojizo ni llamativo. Después bajó el padre, que llevaba

tomado en brazos al pequeño de la casa, que mostraba una gran sonrisa en el rostro al saber que ya era la hora del desayuno.

Lo más habitual era que desayunasen en la cocina, escuchando las noticias mañaneras por la radio, excepto los días más calurosos de verano, en los que preferían salir a comer al porche, donde corría algo más el aire y el calor no se sentía tan asfixiante como dentro de la vivienda.

Girándose hacia Mike y Will, que permanecían sentados uno al lado de otro, comiendo aquellos cereales de chocolate a la vez, Jeff, el padre, preguntó.

—¿Chicos, qué vais a hacer hoy? —sonriente, para después agachar la cabeza hacia su tostada, untándola aún con más crema de cacahuete.

—Yo he quedado a dar una vuelta en mi bicicleta con Josh, creo que me ha dicho que iremos al parque Greenwall, a ver los animales que encontramos por allí —dijo Mike, sin dejar de hacer crujir los cereales dentro de su boca, masticándolos enérgicamente.

—¡Piscina, quiero ir a la piscina! —dijo agitando las manos Will, que le encantaba el olor a cloro que hacía aquel recinto lleno de agua y vestirse con su gorro de plástico, como si fuese un auténtico nadador profesional.

Jeff era socio de la piscina municipal del pueblo y algunos sábados iba acompañado por los niños a pasar un buen rato y darse un chapuzón.

—Entonces iremos a la piscina con Paul mientras mamá va al gimnasio y Mike sale con la bicicleta, ¿que te parece Will?

—¡Bien! —gritó él, levantando aún más las manos.

—Mike, ten cuidado en el parque y no molestéis a los animales, que tengo

oído que hay algunos salvajes que pueden haceros daño —dijo la madre algo preocupada, conocedora de algunas trastadas que hacía Mike con sus amigos.

—Sí, sí, iremos con cuidado, solo daremos unas vueltas —contestó Mike dibujando una media sonrisa en su cara.

El parque era un lugar bastante grande situado a la salida del pueblo, en dirección norte, los padres de Mike no eran muy propensos a visitarlo, quizá por eso no fueron capaces de advertir a su hijo de lo que realmente podría encontrar allí y, aunque lo supiesen, no podrían haber imaginado que su hijo, junto con Josh y sus respectivas bicicletas, llegasen tan lejos. No podrían haber imaginado que aquel simple paseo cambiaría, de alguna manera, la vida de Mike.

Pasadas unas horas Mike se encontraba solo en casa, su padre estaba con sus dos hermanos en la piscina municipal y su madre había salido con Jennifer hacia el gimnasio, todos tardarían varias horas en regresar.

Cogió la bicicleta que tenía en el garaje, de color rojo oscuro, una tonalidad realmente llamativa, con unas ruedas de montaña gruesas que le permitían viajar por todos los rincones del pueblo, hasta aquellos más difíciles de acceder. El biciclo era demasiado grande para un niño de la edad de Mike, parecía una bicicleta de mayores, pero a él le encantaba y le hacía sentir más grande, le hacía sentir un verdadero adulto.

Se fue hasta casa de su amigo, a unas ocho manzanas de la suya. Josh tenía el cabello negro y rizado, sus padres eran de Camerún, pero habían llegado a Estados Unidos de pequeños, por lo que el chico ya había nacido en el país y estaba perfectamente integrado.

Cuando Mike cruzó la esquina que daba a la calle de Josh él ya lo estaba esperando, sentado en el porche de su casa con su bicicleta al lado, tumbada en el suelo, mucho más pequeña que la de Mike, pero tan veloz como la de su amigo. La había pintado de color amarillo, según Josh porque era rápida como

un rayo, y así era como la llamaba. Estaba jugando con la arena, haciendo dibujos y excavando pequeños agujeros a ver lo que encontraba, era un niño muy curioso e hiperactivo y parecía que nunca se cansaba.

—¡Josh, vamos! —gritó Mike alzando la mano izquierda mientras conducía su bicicleta con la derecha.

Josh, al verlo, se levantó tan deprisa que hasta le dio un pequeño mareo, cogió a su rayo con una mano y se montó encima de él como si el tiempo fuese oro.

Pronto alcanzó a su amigo y se saludaron haciendo un movimiento con la cabeza.

—¿Sabes que me han dicho que en el parque a veces puedes encontrar jabalíes salvajes? —comentó Josh mientras pedaleaba con fuerza.

—¡Venga va, no seas ingenuo!, ¿quién te ha dicho eso? —respondió Mike, sin creerse lo que acababa de escuchar.

—Belton. Me dijo que un día estaba cazando con su padre, no sé en qué parte del parque Greenwall, y que se encontraron un jabalí de más de cien kilos.

Belton Craigh era un niño fuerte, algo gordito, con el pelo rapado muy corto, que iba cada fin de semana a cazar con su padre, Roman Craigh, ya que este era cazador y Belton quería heredar ese oficio. No era un niño muy inteligente, pero a veces se inventaba historias de caza verdaderamente ingeniosas, para que los otros chicos le prestasen algo de atención y así poder impresionarles. No era un chico demasiado popular.

—¿Y tú te lo creíste? —preguntó Mike empezándose a reír a modo de burla.

—Bueno, más o menos. También me dijo que su padre le pegó un tiro en la cabeza y que el animal salió corriendo, esparciendo media cabeza por los aires y tanta sangre como uno se pudiese imaginar.

—¡Sí, claro! ¿Y luego qué?, ¿le salieron plumas por la espalda y salió volando?

—Oye tío, tampoco me vaciles, que yo solo te digo lo que me contó Belton.

—Además, en ese parque no se puede cazar, está prohibido porque hay gente paseando y puedes herir a alguien —sentenció Mike y se fundió en una gran carcajada que contagió a Josh.

Unos segundos después estaban ambos riendo a pleno pulmón, bajando a toda velocidad por la calle central del pueblo, mientras todo el mundo les miraba, incrédulos y rezando cada vez que los chicos tomaban una curva, para que no apareciese ningún coche en aquel preciso instante y se mataran del golpe.

Llevaban unos veinte minutos de viaje cuando, a lo lejos, vieron los primeros árboles del parque Greenwall, altos, con las hojas típicas de la primavera, como grandes vigilantes del recinto.

Josh fue el primero en detenerse, ya que iba unos metros por delante de Mike, que lo seguía a buen ritmo. Se giró hacia él y le dijo, emocionado.

—¡Mira tío, aquí tiene que haber muchísimos animales salvajes!

—A ver si vemos al jabalí sin cabeza y lleno de sangre de Belton —contestó Mike, siguiendo con la broma de antes, y los dos se pusieron a reír otra vez.

En el mismo orden en el que llegaron al parque se adentraron en él. Realmente Josh iba con muchas esperanzas de encontrar algo alucinante en ese recinto, algo que nunca nadie hubiese visto, algo que pudiesen contar luego en el colegio y ser la envidia del pueblo entero. Mike no llevaba tal entusiasmo, sabía que podrían encontrar algo que contar, pero no esperaba ganarse una buena reputación con una historieta de explorador, y menos en aquel parque público.

Iban paseando por los distintos caminos de tierra que encontraban, despacio, para no perder detalle, pero todo parecía de lo más normal del mundo, un parque donde los pájaros cantaban alegremente, la luz solar alimentaba las hojas verdes de la maleza y los caminos de tierra fina se entrecruzaban unos a otros. Había gente con sus familias, jóvenes parejas, grupos de amigos y hasta ancianos, todos paseando apaciblemente durante aquella mañana soleada, calurosa y agradable.

Llevaban más de media hora recorriendo el parque y no habían visto más que cinco o seis especies de pájaros, algunas ardillas, incontables insectos y bichos voladores y perros de todas las razas que acompañaban a sus dueños a dar el primer paseo del día, nada hacía presagiar lo que iba a ocurrir.

Al cumplirse una hora de búsqueda, Josh perdió la paciencia y se detuvo en mitad del camino.

—¡Esto es una mierda! —gritó notablemente enfadado.

—Esto es un parque Josh, aquí no puede haber ningún animal salvaje, y menos un jabalí de cien kilos.

Josh, maldiciendo al aire, se bajó de su bicicleta y lanzó al suelo la pequeña mochila negra que había estado cargando todo el camino a la espalda, provocando el levantamiento de arena y polvo del suelo. Mike no se había

percatado de ella en ningún momento, ni cuando iba detrás de él, camino al parque, ni cuando iban recorriéndolo.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Mike con cara de curiosidad.

—Nada, nada que nos sirva.

—A ver, enséñamelo.

Sentándose justo al lado de la pequeña mochila, la abrió lentamente, desde el suelo, mirando de reojo a su amigo, imaginándose la reacción que este podría llegar a tener al conocer lo que se encontraba dentro. El ruido de la cremallera hacía romper la monotonía del bosque, un ruido nuevo, antinatural. Cuando la bolsa estaba completamente abierta se levantó y la puso boca abajo, de manera que lo que había dentro cayó al suelo por efecto de la gravedad.

—¿Pero qué es esto?! —se escandalizó Mike sujetándose la frente con la mano izquierda mientras abría la boca, incrédulo.

—Una cuerda que tenía mi padre en el garaje y un cuchillo de cortar carne de mi madre.

—Ya sé lo que es idiota, pero, ¿para qué lo has traído aquí?

—No lo sé Mike, pensaba que nos sería de utilidad, por si teníamos que cortar o escalar algo, no lo sé —respondió él con aire de culpabilidad, agachando la cabeza con las manos encima de ella y moviendo con el pie la arena del camino, de un lado para otro, ensuciando sus zapatos.

La cuerda era tan gruesa como sus puños, parecía una de esas eslingas que sirven para remolcar vehículos que se han quedado inmobilizados en algún sitio de montaña o barro y tienen que ayudarles a salir. El cuchillo era casi tan

grande como la propia mochila donde iba metido. Mike aún se preguntaba cómo no se había dado cuenta de aquel detalle.

—Con ese cuchillo puedes cortar hasta los árboles del parque, ¿qué clase de carne corta tu madre? —dijo Mike, quitándole hierro al asunto para que Josh no se sintiese tan culpable.

—Era el más grande que encontré, tengo muchos primos y cuando celebramos algo la casa se llena de familiares, por lo que mi madre cocina mucha carne para mucha gente y tiene que cortarla con este cuchillo.

Mike seguía sin entender del todo qué pretendía hacer Josh con esa arma blanca y aquella cuerda, debía pensar que realmente iban a encontrarse con algún animal salvaje y peligroso.

—A ver Josh, déjame ver el cuchillo —dijo Mike alargando su mano hacia la posición de su amigo y frunciendo el ceño.

—Ten cuidado, está muy afilado, lo he tenido que enrollar con la cuerda antes de meterlo en la mochila, para que no cortara su tejido.

Josh le dio muy despacio el cuchillo a Mike, que lo agarró con una mano. La imagen de un niño de diez años sujetando ese objeto tan grande era hasta pasmosa.

Mike quedó hipnotizado con el puñal, pudiendo tener ese objeto, ese objeto de mayores, en su mano, le hacía sentir poderoso, tan poderoso como sus padres, tan poderoso como su vecina Jennifer, tan poderoso como sus profesores del colegio, incluso más. Llegaba a pensar que con ese cuchillo podría hacer lo que quisiese, cortar todo tipo de ramas, maderas, o cualquier otra cosa que se le pasase por la cabeza, incluso podría llegar a cortar carne humana con aquella hoja tan afilada y brillante.

—Podríamos intentar cortar algo —dijo Mike, que seguía con los ojos bien abiertos y, ahora, llenos de emoción.

—Si nos hubiésemos encontrado algún animal salvaje...

De pronto se percataron de que hacía tiempo que no se escuchaban personas ni sonidos mundanos en esa parte del parque, que todo era mucho más silencioso, daba la sensación de que se encontraban solos en aquel lugar.

—Llevamos mucho tiempo recorriendo el parque, puede ser que estemos en la otra parte, la que está más hacia el norte —dijo Josh, mirando alrededor y escurriéndose el sudor que le caía a la camiseta por el cuello, espalda y brazos.

—Seguramente, por aquí ya no pasa la gente —confirmó Mike, mirando a su amigo.

Siguieron con las bicicletas diez minutos más, cada vez con más esperanzas de encontrar algo interesante. Cada metro de terreno era más desconocido, más inexplorado, y eso les hacía sentir como si fueran unos auténticos exploradores y tenían la sensación que estaban viviendo una verdadera aventura. Mike empezaba a emocionarse tanto como su compañero de viaje y cada vez iban más deprisa. Cruzaron varios caminos que ya no parecían en absoluto parte de aquel parque, por lo menos no se parecían en nada a los caminos que habían estado recorriendo hasta ahora. Las ramas de los árboles tapaban demasiado la visión, apenas podían ver dos metros más allá de su posición, y con las bicicletas era muy difícil pasar por ahí.

—No podemos seguir con las bicis, tenemos que dejarlas aquí —comentó Mike mientras se bajaba de su bicicleta roja.

—Pero no he llevado la cadena para atarla.

—Nadie te la va a robar, ¡por aquí no pasa nadie!

Josh se dio cuenta inmediatamente de la estupidez que acababa de decir y ambos dejaron las bicicletas apoyadas en unas rocas que había al borde del camino.

Se pusieron de nuevo en marcha. Mike iba el primero esta vez, cortando las ramas de los árboles como si fuesen mantequilla con el cuchillo de la madre de Josh. Este último iba justo detrás haciendo movimientos de vaquero con la cuerda de su padre, golpeando las ramas cortadas y el suelo desconocido.

Llegaron a un lugar que parecía muy distinto, no aparentaba tener ninguna relación con lo visitado anteriormente, por donde habían estado paseando, durante más de hora y media. Los árboles eran diferentes, casi no había flores, el camino estaba mucho menos cuidado y era muy estrecho, los animales que podía haber allí no eran ardillas ni perros domésticos, realmente tenían la sensación de encontrarse en un ambiente salvaje.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos? —preguntó Josh girando la vista hacia atrás, para ver si lograba conocer el camino de vuelta.

—Creo que estamos en una zona de caza.

—¿De caza? ¿Quieres decir que por aquí sí que puede haber animales salvajes? —preguntó Josh algo asustado, pero emocionado a la misma vez.

—Exacto.

—¿Y cómo sabes eso?

—Un día Belton me dijo que después del parque, siguiendo andando durante bastante tiempo hacia el norte, había una zona por la que suele ir con

su padre, a cazar. Creo que es donde estamos justo ahora.

—Mira quién se cree ahora las historias de Belton, ¿cómo sabes que esto sí que es cierto?

—Mi padre también me lo ha contado alguna vez, aunque a él no le guste cazar y no venga demasiado por estas zonas, conoce gente que sí acostumbra a visitar lugares como este.

Ambos dieron esa explicación por buena y siguieron su camino. Estaban sedientos, llevaban horas fuera de casa y no habían bebido ni una sola gota de agua, estaban cansados y sudorosos, pero muy intrigados por lo que podían llegar a encontrar en ese lugar. Oyeron el ruido de una rama crujir, una rama grande a unos tres metros de su posición, y se detuvieron en seco.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Josh, girando la cabeza hacia el ruido.

—¡No lo sé, yo no he visto nada!

Estuvieron unos segundos completamente en silencio, completamente quietos, esperando a otra señal de lo que fuese aquello. Escucharon otro crujido, esta vez más cerca, esta vez más fuerte.

—¡Mike, tira una piedra, tira una piedra!

Mike cogió una pequeña piedra que tenía al lado del pie derecho y la lanzó hacia la maleza. Se escuchó el impacto de la roca contra los arbustos, un par de rebotes contra otras ramas y luego... Silencio.

—¡Otra más Mike, tira una piedra más grande!

Esta vez Mike tuvo que moverse dos pasos hacia adelante para coger un nuevo misil, justo en la dirección en la que se habían escuchado los crujidos.

Levantó la piedra más grande que encontró, para ello tuvo que dejar el gran cuchillo en el suelo y agarrar aquel pedrusco con las dos manos, hizo fuerza para arrojarla y, justo cuando la lanzó, algo surgió de los arbustos a gran velocidad.

Sin que ninguno de los dos chicos pudiese reaccionar algo se abalanzó sobre Mike con tanta violencia que partió la piedra que este le había lanzado, la rompió por la mitad. Mike estaba en el suelo, con esa cosa encima de él, inmóvil, incapaz de levantar ese peso. Intentó abrir los ojos, pero no pudo en un principio, los tenía llenos de arena, simplemente escuchaba un fuerte rugido cerca de su cara y a Josh gritando desesperado algo que no llegaba a entender.

—¡Un lobo, un lobo! —gritaba Josh.

Mike seguía aún aturdido y sin poder reaccionar, Josh cogió bien fuerte la cuerda que llevaba en la mano y empezó a darle latigazos al animal que, aunque no parecía sentirlos demasiado, por lo menos llamaba suficientemente su atención para que no atacase a Mike, que se encontraba justo debajo de sus garras.

—¡Fuera, hijo de puta! ¡Vete! —gritaba Josh con todas sus fuerzas, incluso con lágrimas en los ojos.

Mike recobró parte de la visión y, aunque aún no podía levantar al animal, por lo menos podía verlo. Lo veía cada vez más claro, hasta que no se perdió detalle alguno. Era un verdadero lobo salvaje, de color negro, con un pelaje demasiado basto para el calor que hacía aquel día, las orejas tiradas hacia atrás, grandes y acabadas en punta. Las patas estaban justo encima de los brazos de Mike, duras, húmedas, podía sentir cómo le caían las gotas de sudor del animal encima de los brazos y cómo estos se llenaban de tierra y barro, también de arañazos, pues el lobo tenía las afiladas garras de sus patas delanteras clavadas en los antebrazos del chico, agarrándolos con fuerza, como si fuesen pinzas duras y agudas de metal.

Josh seguía atacando a la bestia, pero no sabía cuánto tiempo podría contener su furia, no podía hacer nada más, si el animal atacaba a Mike no podría salvarle, y sabía que el segundo plato sería él.

—¡El cuchillo Mike! ¡Coge el cuchillo! —le gritó Josh a su amigo, como último recurso.

Mike alargó la mano derecha para intentar alcanzar el cuchillo que había en el suelo, lo había dejado allí expresamente para poder lanzar la piedra, pero aún no podía llegar a él, lograba tocarlo con las yemas de los dedos, pero no era capaz de cogerlo. Levantó un momento la vista y vio la cara del lobo otra vez, parecía incluso más salvaje que en un primer momento, las zarpas se le habían clavado aún más en la piel, llegando a rasgar profundamente su carne. El aliento del animal era cada vez más insoportable, los ojos eran demasiado grandes, desproporcionados, y no pudo creer el color que tenían. Eran rojos, rojo como su pijama, rojo como su bicicleta, rojo como la sangre que le brotaba por los brazos. Bajó un poco más la mirada y vio los dientes de la bestia, que eran verdaderos colmillos, cada uno más grande y afilado que el anterior, de color amarillo, incluso más amarillo que la bici de Josh, esos dientes sí que parecían auténticos rayos. Alrededor de ellos un mar de saliva y gérmenes de todo tipo salpicaban la camiseta que llevaba puesta Mike, provocándole tanto asco que le entraron ganas de vomitar.

Recordó lo que su padre le dijo un día, que había que enfrentarse a los problemas de la misma forma que ellos se enfrentan a ti, que no había que dejar que nada ni nadie controlara tu vida y te hiciese sentir inferior. Todo eso le pasó por la cabeza en una milésima de segundo, y le dio el valor suficiente para intentarlo de nuevo.

—¡Vamos Mike, tú puedes! ¡Coge el cuchillo! ¡Vamos Mike! —intentaba gritar Josh, que cada vez tenía menos fuerza, pero seguía haciendo lo posible para salvar a su amigo, sin dejar de golpear al animal una y otra vez con la cuerda.

Mike escuchó a su padre, escuchó a su amigo y se escuchó a sí mismo, escuchó su voz interior que le decía que ese animal no podría con él, que no era mejor que él, y que si alguien iba a morir hoy, no iba a ser él.

Alargó por última vez la mano derecha y, milagrosamente, alcanzó el cuchillo, lo giró y lo clavó en la pata del animal, que retiró salvajemente las garras hincadas en el brazo de Mike, provocando que varios chorros de sangre saliesen a la vez de su extremidad, abandonando los orificios que aquellas uñas mugrientas y repugnantes habían ocupado.

—¡Vamos Mike, atácalo otra vez! —continuaba gritando Josh mientras seguía dándole golpes con la cuerda, esta vez en la pata donde Mike le había clavado el cuchillo, para infligir el máximo dolor posible.

Ya con la mano derecha libre, le clavó una segunda vez el cuchillo al animal, esta vez con más fuerza, esta vez con más precisión, esta vez con más deseo, justo en las costillas. Fue entonces cuando la bestia empezó a retorcerse de dolor, los gemidos eran verdaderos gritos de desesperación y angustia.

La sangre que brotaba del cuerpo del lobo había formado un gran charco alrededor de Mike, parecía una fuente derramando aquel líquido viscoso sin cesar.

Prácticamente se encontraba libre cuando el animal probó su último ataque y se abalanzó otra vez contra el chico, esta vez con la mandíbula completamente abierta y en dirección al delgado cuello de Mike, que se encontraba a apenas medio metro de sus afilados dientes. Pero Mike ya tenía el cuchillo bien sujeto antes de que el animal llegase a clavarle los colmillos, y atravesó su cabeza con el gran puñal, clavádoselo desde la entrada de la boca hasta la salida de las orejas, creando un verdadero espectáculo de sangre que brotaba del cuerpo del depredador, de manera incontrolada, saliendo por el cuello, los ojos, la boca, las orejas, por todas partes. Había tanta sangre

como uno se pudiese llegar a imaginar y Mike seguía manteniendo el cuchillo firme, dentro de la cabeza de la bestia, mientras toda esa sangre lo duchaba por completo y lo empapaba de rojo. La camiseta que llevaba se tiñó completamente de rojo, las manos se volvieron de color rojo, los brazos se empaparon plenamente de color rojo, las piernas sujetaban una gran parte de la sangre que caía a borbotones por la espalda del animal, hasta tintarse también de rojo, la cara se encargaba de acaparar todo el fluido que brotaba por la boca y rostro del animal, pintándose totalmente de rojo.

Podía sentir la sensación de calidez que le producía la sangre de la bestia muerta escurriéndose por su cara y su cuerpo, pero no lograba entender que aquel líquido no parase de manar de ese cuerpo sin vida, era infinito, podría estar horas bajo esa cascada de sangre, y le seguiría gustando.

Josh enrolló la cuerda alrededor del lobo, mucho más ligero por la pérdida casi completa del fluido que corría por sus venas, y tiró de él hasta retirarlo de encima de su amigo. Las cosas fueron mucho más fáciles gracias a la ayuda del charco rojizo que había esparcido por todo el suelo, haciendo resbalar el cuerpo del animal.

Mike soltó el cuchillo, que hizo un ruido de chapoteo al caer encima de la piscina de sangre, y quedó mirando al cielo con los brazos abiertos, esta vez sin el odioso peso del animal enfurecido sobre él.

—¿Tío, que acaba de pasar?! —preguntó sollozando Josh, liberando toda la tensión acumulada durante la batalla.

Mike no tenía aliento para responder, el corazón le latía a demasiada velocidad y estaba tan excitado que no podía abandonar los pensamientos que tenía en ese momento, ensimismado en las sensaciones que le habían abducido mientras desangraba a su agresor.

—¿Creía que no salíamos, creía que nos iba a matar! —gritó de nuevo Josh, esta vez más calmado, pero aún notablemente excitado y nervioso.

Finalmente Mike se incorporó, agitando las manos para tocar toda esa sangre que él mismo había provocado, mirando una y otra vez al animal tumbado. Una parte de él quería irse a casa, descansar, jugar con los coches y ver la televisión en su cómodo salón, pero por otra parte le hubiese gustado que el animal volviese a levantarse, renaciendo de su propia sangre, para repetir esa escena, repetirla una y otra vez, provocar ese derramamiento incontrolado de sangre todas las veces que fuese posible.

Girándose hacia su amigo, logró decir.

—¡Me has salvado Josh, me has salvado la vida y me has dado otra!

Realmente Josh no entendió el verdadero significado de esas palabras, incluso Mike no supo muy bien qué impulso le había llevado a decir las, pero era algo que tenía que declarar.

—Mis padres ahora no están en casa, podemos lavarnos y cambiarnos allí, luego tiraremos la ropa y no hablaremos de lo sucedido a nadie, ¿entendido Josh?

—Sí, porque si mis padres me ven así de sucio no me dejan salir más contigo —respondió Josh, mirándose de arriba a abajo e imaginándose la cara de sus padres si le viesan en ese preciso instante, lleno de barro, arena y salpicaduras de sangre.

Mike no tenía ninguna intención de lavarse, no quería desprenderse tan fácilmente de la sangre que llevaba encima, de eso que le acababa de dar, literalmente, la vida, pero sabía que nadie podía conocer nada de lo sucedido hoy, nadie excepto ellos dos.

Mientras se disponían a coger otra vez las bicis, Josh comentó.

—Pero Mike, ¿cómo salimos ahora de aquí?, yo no me acuerdo del camino.

—Tranquilo, tú sígueme —respondió Mike, muy seguro de sus palabras.

Josh se quedó verdaderamente asombrado de que Mike pudiese acordarse del camino de vuelta, sabía que era un chico verdaderamente inteligente y espabilado, pero no creía que pudiese llegar a recordar todo el trayecto. De pronto se fijó en la cara de su amigo y se percató de un detalle bastante inusual, un detalle que no había visto nunca.

—Oye Mike, ¿sabías que tienes los ojos rojos?

Mike no dijo nada, pero esbozó una sonrisa, una sonrisa que le hizo derramar al suelo unas cuantas gotas de sangre que le recorrían por los laterales de la cara, como si realmente le gustase lo que su amigo le acababa de decir, como si le gustase tener los ojos rojos.

II. ÚLTIMO DÍA

Pasaron más de dos semanas desde aquel suceso en el parque Greenwall y el plan de los chicos parecía haber funcionado a la perfección. Nadie era conocedor de lo que había ocurrido y el cadáver de aquel lobo salvaje se iría descomponiendo poco a poco, a causa del calor, humedad y ataque de multitud de insectos y animales carroñeros, que no desaprovecharían la oportunidad de disfrutar de un manjar tan apetecible como ese.

Mike y Will cogieron el autobús del colegio de regreso a casa. El mayor siempre esperaba a que su hermano pequeño saliese de clase, y cuando este lo hacía lo buscaba con la mirada, hasta que lo encontraba.

—¿Podremos jugar a los coches cuando lleguemos a casa? —le dijo Will a su hermano, una vez sentados en el autobús.

—¡Claro! Hoy no tengo casi deberes.

—¡Bien! Yo no tengo deberes, los he acabado en clase —gritó Will muy contento.

La sensación que le recorría por el cuerpo a Mike ese día era extraña, se encontraba un poco raro, como si estuviese apagado, como si le faltase algo, vacío, como si el secreto que habían estado guardado Josh y él durante esas dos interminables semanas le estuviese pasando factura, o como si necesitase de otra experiencia parecida para sentirse vivo. Durante los días siguientes al suceso había hablado poco con Josh, por si alguien llegaba a escuchar su conversación y averiguaba algo de lo ocurrido. Ambos sabían que limitarse a esconder aquello, sin ni siquiera hablarse, eran medidas algo drásticas, pero acordaron que lo mejor que podían hacer era no correr ningún riesgo. Ninguno.

—¡Mike, Mike! —gritó Will, dándole enérgicos golpes en el hombro con

la palma de su mano para llamar aún más la atención de su hermano mayor, ya que Will llevaba cerca de un minuto hablándole sin obtener la mínima respuesta.

—No te escuchaba Will, ¿qué quieres?

—¡Hoy tenemos que jugar con los nuevos *Galvan*, esos que tienen las ruedas tan grandes!

—Ya veremos Will, luego miramos a ver a lo que jugamos.

Mike se quedó mirando por la ventana, observando el camino de vuelta a casa, el mismo camino de siempre, las mismas calles de siempre, las mismas casas de siempre, y las mismas personas de siempre. Parecía que el autobús iba demasiado rápido, pero se trataba de un efecto óptico, incluso iba por debajo de la velocidad recomendada. Seguía mirando, embobado, por el cristal que tenía justo a su izquierda, ajeno a lo que pasaba dentro del vehículo, como si lo único que importase fuese el vídeo a cámara rápida que estaba viendo a través de aquel vidrio, mientras su hermano gritaba y jugaba con otros compañeros de clase que también se encontraban en el mismo autobús.

—¡Siguiendo parada, Avenida North Park! —indicó el conductor acercando la boca a un pequeño micrófono que guardaba justo al lado del cambio de marchas.

—¡Vamos Mike, vamos! ¡Que nos bajamos aquí!

Mike se levantó de su asiento y siguió a su hermano, que iba saltando y cantando por el pasillo central del autobús.

—¡Adiós chicos, buen fin de semana! ¡Hasta la semana que viene! —dijo el señor Donovan, que los llevaba siempre de vuelta a casa por las tardes.

—¡Adiós señor! —contestaron los dos hermanos, casi a la vez, recordando que ya era viernes y que el fin de semana les esperaba.

Bajaron del vehículo y entraron en casa, donde ya se encontraba su padre, mirando la televisión como cada tarde, y al lado suyo Paul, mordiendo algún juguete de los cientos que había repartidos por la casa.

—¡Hola papá! —dijeron los dos a la vez.

—¡Hola chicos! ¿Qué tal el día? —respondió Jeff girándose hacia ellos.

Jeff, el padre de Mike y los chicos, trabajaba en un taller de coches, en el pueblo. Se levantaba temprano para trabajar durante toda la mañana, engrasando las máquinas reparadoras, hinchando las ruedas de los automóviles averiados y restaurando todo tipo de piezas mecánicas. Cuando salía de trabajar iba rápidamente a buscar a Paul a la guardería, para luego llegar a casa, darle de comer al pequeño y esperar a Mike y Will, que salían algo antes de media tarde del colegio.

—¡Bien! ¡Vamos a jugar a los coches! —acabó diciendo Will antes de subir las escaleras a la velocidad de la luz.

En el piso de arriba se encontraban todas las habitaciones. Mike, al ser el hermano mayor, tenía el privilegio de tener un cuarto para él solo, y era también la habitación más grande de la casa, junto con la de sus padres. Estaba situada a la izquierda del pasillo y tenía justo en el centro una gran ventana que daba a un lateral de la casa. Justo al lado izquierdo de la ventana se encontraba un armario, donde guardaba toda la ropa y, al lado de este, el escritorio donde hacía los deberes. A la derecha del dormitorio había otro armario en el que guardaba los juegos, coches y colecciones de todo tipo, justo al lado de ese armario se encontraba la cama.

La habitación de los otros dos chicos era algo más pequeña, pero suficientemente grande para ambos. Estaba situada entre la habitación de Mike y la de sus padres. Las camas se encontraban en paralelo, pues no les hacía demasiada ilusión dormir en literas, y aún tenían puestos barrotes de metal en los laterales, para no caerse si, por casualidad, se tambaleaban por la noche. Al lado de cada cama había una pequeña mesa y, a la derecha del cuarto, un armario grande que compartían los dos. Will era el dueño la parte derecha del mueble y Paul, de la izquierda, aunque el pequeño siempre acababa llenando todos los cajones, tirando y desperdigando la ropa por todos los huecos que encontraba, ya fuesen de su dominio o no.

Will entró rápidamente en su habitación y dejó su mochila encima de su cama, luego se fue rápidamente a la habitación de Mike, para ver cómo este hacía sus deberes.

Mike no tardó demasiado en acabar con la faena y tanto él como Will bajaron a merendar algo, ya que tenían tiempo suficiente para jugar todo lo que restaba de tarde. Normalmente comían unas galletas de chocolate con nueces y un vaso de leche fría. Recogieron también a Paul, que aún se divertía tranquilamente en el salón, ya que les sería muy útil en su sesión de recreo. Se fueron los tres hacia arriba, pegando botes uno detrás de otro, hacia la habitación de Mike.

Solían jugar con los coches desmontables, les encantaban porque podían crear diferentes tipos de vehículos con un único modelo, y tenían colecciones de todo tipo, de todos los tamaños y colores. Will miraba atentamente a Mike, como de costumbre, siempre dejaba que su hermano mayor lo organizase todo a su agrado, le gustaba verle jugar, los tiempos y rituales que este seguía le fascinaban. Primero abría el armario de la ropa, situado al lado del escritorio, en la izquierda de la habitación, para sacar una alfombra grande que extendía por el suelo de todo el cuarto, era como cambiar el terreno de juego. Todos sabían que siempre que había esa superficie en el piso era sinónimo de ocio y diversión. Después abría su armario de juguetes, que estaba situado justo al lado de la cama, en la zona izquierda de la habitación, para coger todos los cacharros necesarios. En la parte superior del mueble se encontraban los

coches más pequeños, aquellos que pesaban y ocupaban menos espacio, coches de carreras, motos y figuras de los dibujos animados más famosos, aquellos que salían en la televisión los sábados por la mañana. En la parte central del armario se encontraban los coches con los que más solían jugar, los teledirigidos, los *Galvan*, que tenían unas ruedas enormes, y las figuras más grandes, como dinosaurios u otras bestias que tanta gracia le hacían a Paul. En la parte inferior del armario se encontraban las colecciones, cajas repletas de coches de todas las marcas y modelos, siempre bien ordenados para no perder ni estropear ninguno, y poder encontrarlos cuando fuese necesario. También se hallaban en esa parte del armario los coches más grandes, los que eran tan pesados como el propio Paul, que casi se podía meter dentro para conducirlos. Todos estos habían sido contruidos completamente entre Jeff y los chicos, por lo que eran muy preciados y servían, principalmente, como decoración.

—¡Coge los *Galvan* Mike, los *Galvan*!

—¿Cuál quieres, los de las ruedas de goma o estos que tienen las ruedas de piñones?

—¡Los de goma me gustan más!

Mike accedió a los deseos de su hermano y cogió los tres coches *Galvan* que tenían las ruedas de aquel plástico duro. La carrocería era distinta en cada caso, uno era de color negro, el otro verde y el último azul, lástima que no tuviesen uno rojo, ese le hubiese gustado más a Mike.

Los puso en el suelo y, mirando a sus hermanos, preguntó.

—¿Cuál queréis? ¡Os dejo escoger!

—¡Yo quiero el azul! —respondió rápidamente Will, levantando la mano izquierda y señalando el coche que quería con la derecha.

Paul señaló el verde, por lo que Mike se quedaría con el negro, que tenía una gran pegatina blanca en el lateral, donde había escrito *Galvan* con una tipografía llamativa. El coche verde de Will también tenía algunas pegatinas de color negro repartidas por los laterales y los alerones, que combinaban a la perfección con el color negro de las ruedas.

Siempre que jugaban Will imitaba los movimientos que hacía su hermano mayor, para tener la misma habilidad que él, quería llegar a ser, algún día, como él, pero en parte temía crecer y ser tan grande como su hermano, porque este siempre le decía.

—Ya verás cuando crezcas, te pondrán muchos deberes y no tendrás tiempo para jugar.

Will aún era demasiado pequeño para tener unos deberes considerables y las palabras de su hermano le asustaban y lo atendía, mirándolo con incredulidad, pensando, ojalá tuviese esa capacidad de hacerlo todo tan bien, y es que Mike siempre lo hacía todo bien, por lo menos, para Will.

Paul, que aún tenía dos años y tres meses de edad, también observaba a su hermano mayor. Era bastante curioso, le gustaba corretear por toda la casa y siempre estaba por medio en los juegos, pero también era un niño algo callado, siempre en segundo plano, observando, sin querer molestar a ninguno de sus hermanos, a veces algo impresionable, por eso Will y Mike le hacían todo tipo de bromas y gracias, para ver la reacción que tenía el pequeño de la casa. A Paul le gustaba mucho jugar con sus hermanos porque siempre lo utilizaban para algo, lo ponían en medio de la pista imaginaria, como si fuese un bache o muro a superar por los coches, que se deslizaban por su espalda, abdomen, piernas y brazos, mientras el pequeño se desternillaba de risa. Pero, sin duda alguna, el juego favorito de Paul era cuando le subían encima de dos o tres coches a la vez y le hacían pasearse por la alfombra de juego durante unos minutos.

Estuvieron más de una hora jugando con los *Galvan*, paseándolos por

toda la habitación de Mike, riendo y revoloteando por ese felpudo completamente retorcido y arrugado por el tráfico de los niños.

Ya habían pasado las 19:30 de la tarde cuando Kate llegó a casa, después de un duro día en el trabajo. Era co-propietaria de una pequeña cafetería del centro de la ciudad de Nueva York, donde el trabajo era muy estresante y ajetreado, y siempre llegaba exhausta a casa.

Cuando ella llegó Jeff seguía mirando la televisión en el sofá del salón, esta vez un programa diferente que también le gustaba, de coches, unos lujosos carros deportivos que representaban el más absoluto de los éxitos, con mujeres hermosas alrededor y auténticos triunfadores al volante. A Jeff le gustaba mucho la velocidad, cuando tenía veinticinco años reconstruyó un viejo carro que tenía su padre, años después, cuando este murió, el coche, junto con sus recuerdos más personales, fueron acumulando polvo y suciedad en los trasteros y desvanes de otros familiares, para luego desaparecer definitivamente, en el olvido.

Aún estaba en buena forma, aunque ya no hacía ningún tipo de deporte, decía que con el trabajo ya era suficiente y que no tenía más energía para derrochar. Medía cerca de metro ochenta y cinco y pesaba unos ochenta y ocho kilos, tenía la cara ancha y cuadrada, no demasiado expresiva, con la frente lisa, unos ojos concentrados y negros, que le daban un aspecto duro e incluso llegaban a intimidar, a veces. Tenía los dientes alineados, aunque algo desiguales, unos labios herméticos que no le permitían tener mucha movilidad en la boca. No hablaba demasiado, siempre decía que las mejores palabras se decían actuando. Las mejillas eran duras y en ellas se le marcaban los huesos de la mandíbula, lo que le daba un aspecto aún más robusto. La nariz era fina, delgada y puntiaguda, algo característica. Tenía el cabello corto y despeinado, parecido a como lo llevaba su hijo mayor, castaño, liso, y algo graso de estar todo el día en el taller, rodeado de máquinas y grasa, aunque después de ducharse el tacto seguía siendo algo áspero. Llevaba una barba de cuatro días, algo blanca por los primeros signos del camino hacia la senectud, que aún no le atacaba mucho, pero cada día la notaba más cerca. Vestía una camiseta de tirantes gris, parecida a las que utilizaba como pijama, como si ese día, esa

tarde, ese programa de televisión, no fuese del todo importante. Los pantalones eran unos vaqueros típicos de color marrón, con unas telas cosidas para proteger las rodillas de posibles golpes y desgarres de tejido. En los pies calzaba unas zapatillas de andar por casa de color negro, con la suela marrón, ensuciadas por una macha de crema de cacahuete de la semana pasada, justo en la punta de la chancla derecha.

Al ver a Kate entrar por la puerta, se levantó del sofá para darle un beso, que ella aceptó, emocionada, sorprendida por una efusividad que no era habitual en su marido. Permitió felizmente aquel bonito detalle, ignorante del motivo que le desvelaría Jeff unas horas más tarde y que rompería en mil pedazos todo aquello que le hacía admirarlo y quererlo.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —preguntó, como cada tarde, cuando Kate llegaba a casa.

—Igual que siempre, mucha gente y todos con prisa. Deberías cambiarte, esa camiseta que llevas ya está sucia y tienes el armario lleno de ropa limpia y nueva.

Kate siempre estaba atenta a los pequeños detalles y no le gustaba que su marido vistiese con cualquier cosa, ni siquiera dentro de casa.

—¡Hola chicos! —gritó ella subiendo las escaleras del primer piso, hacia su habitación.

—¡Hola mamá! —respondieron todos, incluso el pequeño Paul, que se puso muy contento al ver llegar a su madre a casa.

A las nueve en punto llegó la hora de cenar y Kate llamó a los niños para que fuesen al comedor, ellos, a regañadientes, empezaron a bajar en el mismo orden de siempre, estrictamente rutinario. Primero apareció Mike, seguido de Will, que llevaba en brazos al pequeño Paul, aún sonriente de lo bien que lo

había estado pasando toda la tarde.

Siempre se sentaban a comer en el mismo lugar, era como una tradición. Jeff, Mike y Will se posaban a un lado de la mesa, mientras que Kate y Paul se encontraban, de frente a ellos, en el otro.

El pequeño ya podía comer solo, pero igualmente su madre siempre estaba atenta por si necesitaba ayuda con cualquier cosa.

Will atendía a las conversaciones de su padre y su hermano con atención, soñaba con aprender mucho sobre esos temas tan interesantes y, algún día, poder ser reconocido por sus conocimientos. Algunas veces hasta se atrevía a hacer preguntas de aquello que no entendía y tomaba nota para mostrar aún más interés y así ser partícipe de las charlas.

La comida servida no era demasiado especial, un poco de ensalada, carne rebozada y puré de calabacín, que a Will le encantaba.

Después de la cena, al ser viernes, los chicos podían irse a dormir algo más tarde que de costumbre, por lo que recogieron los cubiertos y se dirigieron nuevamente a la habitación de Mike, donde este les explicaría algunas anécdotas a sus hermanos, mientras, como siempre, atenderían interesados.

Lo estaban pasando en grande, el pequeño reía a carcajadas y Will estaba realmente asombrado de todo el conocimiento que demostraba su hermano mayor, pero de pronto las voces altivas de sus padres rompieron la serenidad de las palabras de Mike.

—¡No puede ser verdad! ¡¿Qué has hecho?! ¡¿Por qué no me cuentas nada?! —se oía una voz desde el comedor, floja, parecía la de Kate.

—¡Tengo que hacerlo mujer, por el bien de todos, por el bien de la

familia! ¡Tengo que pagar la deuda!

Al principio los chicos no hicieron mucho caso a esa discusión, pero a medida que pasaban los minutos, esta iba incrementando su intensidad.

—¡Te lo ruego, no lo hagas, encontraremos otra solución! ¡Hablaemos con la policía si hace falta, pero no me hagas esto! ¡No nos hagas esto!

—¡No hay otra solución, créeme, ya he tenido muchas oportunidades! ¡Ya he molestado suficiente! ¡Lo siento, de verdad!

Kate, llorando, se aferró al cuello de Jeff, que no se resistió, para intentar detenerle.

Mike miró en silencio a sus hermanos, que oían atentamente la discusión de sus padres. Se levantó del suelo donde estaban sentados y salió despacio de la habitación, procurando no hacer el mínimo ruido. Will no iba, bajo ningún concepto, a salir del cuarto como su hermano, pero este, por si acaso, se giró hacia él y le dijo:

—Tú no te muevas —susurró con plante serio, haciendo un movimiento con la mano.

Will asintió sin pestañear, quedando completamente petrificado.

Cuando Mike salió por la puerta de su habitación empezó a oír los gritos y reproches de sus padres más nítidos y fuertes, como si su cuarto fuese una cúpula donde no podía entrar ningún reproche ni chillido, y el resto de la casa estuviese desprotegida, permitiendo así que las quejas se propagasen por todos los rincones de la vivienda.

—¡Crash! —se oyó fuertemente, lo que parecía el ruido de un vaso rompiéndose.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Me he hecho un corte en la mano!

Mike, decidido, se asomó por las escaleras, desde donde tenía una visión privilegiada de lo que ocurría en el comedor. Pudo ver el mueble principal del salón, donde habían cenado hacía escasamente media hora, curiosamente colocado, como si hubiese sido arrastrado. Pudo ver el cuadro de familia, presidiendo la entrada de la casa, girado y casi cayéndose de su soporte. Pudo ver los fragmentos de cristal del vaso, que justo acababa de oír romperse, esparcidos por el suelo que enlazaba el salón con la cocina y, finalmente, pudo ver a su madre llorando con la mano ensangrentada.

—¡Mamá! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Ella no quiso responder al chico, ni siquiera le miró, como si no le escuchase.

—¡Papá! ¿Qué pasa? —dijo Mike mirando hacia su padre, que estaba recogiendo algunos detritos producto de la pelea.

—Nada hijo, no te preocupes por nada, todo está bien, tu madre y yo tenemos que hablar a solas. Vuelve a tu habitación, anda.

Pero esta vez era el hijo quien no escuchó las palabras de su padre, desobedeciendo sus órdenes. Kate plañía intensamente mientras Jeff seguía recogiendo cosas. Finalmente agarró las llaves del coche, un paquete de cigarrillos de la mejor marca que tenía, el monedero donde llevaba la documentación, por lo que pudiese llegar a ocurrir, y un móvil que Mike no había visto nunca. En ese momento Kate se puso a llorar aún más, atrapada en la imposibilidad de encontrar una solución. No había vuelta atrás, no podía detener a su marido.

Jeff se puso en el dedo anular de su mano izquierda el anillo de casados,

objeto que había estado llevando durante doce años hasta que le empezó a hacer daño, pero que ya no se quitaría nunca más.

Antes de salir por la puerta se giró hacia su hijo mayor, que permanecía allí, viendo toda esa escena, al lado de su madre.

—Quiero decirte, hijo, que cuides bien de la familia, que tienes la responsabilidad y la obligación de ello, a partir de ahora. Tú eres el único que puede hacerlo, eres distinto a los demás y te darás cuenta cuando crezcas. No cometas los mismos errores que yo cometí, huyendo como un cobarde, camuflándome de los problemas. Tienes que arriesgar y ser valiente, tomar decisiones duras, que serán las que te lleven alto, las que te lleven al éxito, incluso si no te gustan, incluso si se encuentran fuera de los márgenes de la ley, incluso si son peligrosas.

Mike seguía mirando fijamente a los ojos de su padre, sin lograr entender lo que este le estaba intentando decir.

—Y lo más importante de todo, recuerda, la venganza es la mejor de las sensaciones —acabó diciendo Jeff, con los ojos vidriosos y con una mueca de sonrisa en la cara, como si todo lo que le había dicho a su hijo tuviese una explicación racional, como si esperase que, en un futuro, su hijo recordase aquellas palabras y las entendiese a la perfección.

—Pero, no entiendo...

—No te preocupes hijo, lo entenderás, dile a tus hermanos que también sean hombres de provecho y que hagan algo bueno de su vida, que busquen y persigan sus metas, que no sean unos fracasados ni unos cobardes. Y cuida siempre de tu madre, pase lo que pase.

Mike, por mucho que pensaba y analizaba, seguía sin comprender lo que su padre le quería decir, e incluso se culpaba por ello, quería poder

reaccionar de algún modo, pero todo lo que hacía era en vano, no conseguía descifrar ese enigma al que Jeff le estaba probando.

Se puso a llorar inconscientemente, no sabía porqué, simplemente imitaba lo que hacía su madre, que intentaba, inútilmente, cubrirse la cara empapada de lágrimas con sus dos manos, para que su hijo no la viese.

Cuando Mike quiso darse cuenta, vio que su padre ya había salido por la puerta de la casa, se ponía su cazadora favorita, se encendía su mejor cigarrillo y arrancaba el coche. Nunca más lo volvería a ver de vuelta.

III. GOTA DE SANGRE

Era la segunda vez que sonaba la alarma aquella madrugada, repitiendo el mismo sonido angustiante de la primera, cada día incordiando a la misma hora, cada día despertándolo las 6:15. Levantarse le suponía un auténtico suplicio, a duras penas lograba mover un brazo para empujar el ruidoso reloj que había encima de la mesita, justo a su izquierda, y acallar ese sonido infernal.

Tras un esfuerzo insufrible logró incorporarse, sudando, habiendo soñado otra vez, otra vez las mismas visiones de siempre, otra vez las repeticiones de las últimas palabras de su padre, haciéndole recordar aquello que menos deseaba.

Ya había consumido más de la mitad de energía que tenía para afrontar todo el día, los ojos le quemaban y escocían, como si aún se encontrasen en sus sueños y se resistieran a formar parte de su cuerpo.

Recién cumplidos los veintitrés años no había logrado nada en su vida, aquel chico atrevido e ingenioso que siempre sabía qué hacer en situaciones extremas y estaba rodeado de envidia y querer, se había convertido en un adulto sin aspiraciones ni metas, que madrugaba cada día para no faltar a un trabajo que odiaba, que vestía de cualquier forma con tal de no ir desnudo por la calle y parecer un animal salvaje, que empezó a tirar su vida por la borda hace aproximadamente trece años, cuando su padre, sin ninguna explicación previa, murió asesinado una noche de primavera, haciéndole sentir vacío, impotente y lleno de odio, tanto hacia los asesinos como hacia su padre, que no fue capaz ni de explicarles, a él y a su familia, el porqué de todo.

Aún sentía un profundo y doloroso rencor, y ese rencor se encontraba pegado a su cuerpo como si fuese su propia piel, le acompañaba desde que se levantaba hasta que se acostaba, y para entonces era aún peor, pues se apoderaba de su alma y lo abrazaba en sueños, haciéndole despertar sin ganas

de vivir, con un pensamiento de ira más allá de lo saludable, con la boca seca y con un deseo y ansia por algo, algo que ni recordaba ni quería recordar. Transformó ese rencor en mal vivir y esa insalubre vida lo empujó a tomar malas decisiones, sin formarse ni estudiar lo que quería, sin dedicarse ni trabajar de lo que quería, sin ni siquiera pensar en lo que quería, simplemente se transformó, de manera inconsciente, en lo que su padre no quería para él. En un desgraciado.

No había llegado aún el verano, el tiempo era gobernado completamente por la primavera, pero las calles de Nueva York parecían un abrasador. El calor emanaba por las paredes de los edificios, pegados uno al lado del otro formando las estrechas y transitadas calles, como si su propósito fuese el de derretir la pintura de sus fachadas. Mike, desde su coche, podía sentir el agobiante y pegajoso calor del asfalto, como si este subiese por las ruedas de su Lancia viejo y llegase a él a través de su asiento, totalmente despellejado del uso y la dejadez de su antiguo propietario, que lo estuvo conduciendo durante quince años hasta que se lo vendió a él.

Llevaba casi dos años viviendo en aquella ciudad, se trasladó allí para encontrar algún trabajo que le permitiese ayudar a su madre con los gastos, o para poder ahorrar un poco de dinero y comprarse un coche que le gustase, pero no llegó a cumplir ninguno de los dos propósitos. Vivía en un piso pequeño de alquiler, destrozado, hasta arriba de dejadez y suciedad, compartido con un chico ucraniano que lo único que hacía en todo el día era jugar a videojuegos rusos y ver películas de asesinatos. Prácticamente ni se hablaban.

Tras veintidós minutos conduciendo llegó por fin a su destino, un restaurante de clase media, abierto la gran parte del día. Si no hubiese tráfico ni aglomeraciones desesperantes de coches parados en las ceñidas y agobiantes calles de la ciudad, podría llegar al trabajo en menos de diez minutos.

Tras un largo rato dando vueltas, intentando aparcar su coche allá donde

pudiese, logró encontrar un pequeño hueco entre dos vehículos bastante más grandes que el suyo. Al intentar aparcar su vehículo impactó con el que tenía justo detrás, produciéndole una arañazo blanco bastante marcado. Sin pensar más en ese incidente, salió de su coche decidido a entrar en el local. Parecía un auténtico desalmado, vagando por la calle, sin un ápice de remordimiento.

Evidentemente el restaurante no tenía un parking ni para clientes ni empleados, y mucho menos para Mike, un simple lavaplatos que lo único que hacía era molestar a los cocineros.

—¡Llegas tarde otra vez Mike! ¡Tendría que despedirte ahora mismo! — dijo Jeff, encargado del local y jefe de Mike.

Mike estuvo a punto de decirle que eso sería lo mejor para él, como si lo estuviese deseando. En lugar de eso, dijo:

—Sí, perdona Jeff, había algo de tráfico y me ha costado un poco aparcar.

Era curioso que, de todos los nombres existentes, de todos los nombres posibles y sus respectivas combinaciones, el de su jefe fuese el mismo que el de su padre. Aquel hombre que tanto había odiado y seguía odiando, atormentándolo cada noche con los mismos sueños repetitivos y angustiosos de siempre se llamaba igual que el hombre que le hacía cada día la vida imposible, imponiéndole reglas y criticando todo lo que hacía con aspavientos y miradas de desprecio, incluso llegando, en ocasiones, a gritarle e insultarle.

Jeff tenía mucho dinero, poseía una amplia cadena de restaurantes, uno de los cuales era ese local. Siempre hubo rumores entre los empleados que Jeff hacía negocios con otro tipo de cosas o gente y, a veces, al terminar su turno, Mike lo veía hablando por el teléfono a gritos y cogiendo el coche, como loco, para dirigirse hacia algún lugar en concreto. Le entraban ganas de seguirle y ver qué era eso tan importante, aquello por lo que merecía la pena arriesgar la vida de esa manera, conduciendo como un auténtico animal.

—Tienes mucho trabajo hoy Mike, mira en el fregadero, acaba de salir otra tanda para ti —le oyó decir a su compañero de cocina, que pelaba las patatas y ayudaba en pequeñas tareas.

Mike ni le escuchó, no porque no quisiera, sino porque no podía. Estaba ausente. Había tomado una determinación que aún no era capaz de aceptar ni conocer.

Fue directo a una sala que había detrás de los fogones, allí podría cambiarse de ropa a una algo más adecuada, así no parecería el cerdo en el que se había convertido. Tiró los zapatos al suelo y no tuvo la decencia ni de ponerlos ordenados, uno al lado del otro, en paralelo, como hacían el resto de sus compañeros de trabajo. Se quitó la camiseta sucia que llevaba, con manchas de sudor por las axilas, manchas de aceite y comida por el torso y cuello y se puso el atuendo propio del restaurante.

Empezó como todos los días, enjuagando los platos y cubiertos a lavar con algo de agua del grifo mientras recogía un poco su lugar de trabajo y se ajustaba los guantes de plástico, con tal de no recibir otra charla sobre higiene de alguno de los cocineros, que parecían verdaderamente empeñados en esa cuestión.

Mientras empezaba a trabajar, solo, sin hablar con nadie, escuchaba las conversaciones de sus compañeros, alegres y relajados, relacionándose de forma natural los unos con los otros y amenizando la jornada laboral.

—¿Viste el partido de los Yankees?

—Vaya paliza se llevaron los de Tampa, estoy deseando llamar a mi suegro, el hijo de puta es de allí.

Mike escuchaba atentamente esas conversaciones, desde la distancia, para

ver si algún día comentaban algo de su pueblo natal y así tener una excusa para provocar una pelea. Llevaba varias semanas con ganas de montar una buena, quería romperle la cabeza a alguno de sus compañeros con un plato o vaso, o quizá clavarle un cuchillo bien afilado a alguno en el cuello. Realmente le importaba muy poco cualquier noticia referente a su pueblo, si este se enterraba bajo el suelo y desaparecía, mejor, únicamente le traía recuerdos de su infancia y de su padre, pero cualquier excusa sería válida para machacarle la cabeza a alguno de aquellos cabrones.

—¡Vamos Mike, aligera! ¡Estás embobado! —gritó Jeff, mirando directamente a la cara del chico y dándole varios golpes en la espalda.

No fueron unos golpes excesivamente fuertes, pero Mike los notó lo suficiente como para morderse el labio inferior con los dientes y rogarse a sí mismo un poco de paciencia para no estamparle el plato que sujetaba entre las manos en la cabeza, haciéndole saltar varios dientes de esa boca autoritaria.

—¡Mike, apártate joder! —le gritó uno de los cocineros, que llevaba una sartén de carne ardiendo en las manos.

Se apartó tan rápido como pudo, pero el aviso llegó prácticamente cuando no había tiempo de reacción. Tuvo la sensación de que lo que el cocinero pretendía era chocar con él, así aún le podrían criticar más, y soltó el grito de aviso simplemente para que los demás compañeros creyesen que Mike había sido previamente advertido, por lo que el error ante cualquier desastre sería completamente de él.

En su intento para evitar el choque, Mike se apartó tirándose al suelo, impactando con el hombro derecho en el tobillo de su compañero que estaba pelando algunas patatas, provocando que este casi cayera, también, al suelo, y que se le escurriera el tubérculo que sujetaba en ese momento con las manos, medio despellejado.

La mala fortuna no tardó en llegar, pues la caída de Mike fue acompañada

por el plato que sujetaba previamente, ese que tenía como destino servir los dientes de Jeff a algún cliente.

El plato se rompió en cientos de trozos y se esparció como una colonia de insectos asustados por el suelo de toda la cocina.

—¡Mike eres un desastre! —escuchó de uno de los camareros.

—¡Otra más Mike, esto no puede ser! —oyó desde la otra zona de la cocina, donde estaba la freidora.

Percibió varios murmullos más, mientras aún se encontraba tumbado en el suelo. Tenía trozos de cerámica incrustados en las palmas de las manos, incluso haciéndole pequeños agujeros en la piel, atravesándole dolorosamente la carne, lo que provocaba que saliese sangre de su cuerpo. Sangre.

Hacía mucho tiempo que Mike pensaba en ese nombre, ese viejo conocido que había sido apartado de él desde hacía tantos años.

Quieto, en el suelo, empezó a levantar la cabeza hacia sus compañeros, no sabía lo que quería encontrar, posiblemente algún rostro más de decepción, o quizá alguno de compasión, puede que viese a Jeff delante de él, gritándole y acusándole de lo patán e imbécil que era, que no servía para nada y todas esas cosas a las que ya estaba acostumbrado, pero en lugar de eso solo vio al cocinero que previamente había provocado su caída, con la sartén de carne aún en sus brazos y una larga sonrisa en su cara, como si hubiese conseguido lo que andaba buscando. Estaba seguro de que se trataba de una sonrisa malvada, de victoria y satisfacción por un trabajo bien hecho.

Se enfureció, apretó los puños y se clavó fuertemente los trozos rotos del plato, que producían un ruido de tintineo curioso al chocar entre ellos por el suelo, como si fuesen pequeñas campanillas de cristal. Tenía el pelo despeinado, llegándole a las cejas, sudado y mugroso, pegado a la piel de la

frente y la cara, cosa que aún lo hacía sudar más y sentirse más acalorado. Le invadieron unas ganas terribles de quitarse la ropa allí, en medio del local, tirarle el delantal a algún gilipollas a la cara, e incluso irse por la puerta empujando a alguien, quizá su primera opción sería el cocinero de la sartén, al fin y al cabo, era él quien había provocado esa situación, era él el culpable de que el odio dentro de Mike fuese cada vez más insoportable, era él el que había provocado el reencuentro de Mike con su vieja amiga, la sangre.

Se fue incorporando, lentamente, siendo el objeto de visión principal de todas las personas que había en la cocina. Se sentía observado y le daba igual. Primero se puso de costado, poniendo uno de sus puños, que aún contenía restos de plato en el interior, en el suelo, encima de más fragmentos y pedazos rotos. Luego levantó su rodilla izquierda, poniendo el pie plano en el suelo, permitiéndole dar ese empuje necesario para vencer completamente a la gravedad e incorporarse del todo.

Una vez de pie, tenía aún la cabeza medio agachada, con la boca abierta de tal forma que se le podían ver los dientes, amarillos de no habérselos lavado en semanas, incluso meses. Los puños permanecían bien cerrados desde el principio, sin dejar escapar ningún residuo cerámico, en ese momento eran valiosos para él, casi como una parte más de su cuerpo. Lo único que asomaba de sus manos eran un par de gotas de sangre, sangre de un color rojo intenso, incluso un rojo demasiado perfecto.

Mike sabía que sus compañeros estaban comentando opiniones, hablando a sus espaldas, cuchicheos, unos más fuertes que otros, unos con más odio que otros, pero él no escuchaba nada, miraba a todos y cada uno de ellos, les veía abrir y cerrar sus bocas pero no oía el sonido que estas emitían, tenía grabado en la cabeza la melodía que hizo el plato al romperse en pedazos, y lo demás eran ruidos huecos y sin sentido.

Reparó en que alguien o algo lo agarraba con fuerza por detrás, apretándole el cuello de manera que podía controlar los movimientos de su cabeza.

—¡Eres un completo imbécil! ¡¿Quién coño te crees que eres?!

El grito pareció de alguien que estaba realmente cabreado con el chico, que aún no oía nada.

—¡Aún pretenderás cobrar a fin de mes! ¡Todo lo que haces es un desastre!

Mike, progresivamente, empezaba a recuperar la audición.

—¡Me arrepiento del día en que te contraté! ¡Buscaba a un gilipollas sin futuro que no me tocara mucho los cojones y estuviese callado, pero tú no dejabas de joderme!

Había algo presionándole el pecho, algo preciso e incómodo. Mirando hacia abajo pudo ver que había una gran mano oprimiendo con el dedo índice la parte superior de sus pectorales, arrugándole el delantal.

—¡Si no fueses un empleado ya te estaría dando de hostias, me quedaría bien relajado reventando a un inútil como tú! —dijo, esta vez levantando el brazo con el que antes presionaba el pecho del chico.

Mike ya pudo escuchar aquel último reproche a la perfección, ya estaba otra vez en esa cocina, de pie, con todo el mundo mirando la escena que estaba ocurriendo, ya había vuelto de su universo de ira y odio, aunque esta vez se había llevado consigo un poco de él.

Finalmente Mike creía que Jeff lo iba a despedir, que se podría ir a casa, se emborracharía y se quedaría dormido encima del sofá mugriento que tenía en el pequeño salón de su apartamento. En lugar de eso, Jeff dio un suspiro, se dio la vuelta y empezó a andar en dirección contraria.

Mirando hacia los lados, dijo:

—¡Que alguien recoja toda esta mierda, no me gusta tener la cocina como si fuera un basurero!

Allí podría haber terminado la discusión, el momento, la situación, allí podrían haber terminado los problemas, pero siempre hay una gota que hace colmar el vaso, siempre hay una gota roja, una gota de sangre, que ensucia las partículas blancas y limpias del agua, contaminándola, desencadenando el desastre, provocando la tragedia.

—¡Si yo fuese tu padre, te habría educado de otra forma muy diferente!

Mike abrió los ojos como nunca y cerró la mandíbula tan fuerte que podría haber roto incluso el acero, las gotas de sudor se esparcían por su cara y acababan manchando el delantal, completamente arrugado y sucio por todo lo sucedido.

La mención a su padre fue lo más insensato posible, Jeff no conocía la historia de Mike, pero igualmente se atrevió a decir semejante barbaridad.

Jeff, en ese instante, se percató el infortunio que acababa de cometer, vio en los ojos de Mike una furia que no había visto nunca. No sabía si era por la luz que alumbraba la cocina en ese momento, si se trataba de la rareza del ángulo en el que se encontraba Mike o por si tenía tanta mugre y suciedad encima que le impedían la correcta apreciación de algunos detalles de su cara, pero a Jeff le pareció ver que los ojos del chico eran de un color extraño, casi exótico. Eran rojos.

Sin apenas tiempo de reacción, Mike se abalanzó sobre Jeff. El momento pareció transcurrir a cámara lenta, como si Mike se desplazase andando hacia la posición de su jefe, como si ambos estuviesen flotando, pero la realidad era muy distinta, la velocidad a la que Mike avanzaba hacia Jeff, recientemente

condenado por sus palabras, era muy superior a la que este podía alcanzar. Mike iba con la cabeza totalmente encorvada hacia adelante, con la lengua fuera de su tradicional habitáculo y la saliva escurriéndosele entre los dientes, empapando sus labios cortados. Inclino las rodillas para darle aún más propulsión a las piernas, adornadas con minúsculas heridas causadas al restregarse por el suelo, frotando su carne contra los escombros cerámicos y suciedad acumulada por el suelo de la cocina. El pelo, del impulso, se levantó violentamente, despegándose de esa frente sudorosa que cada vez parecía más sucia y repugnante. Los puños empezaron a adquirir movilidad, sin abrirse ni un solo instante. Empujó ligeramente el brazo izquierdo hacia atrás, lo que hizo que se le marcara el omoplato en la parte superior del delantal que tanto le incomodaba, para darse aún más impulso. Finalmente aceleró su potente brazo en dirección a la cara de Jeff, cargado de potencia, cargado de energía, cargado de impulso, pero sobretodo, cargado de odio.

Impactó de lleno en su cara, en el costado izquierdo de su ojo. Del impacto el brazo de Mike empezó a temblar como si fuese un cable tensado, de esos que hay en las vías del tren. La cabeza de Jeff se movió a tal velocidad que por un momento pareció que se había despegado de su cuello, si eso hubiese ocurrido, habría llegado hasta la calle. De la boca de Jeff salieron un par de dientes enteros y uno medio roto, los brazos parecían carne muerta, pues no reaccionaban en ningún momento, solo iban moviéndose de un lado para otro, inertes, haciendo girar melódicamente su cadera, friccionando levemente en los costados de su cuerpo.

A pesar de la extrema violencia del golpe, Jeff aún se mantenía en pie, tenía un tronco inferior muy resistente y las piernas pudieron sujetar su cuerpo apaleado. Estaba ligeramente inclinado hacia atrás, pero sin riesgo de caerse.

El brazo de Mike, siguiendo la inercia del golpe, fue cayendo lentamente, describiendo un semicírculo hasta impactar en su estómago e inmediatamente después giró su cuerpo en sentido opuesto al anterior. Sus compañeros del restaurante quedaron inmóviles todo el tiempo, observando la agresividad mostrada por Mike con cara de asombro, de incredulidad, incluso había algunos que mostraban un rostro de satisfacción y placer al ver a su jefe

siendo apaleado por un muchacho.

El siguiente puñetazo llegó desde la derecha y el impacto fue aún más violento que el anterior. Esta vez golpeó en la parte inferior de la barbilla de Jeff, ejecutando un gancho perfecto que podría haber sido realizado por el mismísimo Muhammad Ali. A raíz de aquel golpe pudo notar cómo se desencajaba la mandíbula de Jeff, desencajándose completamente, sintiendo cómo se le rompían los huesos de la cara, rasgándose uno tras otro, y le salían otros tres o cuatro proyectiles de su boca. La cabeza se deslizó violentamente hacia atrás, doblando el cuello de tal forma que parecía de plástico. La nariz empezó a rebosar sangre mezclada con sudor e incluso lágrimas.

Hacía años que nadie había visto a Jeff llorar, ni siquiera derramar una sola lágrima.

A cada golpe que Mike asestaba su puño se abría ligeramente, liberando por los huecos libres de entre sus dedos una mezcla de trizas de cerámica con sangre, una mezcla curiosa que deslumbraba con el contraluz de los focos de la cocina. Parecían pequeños fuegos artificiales, petardos que explotaban con cada impacto y se volatilizaban revolviéndose con el aire tenso del local.

Jeff cayó al suelo, de espaldas, esta vez ni un elefante podría haber aguantado firme a los golpes asestados por Mike. El choque contra el piso fue seco y duro, como si todo él fuese un saco de patatas de ochenta y cinco kilos, levantando una ligera capa de polvo, luego quedó inmóvil e inconsciente.

Durante la caída los brazos de Jeff describieron un movimiento hacia arriba y luego hacia atrás, parecido al que hacen los actores famosos de Hollywood cuando, en las escenas de mayor acción, reciben un golpe y lo quieren exagerar, aunque esta vez la traslación de las extremidades de Jeff no tenían como objetivo realizar una simple actuación, y menos aún exagerar el dolor que le producían los golpes de aquel boxeador reencarnado.

Los ojos del dueño del local quedaron completamente en blanco, como si sus pupilas hubiesen desaparecido con los golpes, así como su conciencia.

La nariz y la mandíbula de Jeff se habían convertido en incisivos surtidores de sangre, produciendo un auténtico espectáculo rojo, cubriendo todos los huecos de su cara, huecos que parecían resistirse a ser pintados, pero que no tardaron en sucumbir a la travesía de aquella marea dominante.

Nadie se atrevía a ayudarlo, nadie conocía tan bien a Mike como para saber si también iba a atacarles a ellos o si ya había tenido suficiente sangre por hoy, quedando medianamente satisfecho.

La respiración del chico era intensa y se escuchaba por todo el local, los hombros seguían un movimiento parejo y continuo, de vaivén, de arriba a abajo. Los brazos estaban hinchados, bombeando una gran cantidad de sangre, y seguían una trayectoria curvada que desembocaba en su cadera, parecía un auténtico boxeador. El pecho se le inflaba de aire siguiendo el compás de su respiración y los pectorales se le marcaban en el delantal, quedando pegados a aquella pieza de ropa.

Dio media vuelta y, cada vez que cruzaba la mirada con alguno de sus compañeros, estos le giraban la cabeza, nadie quería compartir su mirada con él, y menos si era directamente a los ojos, como si estos pudiesen, de alguna manera, hacerles daño.

Cogió sus zapatos, tiró el delantal al suelo, encima de algunos fragmentos del plato roto que aún nadie se atrevía a recoger, y marchó de aquel lugar pegando un portazo, con la intención de no regresar jamás.

IV. LIBERTAD

Libertad. Esa fue la primera palabra que le vino a la mente después de salir de ese local, después de salir de ese antro en el que estaba preso.

Cerró los ojos con fuerza, tanta como podía suministrar a sus párpados, y respiró fuerte, inspirando una gran cantidad de aire. Lo expulsó con la misma violencia con la que previamente lo había conducido hacia los pulmones, liberando parte de la tensión que se había vivido hacia unos pocos segundos, a escasos dos metros de donde se encontraba.

Una mujer de unos sesenta años, que en ese preciso instante cruzaba la calle, seguramente yendo hacia el supermercado que había a apenas tres manzanas de lejanía, lo miró de manera despectiva, sin entender muy bien qué hacía quieto en medio de la acera, sin hacer nada, vestido de aquella forma tan sucia y ensangrentada.

No era algo muy habitual, ni siquiera en la gran manzana, que un chico de poco más de veintitrés años se detuviese en medio de la calle, apestosamente sucio, y que hiciera ese tipo de rarezas un día cualquiera por la mañana.

Cuando sus miradas se cruzaron, Mike sabía que le había estado observando durante unos cuantos segundos, la mujer giró la cabeza bruscamente, apartando la mirada que los conectaba y empezó a andar más deprisa, acelerando el paso, temiendo una reacción violenta por parte del chico, que parecía un vagabundo en busca de comida o de algo para robar.

—No lo mires más, no lo mires más —pensó en voz alta mientras agachaba la cabeza, mirándose los pies, que se movían cada vez más rápidos.

A Mike le importaba más bien poco lo que diablos estuviese pensando esa mujer, ni que la calle estuviese completamente abarrotada de gente mirándole directamente a él, se acababa de librar del peso que le suponía

trabajar en ese antro y era feliz, se sentía libre. Unos simples prejuicios y opiniones de gente ajena no iban a incomodarle en absoluto, y mucho menos iban a quitarle esa sensación de victoria y libertad.

Sudando, alegre y eufórico miraba al cielo repetidamente, abriendo y cerrando los ojos y dibujando una gran sonrisa de oreja a oreja. Realmente no sabía los problemas que se le podrían presentar después de lo que acababa de hacer, no era del todo consciente del resultado de sus acciones, y tampoco era algo que le importase mucho ahora mismo. Lo único en lo que pensaba y en lo que pretendía gastar el tiempo era en él mismo, en hacer lo que le diese la gana.

Tenía la sensación, igual que con la señora que pasaba por la calle, que sus compañeros de trabajo aún lo observaban a través de la puerta de cristal del local. Ni siquiera se dio la vuelta para comprobarlo, lo sabía y eso aún le alegraba más, pues finalmente habían conocido a la persona que podía llegar a ser, por fin habían conocido al monstruo que había permanecido oculto tanto tiempo.

Agachó la cabeza lentamente y se miró los brazos, mugrientos, ensuciados por una mezcla viscosa de suciedad, sudor y sangre que le provocó una sensación de repulsión y asco, asco de sí mismo. Ni siquiera pudo tocarse la piel para ver si podía arrancarse del cuerpo aquellas manchas, ni siquiera pudo seguir mirándose.

Giró la cabeza levemente y ojeó, por última vez, ese local, su local, ese del que tantas veces había salido cabreado, cabizbajo, humillado, ese local en el que había sido pisoteado, llevado al límite psicológica y emocionalmente hasta sentirse como una auténtica mierda. Lo habían dejado hecho un trapo sucio y usado, literalmente, se encontraba hecho un desastre, con el pelo lleno de grasa, las manos y los pies tatuados con magulladuras, desprendiendo un desagradable olor provocado por toda la suciedad que llevaba encima de la ropa, sin lavar ni planchar. El rostro estaba adornado por manchas negras de roña que incluso le incomodaban al restregarse la piel de la cara, como si

estuviesen pegados a ella, sin querer desprenderse.

Su cuerpo representaba la dejadez absoluta, pero volvió a sonreír, pensando que ya no tendría que pisar más ese suelo, que no entraría más por esa puerta, que ya no respiraría más ese aire, cargado de polvo y calor de la cocina, que no tendría que ver más a sus compañeros, si se les podía llamar así, y por supuesto, ya no tendría que soportar los berrinches y órdenes de su estúpido jefe.

Con sus pensamientos crecía, cada vez más, el deseo de haberlo matado.

Se imaginó lo glorioso que aquello hubiese sido, le invadía una sensación de euforia por el pecho e incluso le daban ganas de volver para comprobar si aún respiraba o si finalmente había abandonado este mundo. Pensó en entrar de nuevo al local y rematarlo con un cuchillo bien afilado, si se diese el caso que seguía exhalando aire, aunque fuese muy levemente.

No lo hizo. Apartó otra vez la mirada del cristal, ahora completamente decidido a no entrar nunca más allí.

Pensó también en el compañero que, de manera indirecta, había provocado toda esa situación, el que llevaba la bandeja de carne ardiendo y lo había hecho caer. Lo odiaba, pues tampoco era la primera vez que le había deseado el mal o le había hecho alguna perrería, pero en parte le estaba agradecido, una parte de él pensaba que sin su ayuda no podría haber sido capaz de escapar de ese trabajo, de abandonar ese infierno, de huir de esa prisión. Sin su ayuda no se habría producido la pelea. Se imaginó lo que estaría haciendo ahora mismo si no hubiese machacado de aquella forma a Jeff, y el pensamiento de que aún se encontraría allí, encerrado, soportando aquel calor nauseabundo, aguantando todo tipo de burlas, insultos, gritos y vejaciones, le produjo un escalofrío en la nuca que le hizo estremecerse y le entraron ganas de vomitar. Realmente lo odiaba todo, no era capaz de recordar ni un momento bueno o de alegría con sus compañeros, ni con Jeff, excepto ese preciso momento cuando notó cómo crujían los huesos de su cara, partiéndose

unos contra otros, empujándose para salir de su cara. Aquello había cambiado su vida para siempre, y no tardaría mucho en darse cuenta del porqué.

Emprendió el camino de vuelta a casa, hacia el piso que tenía compartido con el ucraniano. Ahora que se sentía más eufórico sería capaz de echarlo a patadas del apartamento, lo agarraría del pelo mugriento que tenía en la cabeza, lo tiraría al suelo y lo arrastraría por cada rincón de la pequeña vivienda, barriendo cada mota de polvo que se encontrase. Ya se estaba viendo en el salón, pegándole puñetazos en el pecho y abdomen, saboreando cada palabra de súplica que pudiese llegar a transmitir ese idiota. No lo soportaba ni un minuto más, no aguantaba ver su cara de... De pronto quería decir una palabra, una palabra que se demoró un poco en surgir de su mente para pronunciarse altamente en medio de la calle.

—¡De perdedor! —gritó, mirando al cielo otra vez, mientras abría los brazos y empezaba a andar.

Por primera vez en mucho tiempo estaba disfrutando de un agradable paseo, saboreando cada paso que daba, ya que eran pisadas libres, de victoria, cada zancada le hacía sentir más aliviado y eufórico, por el cuerpo le recorría una sensación de hormigueo que no recordaba desde hacía muchos años. Llegó a detenerse, otra vez, en medio de la calle, donde era objeto predilecto del primer rayo solar de la mañana, que atacaba directamente a la cara del chico, intentando recordar cuál fue aquel último momento en el que sintió esa sensación.

Tardó varios minutos en averiguar su procedencia, pero, finalmente, encontró lo que andaba buscando. Se vio a él mismo agarrando con las manos una piedra de gran tamaño y lanzándola hacia unos arbustos que había justo enfrente de él. De pronto, no lograba recordarlo del todo, se encontraba en el suelo, tumbado, con algo encima suyo, algo realmente pesado que le impedía moverse. Cada vez recordaba más detalles, lo iba recordando todo con más claridad, era el día que salió con su bicicleta roja hacia el parque Greenwall. También rememoró que había salido con su amigo Josh, los dos con sus

respectivos vehículos, y que de pronto un lobo salvaje los atacó, saliendo disparado de entre la maleza.

Recordó esa sensación increíble de euforia y ese hormigueo, que también se lo provocó ese instante, recordó las ganas y sed de sangre que tuvo en ese momento, y que también tuvo cuando se abalanzaba sobre Jeff, lo recordó como si hubiese sido ayer mismo, o como si, por lo menos, aquella sensación nunca lo hubiese abandonado.

Ya se encontraba cerca de su coche, lo podía ver a unos cuantos metros, su Lancia de mierda, de color azul oscuro, aunque estaba desteñido por infinidad de sitios, y recordó lo mucho que le gustaban los coches cuando era pequeño. Siempre había soñado con tener uno ostentoso y caro, uno de esos deportivos que alcanzaban grandes velocidades y eran auténticos coches de lujo. Se preguntó cómo narices había llegado a esa situación, a la situación de no querer tener un buen coche ni prosperar en la vida, él mismo, inconscientemente, encontró la respuesta, pues a su padre le gustaban los coches y a él, por pura herencia genética, también, por lo que bloqueó ese sentimiento para, de algún modo, no parecerse a aquel hombre que odiaba, porque según Mike, este lo había abandonado.

Al llegar a la puerta de ese trasto con ruedas, era el coche más lamentable que había en toda la ciudad, le pegó un puntapié, aboyándolo por el costado y haciendo saltar pequeños fragmentos de pintura, dejando ver un fondo gris oscuro, oxidado. Le importó bien poco, pues ese coche le producía un asco tremendo y se sentía un verdadero fracasado cada vez que lo conducía.

Cogió las llaves y las tiró en la primera basura que encontró, provocando un ruido de repiqueteo en el fondo de ese depósito cilíndrico ocasionado por el impacto del metal gastado de las llaves con el metal corroído del contenedor.

Repuso su camino a casa, victorioso, jadeante y andando.

Mientras vagaba en su regreso a casa oyó varias sirenas, no podía distinguir si se trataba de vehículos policiales o de emergencia. Se imaginaba una gran hilera de coches patrulla, todos iguales y produciendo un gran ruido, o de una ambulancia, con un paso sereno y constante, esquivando a los demás coches, que le cedían el paso cordialmente. Puede que incluso fuesen los bomberos, pero no le encontraba demasiado sentido, pues no veía ni fuego ni humo por los alrededores.

El sonido de las sirenas cada vez se oía más cerca y con más frecuencia, y Mike sonrió burlonamente. Podía escuchar cómo la intensidad de aquel ruido crecía, poco a poco, cada vez más monótono y claro, sustituyendo por momentos al alboroto de la ciudad, de tal forma que parecía que las calles estuviesen completamente en silencio, expectantes, escuchando atentamente aquel zumbido hipnotizador.

La gente se detenía y observaba cuando la sirena pasaba a su lado, los coches no hacían ruido alguno y la ciudad quedaba controlada bajo las órdenes imponentes de esa melodía.

La vio claramente, se trataba de una ambulancia. El sonido que había estado escuchando desde hacía tiempo, que colmaba cada una de las calles de la ciudad, que embobaba a la gente que decidía salir a la calle durante esa mañana, era provocado por una gran ambulancia blanca, con unas líneas rojas que decoraban los dos laterales del vehículo, de punta a punta.

El automóvil había girado en la calle que Mike tenía justo enfrente, la avenida George Stewart, y pasó justo por su derecha, a apenas dos metros de él. No había andado mucho desde que salió de ese apestoso antro, por lo que pudo ver claramente que la ambulancia se detenía justo en el lugar desde donde había empezado a deambular. Bruscamente se abrieron las puertas laterales y salieron dos enfermeros, de unos veinte y treinta años, y una enfermera de unos cuarenta, todos vestidos reglamentariamente, que abrieron la gran puerta trasera y bajaron una camilla desplegable.

La ambulancia tenía unos grandes focos en el techo que impulsaban destellos de color amarillo y rojo, parecía que se iban turnando, primero uno y después el otro, con una precisión de cirujano y un compás único. Las luces se incrustaban en las fachadas y ventanales de los edificios de alrededor y acaparaban todo el barrio, incluso a plena luz del día se verían deslumbrantes y llamativas.

En el pueblo donde vivía de pequeño no estaban demasiado acostumbrados a ver ambulancias, de hecho la primera vez que vio alguna fue durante las primeras semanas que estuvo en la ciudad, no dejaba de ver aquellos vehículos prácticamente a diario, se preguntaba si era habitual que la gente sufriese algún tipo de daño tan jodido como para verlas todos los días o si se trataba de un paseo reglamentario, como los turnos que hacen las patrullas de policía.

Estaba bastante alejado del local para poder escuchar con suficiente claridad lo que la gente y los enfermeros murmulaban, pero prácticamente era capaz de imaginarlo.

Se quedó unos segundos más viendo esa escena, observando cómo los enfermeros entraban a toda prisa, cogiendo por las manecillas aquella camilla, y entraban al local.

—¡Rápido Dustin! ¡Trae el botiquín de primeros auxilios! —le decía uno de los enfermeros al más joven.

—¡Hay que parar las hemorragias! —añadía la enfermera.

—¡Sí, ha derramado mucha sangre y aún sigue perdiendo!

—¡Sujetadle bien el cuello! Voy a inyectarle el sedante, así no sufrirá tanto dolor durante el traslado.

La chica aplicó una pequeña dosis de un líquido grisáceo por las venas del antebrazo de Jeff.

—¡Hay que limpiarle las heridas con alcohol, Dustin acércamelo! — siguió ordenando la chica, que parecía ser la que llevaba la voz cantante mientras que Dustin se limitaba a obedecer las órdenes de sus dos compañeros.

—¡Levantadlo, hay que llevarle al hospital, tienen que operarle de urgencia!

Estuvieron aproximadamente un minuto y medio atendiendo a Jeff y veinte segundos después salieron por la misma puerta por la que habían accedido. Para Mike fueron como veinte minutos, pues deseaba ver cómo sacaban el cuerpo para poderlo contemplar en esas condiciones, otra vez.

La puerta del local se volvió a abrir de una manera brusca, haciendo temblar la puerta de cristal, casi rompiéndola en pedazos.

Primero salió la chica, que iba vestida ligeramente distinta a sus compañeros. Era la enfermera que se encargaba de ordenar qué hacer a los dos chicos que la acompañaban, que eran auxiliares y se requerían, a parte de aliviar la angustia a los pacientes, a trasladarlos en las camillas y dotar a la jefa del material necesario para su atención.

Los dos enfermeros salieron siguiendo a su compañera con las manos completamente estiradas y tensas, que acababan un poco más abajo de sus caderas. Mike se dio cuenta entonces de que estaban sujetando la camilla donde había alguien tumbado, mirando al cielo. Era Jeff, sin duda, aunque desde la distancia no podía verlo con claridad. El cuerpo se encontraba bien sujeto en aquel transporte, agarrado por unas correas de color negro que le cubrían brazos y piernas, y un plástico plateado que le cubría de la mirada de posibles observadores.

Aunque no pudiese ver bien el cuerpo desde allí podía imaginar su aspecto, con la cara hinchada, los ojos llenos de morados y golpes, la mandíbula desencajada y rota, con varios huecos que hacía unos minutos se encontraban llenos con sus respectivos dientes. Debía tener el rostro completamente destrozado, rebosando sangre por todos los lados. Realmente hubiese pagado una buena cantidad de dinero para poder ver esa escena otra vez, para poder revivirla una y otra vez.

La enfermera ayudaba al conductor de la ambulancia a abrir la puerta trasera de esta, para que seguidamente los dos chicos introdujesen con sumo cuidado el cuerpo malherido de Jeff dentro del vehículo.

Los dos enfermeros subieron con Jeff, atándolo aún más dentro del transporte, evitando así el desplazamiento del cuerpo mientras la ambulancia estaba en marcha. La enfermera cerró con fuerza la puerta y subió en la parte del copiloto, haciéndole una señal con la mano al conductor, indicándole que arrancase lo más rápido posible, poniendo de nuevo la sirena a todo volumen.

No habían pasado ni treinta segundos desde que el cuerpo de Jeff salía en aquella camilla de su local, cuando la furgoneta se puso en marcha de nuevo, alejándose del lugar del crimen y minimizándose en el campo de visión de Mike, que no había dejado de mirar ni por un instante.

El vehículo iba realmente rápido, pues en pocos segundos Mike lo había perdido de vista y ligeramente podía percibir el sonido que provocaban las sirenas, como si cada segundo fuese importante para salvar la vida del damnificado. La melodía que causaba aquel vehículo se apagó en la cabeza de Mike, permitiendo a los otros sonidos de la ciudad florecer de entre los edificios, como si hubiesen estado unos minutos esperando, impacientes, su turno.

Mike emprendió, esta vez más decidido, su camino de regreso a casa, sin detenerse hasta llegar a su apartamento.

Tardó bastante tiempo, aunque no tanto como en un principio se pensaba, pues el recorrido lo hacía siempre en coche y le parecía que andando tardaría una auténtica eternidad.

Una sensación de asco le invadió el cuerpo al situarse enfrente de su edificio. Vivía en un pequeño bloque de mala muerte en el centro de la ciudad, donde la contaminación acústica y ambiental eran insufribles, pero prácticamente hasta ese momento no se había dado cuenta. Abrió la puerta de su apartamento con energía, girando rápidamente y con fuerza las llaves y, por suerte, no se encontró con el ucraniano.

El olor de su casa le pareció nauseabundo, una auténtica asquerosidad, pero estaba realmente agotado y se dirigió directo al sofá. Una vez allí, se quitó los zapatos, uno detrás de otro. Primero se liberó del izquierdo, frotando una pierna contra la otra. Con más facilidad se pudo desprender del derecho, pues tenía mayor movilidad con el pie libre y lo quitó de manera sencilla. Los pies le olían a sudor y eso, curiosamente, también le molestó, por primera vez en bastante tiempo se preocupaba por el aspecto y olor, tanto de él como de su piso. Mirándose a los pies se fijó en que no llevaba calcetines, y que eso le había producido unas grandes ampollas en ellos, molestas e hinchadas. Se quitó la camiseta y la tiró al suelo, hizo lo propio con los pantalones y se acabó de tumbar sobre el pequeño y destartado sofá, que, junto con algún objeto más repartido por el suelo y un par de estanterías viejas situadas en los rincones, integraban el decorado del salón de su piso.

Se quedó en calzoncillos, tumbado, prácticamente dormido, con las manos detrás de la nuca, dejando pasar los segundos y los minutos, sin prisa por levantarse.

Respiró hondo y rememoró todo lo que había sucedido aquella mañana, todo lo que había experimentado, y volvió a sentir la misma sensación, la misma sensación de libertad.

V. TODO CONECTADO

Se levantó algo aturdido y aún más cansado de lo que estaba antes de dormirse.

Llevaría como dos horas tumbado en el sofá, y cuando intentó levantarse, no pudo, algo le molestó en la barriga, produciéndole un doloroso pinchazo. Al deslizar su cabeza hacia abajo vio un trozo de papel mal cortado, que por un borde estaba rasgándole el estómago. Lo cogió y lo abrió de mala manera, había algo escrito dentro.

No pudo conocer quién era el escritor de dicha nota hasta que leyó la última línea de la carta, donde había la extraña firma de su compañero de piso ucraniano, Stan. Si hubiese visto antes el autógrafo probablemente no hubiese leído el contenido del papel.

Stan le informaba, con mala ortografía y muy mala gramática, que dejaba el piso ese mismo día, que se mudaba de casa, que ya había hablado con el casero y había saldado las deudas pendientes del contrato, anulándolo, que eso no influiría en la cantidad mensual a pagar de Mike, pero quizá tendría que abonar un pequeño añadido.

En ese momento Mike sintió alivio, pues no lo soportaba y lo quería fuera de esa casa, pero por otro lado sintió rabia, pues le hubiera gustado echar a patadas a ese idiota de allí, le hubiera gustado verlo rodando por las escaleras del edificio o dándole un golpe en la cabeza con el primer objeto que tuviese cerca, le hubiera gustado saciar su odio.

Dirigiéndose hacia la cocina se sirvió un vaso de agua del grifo, para ver si así lograba liberarse de aquella sensación de angustia que le perseguía, abduciéndole el pensamiento.

Se vistió para salir de casa, necesitaba airearse y despejar su mente y esta

vez se sorprendió escogiendo ropa aún sin estrenar, de aquella que dormía en el fondo de su destrozado armario.

Llevaba cerca de dos años viviendo en ese mismo apartamento y prácticamente no conocía la zona, no sabía dónde estaban las estaciones de bus ni de metro, no tenía ni idea de qué calles rodeaban la suya, ni siquiera había estado charlando con ningún vecino. A veces veía a Rachel, la mujer que vivía en el segundo piso, justo debajo de él, ya que acostumbraba a limpiar el suelo de la entrada, los demás era como si no existiesen, como si fuesen fantasmas.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando salía de su edificio, revelándose ante aquel día tan caluroso y soleado. Las gotas de sudor recorrían todas las partes de su cuerpo, impregnando la ropa recién estrenada. Eso no le impidió seguir con su trayecto, pues estaba completamente decidido a perderse por la ciudad.

La ambulancia que transportaba a Jeff tardó poco más de quince minutos en llegar al hospital más cercano.

Aparcó justo delante, con la respetada prioridad de la que disponían las ambulancias y, rápidamente, salieron los enfermeros del vehículo, en orden y con gran cuidado del cuerpo semiinconsciente de Jeff, que aún respiraba levemente. Viendo la situación del cuerpo parecía un auténtico milagro.

Lo llevaron a la sala de quirófano, donde había un equipo ya preparado y listo para atenderle, como si supieran lo que iba a hacer Mike esa mañana, como si supieran que se iba a despertar el monstruo.

—¡Rápido, abran las puertas! —gritó uno de los enfermeros que sujetaba la camilla con el cuerpo.

—¡Dios santo! —dijo chillando, horrorizada, una madre que se

encontraba en la sala de espera, tapándole los ojos con ambas manos a su hijo, que había cogido un catarro dos días antes, jugando al baloncesto con sus amigos, bajo una ligera lluvia.

—¡Ponedlo aquí! —dijo uno de los médicos, agarrando con ambas manos una cama con ruedas.

Desataron a Jeff con mucho cuidado, aflojando lentamente las correas negras que le envolvían las extremidades, y lo levantaron a pulso entre tres ayudantes del hospital.

—¡Uno, dos y tres! ¡Arriba! —guiaba las maniobras un médico.

Lo condujeron hasta una de las salas libres que había. Por suerte para Jeff la división de urgencias ese día no estaba muy concurrida, dejándole prácticamente vía libre. Cualquier otro día hubiese sido imposible atenderle de inmediato, lo que hubiese supuesto un daño considerablemente mayor, el tiempo era muy valioso. Demasiado.

—¡Informe del paciente, Read! —dijo el cirujano mirando al médico que llevaba la cama donde yacía Jeff.

—¡Contusiones múltiples en pómulos y ojos, hemorragias internas, hematomas en la frente y pecho y la mandíbula rota y completamente desencajada!

—¡¿Cuanta sangre ha perdido?! —preguntó otra vez el cirujano, poniéndose unos guantes nuevos de látex y la mascarilla que llevaba descansando en el cuello.

—¡Dos litros o un poco más, si sigue sangrando entrará en coma! —respondió Read, preguntándose qué debía de haber hecho aquel pobre hombre para recibir tal castigo.

—¡Natalie, dame las pinzas y el bisturí! —dijo girándose hacia otra cirujana que había en la sala.

—¡Andy rápido, la anestesia! —indicó a otro médico.

Las puertas de la sala de operaciones se cerraron con Jeff y los cirujanos dentro, poniéndose manos a la obra para salvar la vida de aquel hombre mutilado.

La operación duró algo más de cinco horas y, para entonces, la mujer de Jeff, Sarah, ya había llegado a toda prisa y aguardaba impaciente en una de las salas de espera del hospital.

Los cirujanos salieron de la sala, despojándose de los trapos y piezas de ropa manchadas con la sangre del paciente.

—¡Dígame!, ¡¿cómo está mi marido?! —preguntó una voz preocupada y dulce, que nada parecía al tipo de persona que llegaba a ser Jeff.

—Aún está muy débil, señora, hay que tener paciencia. La operación salió bastante bien, pudimos recomponerle la mandíbula, así como detener temporalmente las hemorragias internas y evitamos que siguiese perdiendo más sangre.

—¡¿Cuándo podré verle?!

—Su marido ha perdido mucha sangre y ahora debe descansar, pueden pasar horas, e incluso días antes de que nadie pueda hablar con él.

—Entiendo —dijo la mujer con una extraordinaria comprensión, poniéndose las manos en el pecho, una encima de la otra.

—Tendrá que ser muy paciente con él, puede que nunca más pueda, ni siquiera, comer como de costumbre. Las secuelas pueden ser muy variadas y no podemos asegurar ni afirmar nada.

Al escuchar esas palabras Sarah hizo una señal de santiguarse, como si implorase a Dios por la recuperación de su marido.

—Lo bueno es que aún está vivo, gracias a Dios que aún está vivo —dijo, otra vez santiguándose, aunque parecía más una frase para convencerse a ella misma.

—Su marido debe ser una persona muy fuerte, aún me sorprende que llegase al hospital con vida, y más aún que soportase la operación.

Lo que el cirujano no se atrevió a decirle a la mujer de Jeff, quizá porque no era ni el momento ni el lugar, era que le daba la sensación de que el marido de esta tenía un asunto pendiente, algún objetivo que le aferraba a la vida, que le impedía morir, como si aún no hubiese dicho su última palabra, como si aún le faltase ajustar las cuentas con algo o alguien.

—Llevaremos a su marido a la unidad de cuidados intensivos, allí podrá verlo, pero no podrá hablar con él.

La mujer asintió, con los ojos brillantes y lagrimosos y, justo antes de acabar esa conversación, le hizo una última pregunta al cirujano.

—¿Quién le ha hecho esto?

El médico esperaba esa pregunta, pero no estaba preparado para responderla con claridad.

—No lo sé, señora, lo único que me han dicho es que ha tenido una pelea

en el trabajo. Supongo que habrá testigos, aunque lo mejor es esperar a que su marido pueda contárnoslo, cuando esté recuperado.

No era la respuesta que más deseaba, pero por ahora le parecía suficiente, ya tendría tiempo de conocer quién era el monstruo que había estado a punto de matar a Jeff.

Mike llevaba unos veinte minutos andando, explorando una ciudad nueva, desconocida. Durante ese tiempo se percató de la cantidad de cosas que tenía por los alrededores y que no había visitado nunca. Había un supermercado, justo en dirección opuesta al que él solía ir a comprar, y que se encontraba a apenas dos calles de distancia, incluso más cerca del que frecuentaba, y que disponía de más variedad de productos y ofertas. Tuvo la tentación de entrar y comprar algo, pero pudo resistirse y siguió con su camino. A unas calles siguiendo la dirección del supermercado había un pequeño parque, con los típicos columpios, casi siempre abarrotados de niños, un tobogán que acababa en un pequeño hueco, provocado por los innumerables aterrizajes de los pequeños que se decidían a precipitarse por su cuesta de metal. Había más construcciones, pero no las conocía, no sabía lo que eran, no las había visto nunca. Le llamó poderosamente la atención un soporte cilíndrico, que tenía unas anillas grandes en los laterales para que los niños y niñas se agarrasen mientras aquella plataforma giratoria daba vueltas a una velocidad endiablada.

Pasó justo por el medio del parque, persiguiendo con la vista a cada niño, de los incontables que había por allí a aquellas horas, cada vez que alguno pasaba corriendo cerca de él dirigiéndose rápidamente a jugar con algo distinto, como si no pudiese esperar o como si sus padres le hubiesen impuesto un tiempo límite para regresar a casa.

—¡Deja eso Eva! —escuchó decir a una señora que controlaba a su hija desde la distancia.

Hacía tanto calor que la atracción más visitada del recinto era una fuente de agua que se encontraba entre el parque y la carretera.

—¡Del suelo no se coge nada! —sentenció la misma mujer de antes, una vez que su hija la había obedecido.

Abandonó ese parque, mientras las voces de sus inquilinos se iban difuminando, como cuando se acerca el final de una canción, y sabes que, inevitablemente, va a acabar.

Los gritos y jaleo que producía aquel parque fue relegado lentamente por el ruido monótono y caótico de la ciudad.

—¡Gilipollas, mira por dónde vas! —le gritó un conductor bajando la ventanilla de su coche, unos segundos después de casi atropellarlo, dejando dos marcas paralelas y negras en la carretera al frenar y provocar el ruido característico de los neumáticos friccionando el asfalto, chirriando.

Mike estuvo a punto de abalanzarse sobre él, pero se contuvo. Aquel conductor tuvo suerte que el chico se encontraba tranquilo, como anestesiado, desintoxicado por todo lo que había ocurrido ese día.

Quién sabe lo que le podría haber ocurrido a ese hombre si el incidente hubiese sucedido por la mañana, cuando la sangre de Mike hervía en sus venas.

Dio media vuelta y volvió alegre a casa.

En el hospital las cosas iban mejorando rápidamente. Jeff llevaba prácticamente un día ingresado y había progresado de manera notoria, casi increíble.

—Su marido parece estar reaccionando muy bien a la medicación, señora —comentó el médico supervisor de Jeff, a su mujer.

—¡Gracias a Dios! Únicamente él sabe las veces que le he rezado para que mi marido se recuperase.

—Si sigue progresando así, en unas pocas horas ya podremos comunicarnos con él.

A Sarah, mujer de Jeff desde hacía diecinueve años, esas palabras parecieron tranquilizarla y aliviarla y automáticamente todos los prejuicios que había impuesto sobre el médico negro de su marido se transformaron en gratitud y esperanza.

No había pasado ni una hora desde la conversación de Sarah con Rajid, el médico de Jeff, cuando este empezó a recobrar el sentido bruscamente, agitando los brazos y la cabeza.

—¡Doctor, mi marido está moviendo los brazos! —gritó Sarah, sin saber si se trataba de una buena noticia.

—¡Traigan a dos médicos y un par de tranquilizantes! —dijo Rajid, poniéndose una bata blanca deprisa.

Sus palabras no sonaron muy alarmantes, y su rostro tampoco era pavoroso, por lo que Sarah no hizo conjeturas precipitadas y esperó a las aclaraciones pertinentes.

Rajid y los dos médicos que había solicitado entraron en la habitación del paciente, le proporcionaron los calmantes y le inspeccionaron las heridas.

Estuvieron unos minutos dentro, hablando muy despacio y cuidadosamente con él.

—¿Cómo se encuentra señor West? —preguntó Rajid, al verlo algo más tranquilo y sosegado.

El médico se acomodó en la sala, sentándose en la silla para acompañantes de la habitación, que había permanecido vacía todas las horas que llevaba Jeff en el hospital.

—Algo mejor, aturdido, pero ya no siento tanto dolor —respondió Jeff, que tardó como un minuto en articular la frase completa.

Su voz sonaba ronca y lenta, pero a la vez desgastada, no podía abrir demasiado la boca, por lo que aún era más difícil entender lo que decía.

—Nos gustaría que descansase un poco más, señor West —quiso hacerle entender Rajid a Jeff, aunque no con mucha fortuna.

—¡Me encuentro bien! A la que pueda me gustaría volver a casa, tengo asuntos que resolver.

De nuevo, tardó cerca de un minuto en recitar la frase, y en su rostro se podían observar los gestos de dolor que le producía decir determinadas palabras.

Rajid peleó con Jeff durante cinco minutos más, y tras sus continuas negativas, se dio cuenta de que sería imposible llegar a un entendimiento con ese hombre.

—De acuerdo señor West, podrá hablar con su mujer y realizar llamadas, pero no saldrá del hospital hasta que yo se lo autorice. Y sobretodo, intente no alterarse, la etapa postoperatoria y su siguiente recuperación es lo más determinante para su calidad de vida futura —sentenció Rajid, justo antes de abandonar con paso firme la habitación.

Los otros médicos hicieron lo mismo.

—Aún se encuentra algo débil y aturdido, pero está decidido a hablar con usted, ahora.

Sarah no dejó terminar la frase a Rajid, que tuvo que ladearse para no ser arrollado por un tren en dirección a la habitación de su marido.

—¿Cómo estás Jeff? —preguntó Sarah, copiando el procedimiento del médico.

—Algo mejor cariño, no te preocupes.

—No he parado de rezar por ti, para que te recuperases.

—Lo sé, me has ayudado mucho.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Qué clase de demonio es capaz de hacerle algo así a otra persona?

—Tú lo has dicho Sarah, el demonio.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella, sobresaltada, mientras se tapaba la boca abierta con sus dos manos.

—¡Lo he visto Sarah, he visto al demonio, tan real como tú y como yo, pero tan horrible como nadie!

De nuevo, tardó una eternidad en pronunciar cada una de las palabras de la frase, pero su mujer no dejaba escapar detalle y se mostraba muy comprensiva y atenta, como si lo que dijese su marido fuese, literalmente, a misa.

—¡Qué horror Jeff, qué horror! —dijo, empezando a llorar.

—El demonio que vi tiene nombre y apellidos, pero te puedo asegurar que había algo en él que no puedo describir, era algo aterrador. Tenía una fuerza sobrehumana, emanaba una energía capaz de romper paredes, y lo más aterrador de todo era su rostro.

Se quedó callado tanto tiempo, recobrando el aliento, que Sarah le interrumpió.

—¿Qué le pasaba a su rostro?

Jeff se incorporó de la cama, por primera vez desde que entró en el hospital y, mirando fijamente a su mujer, dijo:

—Era puro odio y maldad. La boca parecía querer comer mi carne, la mirada me dejó completamente petrificado, a la espera del final, y los ojos... ¡Los ojos querida, los ojos eran rojos!

—¡Cómo los del diablo! —acabó gritando ella, con las manos sobre la cabeza.

Los dos se abrazaron entre lágrimas y sollozos. Jeff, que no era una persona muy dada a derramar lágrimas, no pudo resistir a la emoción y acabó llorando como un niño.

Una furgoneta de color negro llegó a la mansión del número ochenta y siete de la calle Boulevard Nashville, un camino extenso a las afueras de Nueva York. De él bajaron dos hombres grandes, fuertes, trajeados y con gafas de sol. Uno moreno y con el pelo engominado hacia atrás, el otro, con el pelo corto, negro y rizado, de raza negra.

Llamaron a la puerta y, segundos después, contestó una voz grave y cansada.

—¿Quién es?

—Nosotros jefe, Marco y Steve —dijo Steve, el chico negro.

La puerta se abrió, dejándolos pasar.

—¿A qué se debe vuestra visita? —preguntó un hombre blanco de unos sesenta años, con un albornoz rojo que le llegaba a los tobillos.

—Jefe, tenemos noticias —dijo Marco, que llevaba el pelo brillante por la gomina.

—¿Se acuerda de Jeff West, el contrabandista con la cadena de restaurantes? —preguntó Steve.

—Sí, claro, ese hijo de puta tenía muy buenos contactos.

—Pues hace unos días casi lo matan —dijo Marco, sonriendo de oreja a oreja.

El jefe se quedó mirando a los dos hombres, esperando alguna aclaración más por su parte. Al no encontrarla, dijo:

—¿Y qué? Ya sabéis cómo es este trabajo, cometes el más mínimo error y te encuentras muerto o con algo fuera de lugar. ¿Para esta mierda habéis venido a molestarme?

Se estaba empezando a cabrear, y ellos dos lo sabían.

—No jefe no, quiero decir, lo extraño es quién lo lastimó.

—¿Quién, no fue algún mal negocio?

—No jefe, fue un empleado de uno de sus locales, un chico llamado Mike —esta vez fue Steve quién, después de decir la frase, se puso a sonreír.

—¿Un chico? Un chico hace el trabajo mejor que vosotros.

No les sentó nada bien ese comentario, e hizo que tanto Marco como Steve empezasen a odiar a Mike, aún sin conocerle.

—Bueno, ya habéis hecho que pierda demasiado tiempo, marcharos a casa, venga —finalizó diciendo el jefe.

Mientras este se daba la vuelta, con intención de acabar la conversación allí mismo, Marco dijo una última frase.

—Su nombre es Mike Clifford.

El jefe paró en seco, quedó completamente petrificado y con los ojos abiertos como platos.

Tuvo que asegurarse que había escuchado bien.

—¿Has dicho Mike Clifford?

—Sí —dijeron los dos a la misma vez, ambos sonriendo.

—Lo quiero ver, necesito hablar con él. ¡Traédmelo inmediatamente! Dejadle un mensaje de mi parte, citándolo en cualquier sitio donde podamos hablar tranquilos. Que no se sienta amenazado o que crea que se trata de una trampa.

—¿Y si no viene? —preguntó Steve.

—¡Si no viene me lo traéis a la fuerza!, ¿o es que también os va a enviar al hospital a vosotros? ¡Panda de holgazanes!

Después de acabar la frase, se perdió por las estancias de su mansión.

Marco y Steve abandonaron ese lugar satisfechos por el resultado de la conversación con el jefe, pero con cierta animadversión hacia Mike. Ambos se preguntaban cómo era posible que un chico, simplemente por pegarle una paliza a alguien, ya recibiese más importancia y protagonismo que ellos, que llevaban años trabajando para el jefe y haciendo trabajos mucho más complicados.

En cuanto Jeff pudo hablar con más soltura y rapidez esperó a estar solo en la habitación del hospital, una vez que su mujer volvió a casa a recoger algunas cosas, y no dudó en coger su teléfono móvil para hacer algunas llamadas.

El teléfono sonó tres veces antes de que alguien respondiese a la llamada.

—¿Jeff, eres tú? —respondió una voz grave detrás del teléfono.

—Sí Liam, soy yo, te llamo desde el hospital.

—Lo sé Jeff, estaba preocupado por lo que se decía, poca gente pensaba que podrías sobrevivir.

—Aún estoy débil, pero ya me encuentro bastante mejor. Te llamo porque necesito que me hagas un favor.

—¡Claro Jeff! Dime, ¿qué es lo que quieres?

—Es simple Liam, quiero venganza —dijo Jeff desde la habitación del hospital, con una voz que por primera vez parecía recuperada.

—Por supuesto primo, ya sabes que eres como un hermano para mi, y voy a hacer todo lo posible para vengarte.

Esperó algunos segundos con el oído pegado al teléfono, pero lo único que oía era la respiración forzada de Jeff.

—¿Qué es lo que te ocurrió exactamente?

—Un empleado de uno de mis locales, Mike...Mike Clifford creo que es su nombre completo. Casi me mata el hijo de puta, de hecho no sé porqué no lo hizo, quizá pensase que ya estaba muerto y por eso se marchó sin rematarme —dijo apretando los puños y la mandíbula fuertemente, provocándole un punzante dolor en la zona afectada.

—¿Has dicho Mike Clifford?

—Sí, ¿te suena de algo?

—Tengo que confirmarlo, ahora haré unas llamadas, pero creo que conozco muy bien quién es ese chico.

—¡Perfecto! ¡Lo quiero ver muerto! ¡Ahora mismo tengo unas ganas terribles de matarlo, y no moriré tranquilo hasta verle sufrir lo mismo que he sufrido yo!

Instintivamente se incorporó en la cama del hospital, casi como si estuviese, por un momento, recuperado, como si no sintiese del dolor que le producían las heridas.

Volvió a tumbarse y acabó diciendo, más calmado, pero no menos furioso.

—Pero en mis condiciones sería imposible. Me han dicho que no me pueden dar el alta hasta que los médicos consideren, y ya sabes que estos cabrones, si quieren, pueden tenerme aquí semanas, y eso sería demasiado tiempo. No puedo esperar tanto Liam. No puedo.

—No te preocupes Jeff, yo me encargo.

Colgó el aparato y lo dejó al lado de la mesa del hospital, al cabo de cinco minutos el teléfono de Jeff soltó un primer zumbido, indicando que Liam le estaba llamando. Cogió la llamada sin dejarlo ni siquiera provocar el segundo sonido.

—¿Sí? —dijo con voz seria y forzada.

—Jeff, soy Liam otra vez, he hecho la llamada de la que te estaba hablando, he estado conversando con Logan Hunter, ayudante de tú ya sabes quién.

—¿Y para qué has llamado al Logan? ¿No puedes hacer tú el trabajo?

—Esa no es la cuestión Jeff, si es cierto que ese chico es Mike Clifford también les interesaría participar. Llamé a Logan porque en el pasado estuve varios años trabajando con él, y tuvimos muchos problemas con una empresa de la competencia que tenía como integrante a un hombre llamado Jeff Clifford, el tío era de los mejores en su campo y nos jodió varios negocios, hasta hacernos perder varios millones, es una historia algo complicada.

—¿Has dicho que el integrante de la empresa de la competencia se llamaba Jeff Clifford? —preguntó Jeff antes de que Liam pudiese acabar la frase.

—¡Sí, Mike, el chico que te atacó, es hijo de Jeff Clifford! Voy a ver si Jacob está también interesado en acabar con Mike, aunque supongo que Logan se pondrá en contacto con él antes que yo.

Después de esta frase ambos colgaron el teléfono, esta vez lo dejó más alejado, pues sabía que no volvería a recibir otra llamada en, por lo menos, un buen rato.

Se quedó pensativo, mirando hacia el techo de la habitación del hospital, con las manos entrecruzadas encima del pecho, de pronto le entró pánico al pensar en la situación que había vivido con Mike, al recordar la furia a la que se había enfrentado, al imaginarse por un instante que nunca podrían acabar con él.

Volvió a llorar como un niño, solo, acostumbrándose poco a poco al derramamiento de lágrimas.

Mike había estado más de diez horas seguidas durmiendo y se encontraba completamente descansado. Cogió el teléfono decidido a llamar a casa.

Llamaría a su madre, ya que hacía algunas semanas que no hablaba con ella, le explicaría toda la situación y también le pediría consejo, pero justo al coger el aparato y marcar los cuatro primeros números se arrepintió, la preocuparía demasiado, esta le diría que se buscara un abogado, pues si había testigos en el local no sería difícil interponer una demanda, se pondría a llorar pensando en que Mike podría ser juzgado por agresión e intento de asesinato e iría a la cárcel, con el único consuelo del respaldo de sus hermanos pequeños, que aún vivían con ella en el pueblo. No quiso provocar tal angustia a su familia y decidió esperar mejores noticias para ponerse en contacto otra vez con ellos.

Se encontraba de maravilla, aliviado y libre, pero sabía que no podía

seguir así, sin trabajo. Tenía unos gastos a los que enfrentarse, y prácticamente no tenía dinero ahorrado, como mucho aguantaría un par de meses antes de tener que pedirle dinero a alguien, probablemente a su madre.

Por primera vez desde que dejó a Jeff en el suelo, inconsciente, bañándose en su propia sangre y con la cara casi irreconocible, sintió miedo a las consecuencias, las palabras que se había imaginado en su mente de su madre eran completamente ciertas, si Jeff decidía llevarlo a juicio lo perdería todo, todo lo que era y lo que pretendía ser, lo que pretendía cambiar. En el momento de la agresión el local estaba repleto de testigos y sus puños tenían marcas visibles y señales de los impactos que había provocado en la cara de su jefe, la claridad del suceso no dejaba lugar a una posible defensa delante de un tribunal.

Inexplicablemente, en aquel momento de ligero pánico y preocupación, se le dibujó una pequeña sonrisa en la cara, nada más por un segundo, justo antes de volver a la misma expresión seria e incrédula de antes. La expresión surgió al pensar que su madre era capaz de darle buenos consejos, incluso sin hablar directamente con ella, simplemente imaginándose lo que esta le diría si estuviese allí mismo, con él.

Se mantuvo parado, inmóvil durante algunos minutos pensando en lo que podría hacer. Desde el fatídico suceso no había recibido ninguna llamada al respecto, ni siquiera un simple aviso o advertencia, como si estuviese olvidado, como si no tuviese que rendirle cuentas a nada ni a nadie. Eso le dio un ápice de esperanza. Pensó que quizá su jefe había muerto en el hospital, por lo que sus familiares y allegados estarían más pendientes en llorar sus penas más profundas antes que en denunciar al salvaje que lo había matado. El pensamiento que Jeff podría haber muerto desapareció de su imaginación casi tan rápido como llegó a ella, conociéndolo no creía que fuese tan fácil librarse de él.

Una sensación de curiosidad le invadió el cuerpo, y le hizo ponerse la cazadora lo más rápido posible, se calzó los zapatos, cogió las llaves del

apartamento y salió de casa, en dirección al hospital, decidido a averiguar si Jeff había sobrevivido o no.

No quería gastarse el dinero que supondría coger un taxi, pero tampoco quería malgastar su energía dirigiéndose hasta el hospital a pie, sin saber lo que se iba a encontrar, por lo que compró un único billete de autobús, y viajó en aquel vehículo hasta el centro de la ciudad, donde se encontraba el hospital que, según internet, quedaba más cerca del lugar de la reyerta.

Nunca había viajado en autobús por Nueva York, los veía pasar cada día, pero no existían para él, no conocía sus recorridos.

Subió en el primero que cruzó la parada más cercana a su casa, también consultado en internet, y se sentó en un asiento libre, casi al final del vehículo, al lado de la ventanilla. El trayecto no fue del todo agradable, en la fila de atrás una extranjera gritaba por su teléfono móvil, quizá pensando que al hablar en un idioma distinto al nativo nadie podría oír lo que decía. En el asiento de la izquierda un padre se desesperaba con su hijo, que no dejaba de revolotear sobre los asientos poniendo los pies encima de sus tapizados, ensuciándolos de arena.

Mike seguía pensativo y mirando por la ventana, intentando controlar su nervio mientras todo el autobús parecía querer desatarlo. Hacía muchísimo calor y el sudor le caía cada vez con más abundancia por la frente y espalda, pegándose incluso un poco en el respaldo de su asiento. Cada vez que el autobús realizaba una maniobra de giro se producían unos chirridos horribles, como si los amortiguadores del vehículo no fuesen a resistir el peso de toda la gente que, aquel día, se había coordinado para viajar en el mismo autobús que Mike, que creía que aquel bicho de metal se iba a partir por la mitad en cualquier momento.

El transcurso del viaje, estacionando cada doscientos metros en una nueva parada, hacía cargar cada vez más aquel vehículo, llenando cada centímetro de espacio con gente de pie, agarrada a las barras metálicas que había colgadas

del techo, descubriendo sus axilas y provocando un olor similar al que hacía el apartamento de Mike.

La cabeza empezó a arderle, todo le daba vueltas y el aroma del autobús no ayudaba en su intento para no vomitar allí mismo, encima de algún pasajero. Estuvo a punto de salir un par de paradas antes de la suya, la que le dejaba enfrente del hospital, no aguantaba más estar dentro de aquella olla de gente, enfureciéndose más a cada segundo que pasaba, pero finalmente resistió la tentación y esperó hasta que el vehículo se detuvo, justo delante de su destino.

Al bajar respiró una gran bocanada de aire que le llenó los pulmones y le hizo sentir una gratificante sensación de pureza. Aunque el aire que flotaba por la ciudad estaba verdaderamente contaminado, no se podía comparar con el aire que le estaba atormentando dentro de aquel vehículo infernal. Sin duda tenía claro que no volvería a casa por el mismo método de transporte.

Cabizbajo, intentando llamar poco la atención, cruzó la puerta automática del hospital, rogando no ser reconocido por nadie.

Caminó hasta encontrarse al frente de la cola de recepción, no era muy larga, había un par de personas de avanzada edad y un par de niños con leves síntomas febriles.

Pasó tres minutos de pie, aguardando su turno, hasta que alguien se dirigió a él.

—Hola señor ¿en qué puedo ayudarle? —le preguntó la mujer que se encontraba atendiendo, detrás del cristal.

Se quedó mudo durante unos segundos, hasta que finalmente reaccionó.

—¿Podría decirme si hay alguien ingresado con el nombre de Jeff West?

Nunca antes había ido a un hospital tan grande y no sabía si conseguir el nombre de un paciente sería tan sencillo.

—A ver, déjeme mirar —dijo la chica, agachando la cabeza e introduciendo el nombre que Mike le había dicho en el ordenador.

Desde el otro lado del cristal Mike estiró un poco la cabeza, intentando ver lo que iba saliendo en la pantalla, pero aquel vidrio lo impidió. En ese momento se le ocurrió que alguien lo debía de haber intentado antes que él y que el cristal era una medida de prevención contra curiosos e impacientes.

—Sí, tenemos registrado a un tal Jeff West, ingresó muy grave, ahora está recuperándose en cuidados intensivos, pero aquí pone que aún no puede recibir visitas. Lo siento señor.

—Bueno, ya pasaré en otro momento, lo importante es que está mejor.

Una sensación de terror invadió su cuerpo por unos segundos, el corazón le bombeaba a una velocidad desorbitada, se estaba mareando y pensaba que se iba a desmayar, el miedo se apoderó de él y, rápidamente, dio media vuelta para emprender el camino hacia la puerta del hospital, por la que había entrado hacía escasos minutos, con la intención de volver a casa.

—Disculpe señor, me podría decir su nombre, para anotarlo aquí, en el registro —dijo la recepcionista antes de que Mike saliera por la puerta.

Los pasos ligeros y aterrados del chico se detuvieron, quedándose completamente quieto, petrificado ante esa endiablada pregunta. Se giró lentamente, por un momento incluso pensó en huir, pero luego reparó en que eso sí sería llamar la atención, sería señalarse como culpable, sospechoso o, lo que es aún peor, cobarde.

—Sí, disculpe, me llamo... Mi nombre es Luke West, soy primo de Jeff, el paciente —inventó descaradamente.

La mujer lo apuntó en la computadora y finalizó diciendo.

—Gracias. ¿Quién es el siguiente?

Mike respiró aliviado, aún no lograba comprender cómo se le había podido ocurrir un nombre tan rápido, en esa situación de parálisis, pero lo había hecho, había logrado salir de aquella situación y ahora solo pensaba en salir de la vista de aquella mujer.

Reprendió el camino hacia la puerta, salió del hospital, entonces volvió a pensar en lo que esa señora le había dicho, que Jeff aún estaba allí, que no estaba muerto, sino recuperándose, quizá en malas condiciones ya que no podía recibir visitas, pero no muerto.

Para Mike fueron muy malas noticias y por otro impulso desconocido, igual que el que le había llevado hasta aquel hospital, tuvo la necesidad de verlo, quería ver a Jeff y pensó en trepar por la pared lateral del edificio, sujetándose en los relieves que hacían las ventanas de las habitaciones, pero entendió que no resultaría ser una buena idea. Por un instante giró la cabeza, de nuevo hacia la puerta de entrada del hospital, valorando la posibilidad de entrar corriendo, saltándose cualquier protocolo de seguridad, y buscar desesperadamente la habitación donde se recuperaba Jeff.

Por suerte para él, la locura no se había apoderado de todas las partes de su cerebro y recapacitó a tiempo, pues antes de cometer cualquier estupidez, empezó a correr, esta vez en dirección contraria a la planeada, esta vez de vuelta a casa.

Tardó como cuarenta minutos en llegar a su apartamento, sudando y respirando de manera forzada. Al mirar de reojo su buzón lo vio como

prácticamente cada día, lleno. Pocas veces abría la correspondencia, ni siquiera si esta se encontraba a rebosar de revistas y papeles.

Cuando las cartas se acumulaban tan vergonzosamente que hasta invadían el espacio de los buzones vecinos entonces las cogía tímidamente y prácticamente las tiraba a la basura sin leerlas, incluso sin abrirlas.

Subió hasta la puerta de su apartamento lo más rápido que pudo y, al entrar, resbaló con algo.

El impacto del cuerpo de Mike contra el suelo provocó el esparcimiento de porquería por todos lados, subiendo por las paredes y pegándose en los cojines húmedos del sofá.

Desde el suelo, giró la vista y vio una cartulina de papel perfectamente doblada, estirada en el suelo, como si alguien la hubiese lanzado por el espacio que quedaba entre el suelo y la puerta vieja del apartamento.

La carta iba firmada por dos iniciales mayúsculas, al final del texto, con una tipografía muy elegante. El escrito era bastante corto, no tendría más de doscientas palabras.

Sentándose en el sofá y desdoblado aquel papel de gran calidad se dispuso a leerlo en voz alta, con intención de no hacerle mucho caso.

—Me gustaría comentar y aclarar con usted, señor Mike Clifford, algunos asuntos que han sucedido últimamente. Si fuese posible me gustaría verle cuanto antes. Podríamos vernos en cualquier parque o recinto comercial, allí donde usted se sintiese más cómodo. Póngase en contacto conmigo inmediatamente llamando al número de teléfono detallado en la última línea del escrito. Cordialmente, AP.

El primer pensamiento que tuvo después de leer la carta fue que se trataba

de una broma, luego recapacitó y, en segunda instancia, empezó a preguntarse seriamente de lo que se trataba aquello.

—¿Quién hace ese tipo de bromas? —dijo mientras abría los brazos, aún con la carta en las manos, moviéndola de un lado para otro.

El escrito decía de aclarar asuntos que habían sucedido últimamente, y Mike estaba convencido de que se trataba del incidente que había tenido con Jeff, su jefe. Pensó que este podría haber contratado a alguien para machacarle, para hacerle sufrir de igual o mayor forma que a él. Un segundo pensamiento le indujo en la posibilidad que se tratase de policía encubierta, para detenerlo, aunque luego reconsideró aquel juicio, pensando que realmente era una estupidez, ya que podían detenerlo perfectamente en su casa sin tener que pedir cita previa o molestarse en dejar una maldita carta por el hueco inferior de la puerta de su apartamento, tenían todas las pruebas que quisieran y más.

Arrugó la carta y la tiró desde el sofá hasta la basura que había entre la cocina y el comedor, lanzándola por el aire como si fuese un juego de baloncesto, marcándose un lanzamiento perfecto.

Fuera lo que fuese, no le interesaba.

No pudo aprovechar ningún minuto más de aquel día agotador, y se fue a la cama muy temprano, aún no eran ni las ocho de la tarde y se acostó sin cenar. Aunque no quisiera no podía dejar de pensar en aquel papel misterioso, en cada una de las palabras que había escritas en la carta que acababa de recibir, horas antes. Todo parecía muy extraño y tenía claro que no era una casualidad, tenía claro que todo estaba conectado, y no parecía que fuese para bien.

Estuvo casi toda la noche vagando por su pequeño cuarto, moviéndose de un lado a otro, sin poder conciliar el sueño.

A las cuatro y media de la madrugada llegó el milagro y pudo descansar, aunque no tardaría mucho en despertarse.

El sonido del teléfono retumbaba como un auténtico altavoz, era un ruido escandaloso que provocaba el caos en aquel pequeño apartamento, hasta meterse por los tímpanos de Mike de manera estridente, resonando contra su cráneo brutalmente, hasta levantarlo de la cama.

—¿Quién coño llama a estas horas?! —dijo Mike, aún medio dormido pero con una voz que revelaba su cólera.

—Hola Mike, soy Adam Parker, te llamo porque no me respondiste ayer a la carta que te envié y necesito hablar contigo urgentemente.

—¿Pero quién cojones eres tú?!

—Ten paciencia, te lo explicaré todo cuando nos veamos, necesitamos charlar de varias cosas.

—¿Es sobre el tema de Jeff West?! Si te ha contratado para matarme, que te quede bien claro, ven a buscarme o véte a la mierda.

—No estoy contratado por Jeff ni por nadie, Mike. Sí hablásemos lo entenderías todo, no pretendo hacerte daño.

—¿No sé ni quién eres y pretendes hablar conmigo, lo que tengas que decirme dímelo ahora si tienes tanta prisa!

—No puedo Mike, tengo que hablar contigo en persona.

—¿Si te crees que soy imbécil y que caeré en vuestra trampa lo llevas

claro!

Colgó el teléfono con rabia, maldiciendo al aire, sin saber lo que acababa de ocurrir.

Le hubiese gustado dejar las cosas aún más claras, haberse revelado más duro, más agresivo, más furioso, más temible de lo que en realidad se había mostrado.

—Ahora pensará que le temes, que tienes miedo a quedar con él en persona —maldecía señalando el teléfono.

Eso le dolía, incluso más que cualquier golpe. No podía soportar la idea de que aquel hombre pensase que era un cobarde, alguien que tiraba la piedra y luego escondía la mano. Tuvo la tentación de volver a coger el teléfono, marcar la última llamada y dejarle las cosas bien claras al desconocido que quería quedar con él. Ya ni siquiera se acordaba de su nombre. Se contuvo, igual que en el hospital, cuando estuvo a punto de arrasar con todo para encontrar la habitación donde estaba ingresado Jeff.

Se empezaba a sentir encerrado, como si las paredes mal pintadas de su apartamento se fueran estrechando cada vez más, necesitaba salir de allí cuanto antes.

No tuvo tiempo ni de vestirse el abrigo barato que había encima del sofá, tirado de cualquier manera. En su precipitada huída solo llegó a coger las llaves del apartamento, que hicieron un ruido estridente al impactar contra el suelo, después de caérsele de las manos apoderadas por la angustia. Era muy temprano y cualquier sonido, por pequeño que fuese, resonaba por el edificio, haciendo parecer un auténtico alboroto.

Guardó las llaves en el bolsillo trasero de su pantalón, que seguía siendo el mismo de ayer y, bajando las escaleras a toda prisa tuvo la sensación de

haberse dejado la puerta de casa abierta, pero no contempló la idea de subir otra vez para comprobar si sus sospechas eran ciertas. Quería alejarse lo máximo posible de aquel sitio, de lo que seguía siendo su casa.

Alcanzó la entrada principal del edificio, saliendo a la calle, sudando, clamando por aire nuevo y fresco. No tardó ni un segundo en llenar sus pulmones de esa nueva fragancia, fría y renovada, como si cada mañana el aire se sometiese a un proceso purificador donde se le liberaba del mal acumulado durante todo el día y tuviese la cualidad de curar la mente de aquellos privilegiados en consumirlo, cuando aún se encontraba virgen.

No había nadie en la calle. Nadie. Ni una persona paseando al perro, ni alguien yendo a trabajar con cara de asco, ni algún muchacho camino al colegio, ni la mera presencia de vagabundos deambulando por la carretera, borrachos.

Quizá era una señal, una señal de que no tenía que estar allí en ese preciso momento, que lo mejor hubiese sido reposar en casa todo el día, aunque las paredes se cerrasen tanto que acabasen estrujándolo, como un rodillo espachurra una masa de pasta de harina.

Una furgoneta negra rompió el silencio de aquella mañana, provocando la atención de Mike, que intentaba averiguar quién se encontraba al volante del vehículo. Fue imposible, pues los vidrios tintados impedían ver nada del interior.

Algo en Mike, algo muy tibio, quiso avisarle, quiso decirle que volviese a casa, que cerrase la puerta que, efectivamente, se había dejado abierta, y que durmiera todas las horas que le faltaban por dormir. Pero no lo hizo y Mike no reaccionó.

La furgoneta abrió sus alas, y de ellas salieron dos sombras, ágiles, rápidas y precisas, que no tardaron ni tres segundos en alcanzar la posición de Mike, que no recordó nada más de lo ocurrido esa mañana.

El primer golpe fue seco, ejecutado con algo demasiado duro para contener carne humana. Mike cayó al suelo como una botella de plástico vacía, rebotando un par de veces antes de detenerse en el piso, mirando hacia el cielo.

El segundo golpe pegó de lleno en la boca del estómago de Mike, mientras este yacía en la acera de su calle, semiinconsciente. Aquel segundo impacto, aunque duro, pareció una simple caricia si se comparaba con el primero, que había inutilizado cualquier defensa por parte del chico, permitiendo a aquellos hombres llevárselo con una increíble facilidad.

Lo arrastraron sonoramente por la calle hasta meterlo dentro de la parte trasera de la furgoneta, que arrancó inmediatamente después de cerrar todas sus puertas, una vez sus pasajeros habían regresado al interior, refugiándose nuevamente detrás de aquellos cristales negros.

El silencio volvió a restablecerse a medida que la furgoneta se deslizaba por las calles de la ciudad, alejándose del lugar del crimen, sin dejar rastro, ni de testigos, ni de Mike.

VI. SECUESTRO

Un ronroneo ahogado empezaba a resonar en la cabeza de Mike, parecido al sonido que hace el motor de un coche. No recordaba nada, no veía nada, todo estaba oscuro y aún se encontraba medio inconsciente, no lograba despertarse del todo. Poco a poco empezaba a recobrar el sentido, y con ello, la memoria, no sin antes sentir un gran dolor, punzante, ardiente, en la cabeza. Lo último que lograba recordar era estar enfrente de su casa, después de abandonarla a toda prisa, escapando por alguna razón que no le venía a la memoria, no se acordaba porqué le corría tanta prisa, después todo se volvió de color negro y vacío, como si sus recuerdos fueran pequeñas piezas de un puzzle desordenado, revuelto, esparcido en mil pedazos por toda su cabeza a causa de un gran golpe.

Con el paso de los segundos, logró, lentamente, ir recobrando el sentido, encajando pequeños detalles, reconstruyendo algunos trozos de memoria que deambulaban dispersos por su cabeza.

Pudo apreciar que se encontraba en algún lugar en movimiento, algo estaba transportándolo, lo sabía porque iba dando tumbos y moviéndose de un lado para otro. Recordando aquel sonido de ronroneo que no dejaba de escuchar logró concluir que se hallaba en algún tipo de vehículo, aunque no terminaba de recordar la furgoneta negra que, horas antes, estaba merodeando cerca de su casa y de la que bajaron dos sombras, para atacarle.

Se encontraba incómodo, encajado en un espacio pequeño, pues al mover las rodillas para extender completamente las piernas estas impactaban contra los laterales de aquel sitio en el que estaba metido, encerrado, por lo que se colocó con las extremidades recogidas, en posición fetal.

Se llevó la mano derecha a la cabeza, acariciándose la frente y, al tocarla, sintió un dolor aflictivo e intenso que le hizo retirarla rápidamente.

La oscuridad cegaba cualquier tipo de visión, no se mostraba ni un pequeño rastro de luz, pero podía escuchar la voz de varios hombres que parecía que también se encontraban en el mismo lugar, en el mismo vehículo, aunque no aparentaban encontrarse en las mismas condiciones que él. Las voces pasaban rápido por su alrededor y no lograba entender muy bien lo que decían, pero sabía reconocer que no se trataba de un idioma extranjero, ya que podía entender algunas palabras sueltas, incluso frases, y eso, no sabía muy bien porqué, le reconfortaba.

Hizo un leve intento por incorporarse, pero aún se encontraba demasiado aturdido y débil.

Acariciándose la mano con la que se había tocado la cabeza unos instantes atrás podía notar que tenía los dedos recubiertos por un fluido viscoso, sin saber del todo lo que hacía, se chupó el dedo índice, untado en la punta por ese líquido, que le provocó una sensación de repulsión. Era agrio y raro, con un toque dulzón, pero lo que realmente le hizo percatarse de lo que se trataba era su olor. Sin duda era sangre.

El vehículo pasó por encima de un bache a demasiada velocidad, lo que provocó que la cabeza de Mike impactase violentamente contra la puerta trasera de la furgoneta, lo que ocasionó el alarido del chico, alertando a los hombres que también se encontraban en el coche que, finalmente, su rehén había despertado.

Encendieron un par de luces que había en los laterales de aquel sitio, el maletero de la furgoneta, donde se encontraba Mike. Eran tan poderosas que por unos instantes le cegaron y le provocaron otra vez un dolor chirriante en la cabeza, esta vez por la cantidad de luz que le apuntaba directamente a los ojos después de varias horas de absoluta oscuridad, ensimismado en su inconsciencia.

No había recobrado completamente el sentido, pero logró entender lo que le decían.

—¿Ya te has despertado? —dijo un chico rubio sentado en la fila de asientos justo delante de él, en la parte de atrás de la furgoneta, y se puso a reír. No tendría más de treinta y cinco años.

—¡Míralo! Si parece una niña pequeña, a ver si lo que nos han contado de él es todo una farsa —dijo un chico moreno y grande, sentado justo al lado de la otra figura, algo menos imponente.

—Pues no creo que eso le vaya a gustar mucho al jefe —respondió el chico rubio, mirando directamente a su compañero y dibujando una sonrisa burlona en su cara.

De pronto los dos se pusieron a reír, Mike no sabía si se estaban burlando de él o si simplemente se trataba de un sueño, una mera alucinación.

Llegó a pensar que de un momento a otro se despertaría, que se levantaría en su cama, como si nada hubiera pasado, que iría al salón y escribiría la lista de la compra, que se dirigiría al supermercado y que luego comería un buen plato de lasaña. Ese pensamiento le duró poco, pues la situación era bien real y estaba metido verdaderamente en un problema.

—¿Quién cojones sois? ¿Qué hago aquí? —logró decir forzosamente, gritando lo que podía, mientras seguía con sus intentos por reincorporarse.

—¡Vaya! Si parece que tiene hasta carácter —dijo otra vez el hombre rubio.

—Al final resultará no ser tan asustadizo —respondió el moreno.

—¡Silencio los dos ya! Dejad de decir tonterías y abrid las ventanillas.

Mike no había escuchado antes la voz de aquel hombre, no lo veía, pero

parecía imponente. Los dos hombres que estaban enfrente de Mike obedecieron sin más, no hubo ni una mirada extraña, ni un rebote, ni un reproche, simplemente obedecieron.

Apagaron la luz de la parte trasera del maletero, y Mike se volvió a quedar a oscuras, aunque esta vez no por mucho tiempo, pues al cabo de unos pocos segundos se abrieron las ventanas laterales, aclarando la visión de Mike, pudiendo ver el soleado día y el interior del vehículo.

Se acomodó como pudo, le costó bastante, pues no solo le dolía la cabeza. Las piernas y los brazos también le pesaban y atormentaban, tenía pequeñas magulladuras, como si le hubiesen dado pequeños golpes o arrastrado por el suelo.

Pegó su cara al cristal de la ventana de la furgoneta, intentando ver así algo del exterior. Su frente se arrugó por el contacto con el vidrio y dejó una pequeña estela de color rojo en el cristal.

—Dadle un pañuelo o algo que se ponga en la cabeza —volvió a manifestar aquella voz ativa.

Automáticamente el chico rubio puso la mano en su bolsillo, allí rebuscó un poco y fue sacando objetos. Primero desembolsó una pequeña navaja de color amarillo, seguramente fabricada en suiza, pues tenía un acabado realmente brillante y profesional. También extrajo unas cuantas monedas, no muy valiosas, pero parecían ser algo antiguas y de otro país. El último objeto que retiró fue un pañuelo un poco sucio, pero suficientemente grande para cubrirle toda la cabeza.

Se lo lanzó un poco a desgana, pero Mike pudo atraparlo en el aire y se lo envolvió torpemente en la cabeza, enrollándolo por la frente.

No le alivió mucho el dolor, pero era mejor que nada.

Volvió a pegar la cara al cristal, pringado de sangre, pero esta vez la ventana se empañó del calor que exhalaba su respiración.

Lo primero que vio fue el cielo despejado, pudo apreciar el buen día. Las nubes eran blancas, pequeñas, y no tapaban la luz solar, que parecía extenderse por toda la ciudad que se apreciaba levemente a lo lejos, aunque no lograba reconocer ninguno de sus rincones.

El camino era empinado, como si estuviesen subiendo una montaña. No estaba muy transitado, parecía incluso un sendero secundario, arenoso si no fuese por el asfalto poco cuidado y levantado que había, debido a las raíces de los árboles que cruzaban la carretera de un extremo a otro, pasando justo por debajo.

No reconocía nada de lo que veía, no recordaba haber pasado nunca por un sitio semejante. Los árboles, aunque fuese primavera, no florecían como los demás.

El traslado no se producía a mucha velocidad, pero la sensación de ver los troncos de los árboles pasar por su lado le causaban un efecto óptico, sintiendo que el movimiento del vehículo era mucho mayor al real.

Le entraron ganas de vomitar, pues también la cabeza le daba vueltas debido al golpe que había recibido un par de horas antes.

—¿Podríamos parar un momento? No me encuentro demasiado bien y creo que voy a vomitar —preguntó cuando casi no podía aguantar más, sin mucha confianza, pues pensaba que se iban a reír de él otra vez, haciendo caso omiso de sus peticiones.

Desde la parte trasera de la furgoneta pudo ver cómo los dos hombres que estaban enfrente suyo ponían muecas, pero tampoco se burlaban como antaño

de sus palabras, simplemente miraron al compañero que conducía la furgoneta y esperaron su respuesta.

Esta vez Mike lo pudo ver mejor, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno, con una barba negra y frondosa que le bajaba incluso por el cuello. Llevaba unas gafas de sol grandes que le cubrían parte de la cara y no permitían su identificación. Tenía unas grandes cejas negras, algo arqueadas, si hubiese tenido que apostar, hubiese dicho que era italiano. El pelo medio largo y canoso, peinado con gomina hacia atrás, como si fuese un empresario o una persona de negocios con una alta responsabilidad.

De pronto dio un giro brusco al volante y aparcó rápidamente el coche en la parte lateral derecha de la carretera.

—¡John! ¡Ponte a unos cincuenta metros camino arriba! —dijo señalando la dirección descrita mientras miraba al chico rubio.

Este automáticamente abrió la puerta de la furgoneta, que provocó la entrada de un calor terrible en el vehículo, parecía como si estuviesen en pleno verano, como si en el exterior del vehículo la temperatura llegase a, por lo menos, cuarenta grados.

Por la puerta abierta entró también un haz de luz brillante que permitía observar la potencia con la que brillaba el sol aquel día. A través de ese foco luminoso pudo ver los millones de microscópicas partículas de polvo que pululaban por el ambiente. Esa imagen le provocó un deseo de toser y, cuando lo hizo, casi vomita en el coche. Pudo apreciar que también le dolían los pulmones, como si alguien le hubiese pegado un puñetazo en el pecho, o por lo menos, hubiese recibido un golpe duro por aquella zona.

—¡Steve! ¡Ponte tú en el otro lado de la carretera, camino abajo! —le dijo al hombre negro.

Steve bajó también, como su compañero, automáticamente del coche, para situarse, esta vez, detrás del vehículo, justo en la dirección que le habían ordenado.

Mike vio como el conductor también bajaba del coche, quitando las llaves y apagando el motor del, acallando por fin a aquel compañero fiel que era el ronroneo.

Se acercó a la puerta trasera de la furgoneta y, justo antes de abrirla, Mike pudo escuchar cómo les decía una última cosa a sus compañeros.

—Si veis algún coche acercarse, haced alguna señal con las manos y no os pongáis a gritar.

—Marco, no creo que esto sea muy buena idea —dijo el chico rubio, mirando al conductor.

Marco, pensó Mike, ese nombre tiene que ser italiano, parecía que no iba muy desencaminado en sus percepciones.

—¡Aquí se hace lo que yo diga! ¿O no estás de acuerdo? —respondió Marco con aire chulesco, mirando directamente a los ojos de John.

Este sacudió la cabeza en señal de asentimiento y obedeció a las palabras de Marco sin ninguna otra objeción.

—No parece un camino muy transitado, pero igualmente hay que ir con cuidado, no nos podemos arriesgar. Como os he dicho antes, si veis a alguien acercarse hacedme una señal inmediatamente con las manos, y volved a la furgoneta, si por cualquier motivo alguien se detiene, le diremos que no hay ningún problema, que hemos parado a descansar y que estamos comiendo algo.

Mike escuchó perfectamente esa conversación, y vio como Steve y John

se alejaban andando de la furgoneta, cada uno en la dirección que les había ordenado Marco.

Al abrirse la puerta trasera del vehículo Mike sintió la presencia de ese hombre, era incluso más imponente que antes, pues sentado en el coche no parecía tan grande como en persona. Los hombros ocupaban prácticamente todo el espacio de la puerta, la camiseta que llevaba, blanca y fina, se le pegaba a los pectorales como si estos la fueran a reventar. Los brazos eran grandes y voluptuosos y tenían marcadas unas venas que parecían bombear varios litros de sangre al segundo.

Al verlo no pudo reaccionar, se limitó a escuchar y a entender lo que este le tuviera que decir.

—¡Escúchame muy atentamente porque solo te lo voy a decir una vez, no te lo voy a repetir! —dijo Marco, señalándole con el dedo.

Únicamente pudo asentir, intentando no mover excesivamente la cabeza, no fuera que vomitara en ese preciso momento, delante de Marco, y se sintiese aún más ridículo, o lo que podía ser peor, en peligro.

Su imagen de obediencia le recordó a la que había tenido John, el chico rubio, hacía escasamente un minuto. Le entró una sensación curiosa, pues le hizo pensar en que, al fin y al cabo, no fuesen tan distintos.

Marco agarró a Mike por la camiseta con su brazo derecho, la estrujó doblándola y agarrando una pequeña parte de tejido entre su puño que le permitiese arrastrar de él con más facilidad.

Mike no era para nada un chico pequeño, pesaba algo más de ochenta y dos quilos, pero para Marco fue muy fácil moverlo, con un único movimiento de brazo lo sacó a rastras de la furgoneta. Realmente Mike pensaba que sería más cuidadoso con él ya que antes había evitado las burlas de sus

compañeros, situándolo como el más propenso de los tres a sentir algún tipo de empatía, pero fue un mero espejismo, pudo percibir que si había alguien realmente salvaje en el grupo, era Marco.

Cayó fuera de la furgoneta y se dio un pequeño golpe en el hombro. El vehículo no era excesivamente alto, pero se golpeó contra el suelo de forma extraña, sin amortiguar en absoluto su peso, haciéndole esbozar un pequeño grito de dolor. Se puso de pie con la ayuda de Marco, que lo agarró otra vez de la camiseta, esta vez por la espalda, y tiró de él hacia arriba, como si la gravedad no fuese realmente un impedimento.

—Si intentas hacer cualquier movimiento, si intentas escapar o provocarnos problemas, te las vas a cargar, te lo aseguro.

En ese momento, mientras aquella figura imponente le hablaba, lo único que podía hacer era escuchar atentamente y ni se le pasó por la cabeza hacer ninguna estupidez, sabía que cualquier acción o movimiento extraño que intentase sería una temeridad, no podría ni alejarse dos pasos del vehículo, Marco lo alcanzaría con solo alargar un poco su brazo.

Aun así, en esas circunstancias no tenía mucho que perder, y observó el panorama para ver qué alternativas le quedaban.

Podría obedecer a Marco y quedarse quieto, sin hacer nada, sin intentar nada, sin provocar nada, y entonces quedaría a su merced. No sabía que querían hacer con él, pero creía que no tardarían en matarlo, aunque también se dio cuenta de que si lo quisieran muerto, podrían haberlo matado mucho antes, por lo que debería ser algo valioso para ellos o, por lo menos, de utilidad.

Miró hacia la derecha para ver qué salida tenía por ahí. Subir la colina, no parecía muy tentador, pues físicamente aquellos hombres eran superiores a él, incluso John, y tenía la desventaja de que se encontraba mareado y dolorido. Se puso en la tesitura de lo que le ocurriría si, en el intento de huida,

tropezarse con algo y cayese abajo. Se las cargaría, tal como le acababa de amenazar Marco. No tendría una segunda oportunidad.

Centró la mirada en el camino que estaban recorriendo, por la carretera. No era del todo rocoso ni montañoso, tampoco había mucha arena que pudiese hacerle resbalar, más bien asfalto destrozado y algunas abolladuras provocadas por los árboles. Sin embargo reparó en el detalle de que tanto John como Steve se encontraban en esos caminos y no le iban a dejar escapar tan fácilmente. También pensó en el ridículo que podría hacer si, de pronto, por la situación de tensión y nervios en la que se encontraba, tropezaba con uno de los pequeños baches que había y caía de bruces contra el asfalto, provocando, además de un ridículo espantoso, una situación en la que no podía ni imaginar el escarmiento de sus acciones.

La última opción que le quedaba era salir corriendo hacia la izquierda, colina abajo, que también era peligrosa, pues podía tropezarse con alguna rama o la inclinación propia del sendero y hacerse daño al chocarse contra piedras, árboles, arbustos punzantes y precipitarse por pequeños barrancos. Aún con todo eso, era, posiblemente, la opción más tentadora, pues podría dejarse rodar colina abajo y ponerse en manos de Dios, allí donde fuera que llegase a parar.

Marco lo agarró del cuello y lo puso en la parte derecha del coche, a ras de la subida de la montaña.

—¡Si tienes que hacer algo hazlo ahora, no vamos a esperar mucho tiempo!

Mike, al principio, no entendió muy bien lo que Marco le quería decir. Pensó que se refería a que si quería escapar, que lo intentase ahora. Por suerte a los pocos segundos logró entender que lo que realmente decía es que vomitaste de una puta vez.

Se imaginó la situación, tan graciosa y a la vez tan peligrosa, que podría

haber causado al intentar correr por cualquier camino, fracasando en el intento, y soltó una pequeña risa al imaginarse la posible conversación con Marco, intentándole explicar su malentendido, mientras este le cosía a puñetazos.

—¿Qué te hace tanta gracia ahora? —dijo Marco frunciendo el ceño.

Mike puso cara de seriedad e inmediatamente y respondió.

—Nada, nada.

Se arrodilló cuidadosamente, pues no quería hacerse aún más daño del que ya se había hecho hoy, separó la mano derecha que tenía en el bolsillo del pantalón y se decidió a ponerse los dedos en la boca, con la intención de provocarse el vómito. Era algo que nunca había hecho, pero pensaba que le podría dar un aspecto duro en frente de Marco, y al ser una situación tan crítica, ni se lo pensó dos veces. Cuando las yemas de sus dedos estaban a un milímetro de alcanzar su garganta Marco se giró abruptamente, mirando directamente en la dirección que había enviado a Steve, siguiendo la carretera por la que habían subido. Este estaba levantando los brazos, agitándolos de un lado a otro.

Marco se giró hacia Mike y le dijo de forma amenazante.

—¡Si haces o dices algo te mato aquí mismo! ¡¿Ha quedado claro?!

Mike asintió sin pensar, incluso sin acabar de escuchar la frase completa que aquel hombre pretendía inculcarle en la mente.

Seguidamente Marco hizo una señal a John, para que se acercarse rápidamente.

El aviso de Steve no tardó mucho en coger forma, un Nissan 4x4 apareció

en la misma dirección que seguían ellos, carretera arriba. En el interior del coche se veía claramente la figura de un hombre grande y fuerte que debería tener unos cuarenta y cinco años, aunque su aspecto no lograba ser demasiado moderno y aparentaba quince años más. Vestía como un auténtico montañero. Unas grandes gafas de sol le cubrían la cara y dotaban de un porte pétreo. La barba canosa y el sombrero grande, redondo y de color marrón. La camisa que lucía llevaba estampados grandes cuadros de color rojo y amarillo, encajando perfectamente con el estereotipo de hombre que aparentaba ser.

Mike, arrodillado aún en el suelo, no pudo evitar preguntarse qué diantres hacía una persona como aquella a las afueras de una ciudad tan grande como Nueva York y no en otros sitios más escabrosos y solitarios.

En la parte de detrás de su poderoso coche brincaba incansablemente un gran perro de color marrón y negro. No entendía demasiado de razas caninas, ya que nunca le habían gustado excesivamente los animales, pero se asemejaba a un pastor alemán algo viejo, debía tener por lo menos trece años.

Steve y John llegaron a la furgoneta un poco antes que lo hiciera el todoterreno, que circulaba lentamente por ese camino abollado, aunque encima de esa bestia esos baches parecían arena fina.

Fue menguando el paso, hasta que se encontró a escasos metros de la furgoneta, y de ellos. De pronto la ventanilla del copiloto se abrió y el conductor, mirándoles con plante serio y sin quitarse las lentes, dijo:

—¡Chicos! ¿Tenéis algún problema, necesitáis ayuda?

Nadie dijo nada durante un par de segundos pero, finalmente, Marco tomó la palabra acercándose a la ventanilla del coche de ese hombre, mientras Steve y John vigilaban a Mike de tal manera que el conductor no pudiera verlo.

—No, no se preocupe buen hombre, estamos perfectamente —dijo Marco agradeciéndole el detalle haciendo un gesto con la mano.

—No es molestia, de verdad, estos caminos parecen inofensivos pero los continuos baches hacen que las ruedas, al final, se resientan. He visto muchos coches como el vuestro que se han quedado tirados en medio del sendero. Incluso una vez ayudé a un coche patrulla. Ni la propia policía viene preparada.

Esas palabras no le gustaron nada a Marco, que se apresuró a decir.

—No se preocupe, no nos ha pasado nada en el coche, simplemente estamos comiendo algo, recargando las pilas, ya me entiende —dijo mostrando una forzosa sonrisa y apoyándose en la ventanilla del todoterreno de aquel hombre bondadoso.

De pronto el perro empezó a ladrar, era el único capaz de percibir la tensión del ambiente, era el único que podía olfatear el miedo, era el único que podía entender realmente la situación de peligro y detectar las mentiras de Marco o, simplemente, ladraba porque olió la sangre de Mike.

—¡Chico, chico! Tranquilo, no pasa nada —dijo el conductor girándose hacia su animal.

Al oír la voz de su dueño, se calmó un poco, pero aún parecía algo alterado.

—Es que he visto a tu compañero, el chico morenito, que hacía unos movimientos con la mano y me pareció que solicitaba de mi ayuda.

—¡Ah! No, no era nada. Estaba estirando las piernas, verdad Steve —dijo girándose hacia la furgoneta, guiñándole el ojo a Steve a modo de complicidad.

—¡Sí, claro! Solo estaba haciendo unos estiramientos. Tengo las piernas y los brazos algo engarrotados y pensé que dar una vuelta y airearme me ayudaría, ya sabe, llevamos bastante tiempo de camino —dijo Steve moviendo sus extremidades, actuando de la misma forma que lo haría si estuviese realizando unos ejercicios de estiramiento.

Luego se puso a reír falsamente, cosa que imitó Marco.

—Bien, entonces sigo mi camino, que os vaya bien chicos.

Pisó a fondo el embrague y se decidió a poner la primera marcha, pero justo antes de volver a poner en movimiento el coche vio algo detrás de la furgoneta. Vio a Mike.

Este había hecho un movimiento con el pie de tal forma que había arrastrado arena y tierra que había justo a su lado, detrás del vehículo negro, para llamar la atención de aquel conductor y que este pudiera ver su pierna y por consiguiente, a él.

—¿Quién es ese de detrás de la furgoneta? —dijo aquel hombre señalando el pie de Mike.

—¿Quién? —dijo Marco, dejándose caer encima de la furgoneta y levantando los brazos en señal de incredulidad.

—Sí, me ha parecido ver una pierna por atrás del coche ¿Quién es? —dijo y seguidamente abrió la puerta de su izquierda y bajó de un salto de su todoterreno.

Mike no podía ver demasiado bien lo que ocurría, pues la furgoneta le tapaba prácticamente todo el campo de visión, pero más o menos podía intuir que su plan estaba surtiendo efecto, solo tenía esa oportunidad, la oportunidad

de que ese hombre le pudiese ayudar.

El montañero del todoterreno se acercó a la furgoneta, Marco intentó frenarle cogiéndole, mejor dicho, agarrándole del brazo, pero este se revolvió con violencia, zafándose del obstáculo.

Mike se imaginaba la escena, llegó a pensar por un momento que estaba salvado, que ese hombre le iba a ayudar.

—¡Voy a llamar a la policía! —dijo el montañero, metiéndose la mano en el bolsillo de la parte de atrás de su pantalón vaquero, de color azul claro.

Apretando los puños en señal de victoria, Mike se veía ya en comisaría, hablando con los policías, contándoles todo lo que había ocurrido, y delatando a sus agresores.

Lo que no sabía, lo que no podía llegar ni a imaginar, era que todo lo que vislumbraba se iba a frustrar de un momento a otro, a golpe de cuchillo.

El movimiento fue preciso y limpio, produciendo un sonido seco y ligero, como de cizalla, y seguidamente un golpe, como el que hace un saco lleno de cemento al impactar contra el piso, como el que hacen un puñado de libros dejados a la vez encima de una mesa de madera, como el que hizo el impacto del cuerpo del hombre del todoterreno contra el asfalto abollado del camino.

El perro se puso a ladrar como loco, poseído por una furia mucho más encendida de la que había utilizado antes para sus alaridos, al intentar avisar a su amo que algo le hacía desconfiar de esa gente.

Mike levantó un poco la vista y pudo ver el cuerpo del hombre que se suponía que iba a ser su salvador, tumbado en el suelo, nadando en un charco de sangre y con un corte profundo que le daba la vuelta prácticamente a todo su cuello. Pensó que debió morir al instante, pues el corte parecía mortal y no

paraba de vaciar sangre a chorros. Si seguía así en pocos minutos estaría completamente desangrado.

La mayor sorpresa vino cuando dirigió la vista justo al lado del cadáver. La figura de John con su navaja suiza ensangrentada se dibujaban impasibles al lado de la víctima. Mike no podía creerse que John pudiera haber hecho algo así, pudiera haber hecho un corte con tanta violencia y tan neto, tan limpio, tan duro, a una persona que debía pesar, por lo menos, veinticinco quilos más que él.

Empezó a temblar, sabía que la había cagado, sabía que era hombre muerto.

—¡Steve deshazte de todo esto! —dijo Marco señalando con la mano izquierda el cuerpo sin vida del hombre y con la mano derecha su todoterreno.

Resignado y sin decir palabra, Steve levantó a pulso el cadáver y lo puso en el asiento del copiloto. Se subió al coche pegándole un puñetazo al perro para que se callase, meramente lo consiguió, simplemente empezó a llorar durante unos segundos y luego volvió a aullar como endiablado. Pisó el embrague, puso primera marcha y avanzó el coche, tal como quería hacer aquel hombre previamente, pero que, para su mala fortuna, nunca hizo.

Puso una gran roca encima del pedal del acelerador, de manera que lo mantuviese prensado. Se bajó del coche en marcha y vio cómo se deslizaba colina abajo, chocando contra árboles, rocas y maleza, arrasando con todo lo que se interponía en su camino.

Mike, al ver la escena, recordó el pensamiento que había tenido unos minutos antes acerca de huir por la parte de la izquierda, colina abajo, y esta vez le pareció una absoluta estupidez. Habría acabado hecho trizas, tal como acabó el todoterreno de ese hombre, con su perro y su cadáver dentro.

John abrió el maletero de la furgoneta, esta vez para coger el trapo que, anteriormente, había dejado prestado a Mike para que se lo pusiese en la cabeza y evitar así el derramamiento de más sangre. Cogió el pañuelo y, con él, envolvió el arma homicida. Le quitó la sangre fresca, reciente, aún se deslizaba por su navaja con facilidad. Era completamente roja, como si procediese de una alma llena de vida y bondad.

Mike lo observó con los ojos abiertos, esa imagen le produjo cierto miedo, pero a la vez cada capa de sangre que John erradicaba del cuchillo le estimulaba agradablemente, como si sus deseos más profundos se vieses realizados mientras ese fluido viscoso se iba expandiendo por el metal, hasta gotear en el suelo.

Marco llegó hasta la posición de Mike, que seguía tumbado, detrás de la furgoneta.

—¿Qué cojones te he dicho?! ¿Es que no me haces caso?! —gritó, muy cabreado.

—Perdona, fue sin querer, no quería hacerlo, te lo juro —suplicó Mike.

Marco no escuchó las súplicas, no reparaba en ninguna de las palabras que pudiese proferir Mike, hacía como si no oyese ninguna de las voces que salían por la boca del chico, como si no le importasen. Levantó el brazo y le pegó un puñetazo en la cara, impactándole de lleno en el pómulo izquierdo. Fue tal la fuerza causada por el golpe que la cara llegó a rebotar, chocando en la puerta de metal de la furgoneta, y dejó marcada una abolladura en la tapicería algo gastada del vehículo.

No saciado con eso, Marco fue otra vez a por él, agarrándolo por los hombros y acercándolo hacia su cara. La saliva pendía por sus labios, la boca parecía la de un perro enrabiado, enfurecido, con avidez de asaltar a su presa.

—¡Te dije que te mataría, y no me hiciste ni puto caso!

Cada vez acercaba más el cuerpo de Mike al suyo, hasta juntar sus frentes, sudorosas y ennegrecidas de roña y tierra.

Mike se puso a llorar, no comprendía qué le había empujado a hacerlo, lo único que sabía era que suplicar no serviría de nada, no había remedio aparente que pudiera apaciguar a la bestia que se había apoderado de Marco en ese instante. Lloriquear tampoco le salvaría la vida, más bien lo señalaría como un cobarde e indolente.

—¡Marco párate, no lo hagas! —dijo Steve, hinchándose de valor y recordando el fondo de su misión.

El salvaje que se había apoderado de Marco se giró hacia Steve, apretando los puños y la mandíbula, provocando el rechinar de sus dientes.

—¿Qué quieres que haga?! ¿Tienes idea lo que nos podría haber pasado?!

—Lo sé, lo sé, pero también sé lo que quiere el jefe, no podemos entregarle su cadáver, seríamos los siguientes —dijo él con tremenda serenidad y la voz firme.

En ese momento Marco hizo un gemido de rabia, lamentándose por no poder satisfacer el deseo que le corrompía por dentro, y le pegó un puñetazo en el lateral del vehículo, por la parte de la puerta trasera, provocando la aparición de otra abolladura más, aunque no parecía importarle mucho.

Se giró otra vez hacia Mike y volvió a impactar su puño derecho contra él, esta vez en la boca del estómago, como si su intención ya no fuese matarle, sino producirle el máximo dolor posible.

Mike se retorció de dolor, poniéndose las manos en la tripa y con la sensación de que era la segunda vez que recibía un golpe semejante.

El dolor era tan intenso que no dejaba de arrastrarse de un lado a otro, jadeando y escupiendo sangre.

—¡Miradlo! Ahora sí que parece una niña pequeña —dijo Marco, burlándose de Mike, justamente imitando la acción que había reprochado anteriormente a sus compañeros, que miraban la escena inmóviles y serios, atentos por si Marco decidía acabar definitivamente con Mike y debían intervenir.

Pareció tener suficiente, por lo menos por ahora, y subió otra vez a la furgoneta y la puso de nuevo en marcha, ordenándole previamente a Steve que recogiera al penoso de Mike del suelo y lo metiera de nuevo en el maletero.

Steve obedeció, y cogió el cuerpo dolorido que yacía en el suelo y lo puso dentro del maletero de la furgoneta. Si había sido capaz de levantar el peso de aquel montañero, prácticamente ni se daría cuenta de lo que era levantar a Mike, que por lo menos pesaba treinta quilos menos. Lo puso dentro del vehículo sin demasiado esfuerzo y cerró la puerta, produciendo un ruido hueco y provocando una ráfaga de aire mezclado con arena y polvo seco que levantó el pelo de Mike.

Se pusieron otra vez en marcha, esta vez en silencio, esta vez sin errores, esta vez sin distracciones, y Mike, esta vez, vomitó.

VII. LÁGRIMAS DE IMPOTENCIA

El ruido del motor, manifiesto e ininterrumpido, fue lo único que se escuchó lo que restaba de trayecto. Ni un simple comentario, ni un simple gemido. Nada destronó aquella melodía.

La velocidad de la furgoneta fue menguando, consumiendo las últimas gotas de combustible necesarias para el trayecto, hasta finalmente detenerse delante de una gran cerca metálica que imponía una influencia de autoridad a aquellos que la veían por primera vez.

Marco bajó la ventanilla que tenía justo en la izquierda de su asiento y, asomando ligeramente el cuerpo por fuera, pulsó el botón que se encontraba en el interfono, de color rojo, manteniéndolo presionado durante varios segundos.

—¿Quién? —solicitó una voz con un aspecto robótico y comercial debido a los filtros de aquel aparato por los cuales salían los sonidos.

—Nosotros jefe, lo tenemos, tenemos a Mike.

No hizo falta decir nada más. Aunque Mike fuese un nombre bastante común y pudiesen ser millones las personas que viajaban en ese coche, el jefe supo de quién se trataba.

La valla de metal se abrió automáticamente después, produciendo un sonido de desgarramiento igual que el que producen las puertas viejas por el efecto de la fricción de sus distintos ejes corroídos con los soportes.

Devolviendo el cuerpo completo en la posición adecuada, encima de su asiento, Marco encendió de nuevo el vehículo y entró en aquella propiedad, aparcando la furgoneta en el primer hueco que encontró.

Bajando a toda prisa, como si no hubiera más tiempo que perder, los secuestradores abandonaron aquel vehículo y se dirigieron a la parte trasera del mismo. Mike los veía perfectamente a través de las ventanas traseras y podía intuir lo que iba a suceder.

La puerta del maletero se abrió bruscamente y, entre Steve y John, uno por cada lado, llevaron a Mike dentro de la mansión.

Nunca había visto semejante monstruosidad de casa, era como una de esas mansiones que solo aparecían en las películas, para luego desaparecer, como si fuesen visiones, sueños sin ninguna posibilidad para la gente corriente que vivía en modestos apartamentos o, con algo de fortuna, en algún chalet pequeño a las afueras de la ciudad, alejados del ruido y de la contaminación.

El palacio, Mike estaba seguro de que se le podía llamar así, permanecía custodiado por cuatro grandes pilares que sujetaban la entrada, donde se encontraba la puerta principal, de unos dos metros de alto por unos cuatro metros de ancho. Un auténtico portón.

En el espacio abierto que había entre la valla de metal de la entrada al recinto y la puerta principal de la mansión había un amplio y frondoso jardín, acompañando al camino de pequeñas piedras que habían seguido con el coche, rodeando una estatua que parecía de aluminio, posada encima de una superficie cilíndrica que creaba una rotonda destinada a dirigir el tráfico que se podía llegar a producir en las inmediaciones de aquel sitio.

Justo en el lateral derecho de la entrada principal había unas escaleras de caracol que subían a los diferentes pisos, un total de tres, de forma que fuese más fácil acceder a ellos sin tener que recorrer anteriormente todos los resquicios del laberinto de pasillos y habitaciones que había dentro de la vivienda.

Metieron a Mike por la parte más alejada de la mansión, por detrás de las escaleras ya mencionadas. Allí pudo ver una puerta de metal que se abría

introduciendo un código de cinco dígitos y, posteriormente, girando un volante hacia la derecha que parecía realmente pesado.

Aún se encontraba aturdido a causa de los golpes recibidos por parte de Marco, justo antes de reprender el camino hasta allí y justo después de haber llamado la atención de aquel hombre del todoterreno, pidiendo auxilio.

Marco abrió la puerta de metal y la empujó hacia dentro, esta vez no se escuchó el chirrido que hizo la valla de la entrada, esta vez el ruido fue más hueco, como si acabaran de abrir una gran lata vacía.

—¡Entradlo! —ordenó Marco, haciéndose a un lado.

Lo metieron dentro a la fuerza, casi abarrajándolo.

Aquello era oscuro y frío, solo se lograba percibir algo gracias a las agudadas luces que colgaban del techo, algunas incluso, fundidas.

Al fijarse mejor en el sitio en el que se encontraba le entró un escalofrío que le recorrió la cabeza, como una pequeña descarga eléctrica avisándole de que tenía que estar alerta, que no bajara la guardia, que no desfalleciera.

Un pasillo recto delimitaba la zona de las puertas, situadas una en frente de la otra cubriendo izquierda y derecha, en los extremos. Pudo ver que estaban numeradas con una placa de aluminio justo en el centro y que debajo había una rendija, como uno de esos agujeros que hay en el cristal de las zonas de servicio de los trenes, por donde se intercambia el dinero por billetes y pasajes.

Nunca había pisado una prisión, pero si había algo que se le pareciese, era aquello.

—¿Qué es esto? —preguntó finalmente, levantando la cabeza hacia Steve,

que lo sujetaba por debajo del brazo derecho tirando de él con fuerza, provocando que Mike arrastrara los pies por el pasillo, desgastando sus zapatos baratos y sucios, causando un ruido agudo y fino, como el que hacen los bolígrafos al deslizarse demasiado fuerte por una superficie resistente.

—¡Cállate de una vez! —gritó Marco, que lo seguía con cara de asco, conteniéndose, con ganas de acabar lo que había empezado, con ganas de acabar con él.

Lo arrastraron por delante de varias puertas. La número cuatro, la número siete, la número nueve, que tenía salpicada alguna clase de tinta de color rojo, hasta llegar a la última de todas, la número trece, como si las anteriores ya estuvieran ocupadas o no sirviesen.

John y Steve se detuvieron enfrente de la puerta, sujetando firmemente el cuerpo colgante de Mike, y esperaron a que Marco abriese también aquel obstáculo, del mismo modo que el primero, con un código de varios dígitos y girando una manecilla que se encontraba a la izquierda de cada una. Mike se preguntaba si todas las salas tendrían su propio código de seguridad, si todas se regían por el mismo patrón, o si cada una desencajaba de una manera distinta, teniendo así que acordarse de una combinación diferente, hasta llegar a trece.

No hizo falta ni que las dos muletas de Mike, función que llevaban desempeñando durante los minutos que duró el recorrido desde la furgoneta a la sala número trece, entraran en el cuarto, simplemente agregaron un poco de fuerza a sus brazos, lanzando violentamente el cuerpo fatigado de su prisionero hacia la oscuridad más absoluta de aquella celda, rota ligeramente por la luz que entraba desde el pasillo, lográndose colar por el hueco que dejaba la puerta aún entreabierta.

La oscuridad acabó apoderándose implacablemente de la sala cuando aquellos hombres cerraron la puerta, provocando un ruido característico. Mike juraría que lo había oído antes, en varias películas, cuando encerraban a algún

preso en su celda. Siempre se había preguntado si aquel sonido desgarrado era verídico o, por lo contrario, estaba editado posteriormente con un computador, dotándole de un aspecto aún más dramático.

Al caer, mejor dicho, al ser arrojado sin piedad al suelo, su cabeza impactó contra algo duro, que se desplazó por efecto contrario, arañando el suelo de aquella habitación y produciendo un ruido retumbante que se extendió por todo el recinto.

No lograba ver nada, esperó durante unos segundos para que sus pupilas se pudieran acostumbrar al oscuro negro de la penumbra, pero no consiguió ni una pizca de comodidad.

Extendió los brazos, aún desde el suelo, intentando palpar algo que pudiera ayudarlo a, por lo menos, levantarse. Encontró algo justo detrás de su cabeza, era aquello con lo que, hacía unos segundos, había impactado de lleno.

Logró examinar de lo que se trataba, deduciendo cada centímetro que tocaba, palpando cada parte de superficie. Parecía una pequeña mesa, con cuatro largas patas metálicas y una plataforma plana de madera, envuelta de unas pocas capas de pintura blanca, barniz y plástico, para así evitar su deterioro.

Cuando quiso darse cuenta una luz blanca y cegadora deslumbró la sala. En un principio no pudo ver ni de dónde provenía, solo pudo ponerse el brazo, medio doblado por el codo, delante de los ojos, cubriéndolos de aquella ráfaga de claridad. Le pareció que iba a quemarse las retinas si no apagaban aquel foco radiante, pero lentamente fue acostumbrándose a su deslumbramiento, más fácilmente que antes, cuando tuvo que habituarse a la oscuridad.

Con la luz descubriendo completamente ese lugar, y su vista acoplada casi a la perfección, estudió de nuevo la celda.

La mesa con la que había chocado estaba justo en el centro de la habitación, que resultaba ser mucho más grande de lo que en un principio se había imaginado. Tendría unos veinticinco metros cuadrados. La mesa se encontraba girada unos cuantos centímetros por el golpe y, al lado, había una silla no muy grande y que no parecía demasiado cómoda.

Las paredes eran de un color gris azulado, lo que imposibilitaba cualquier tipo de visión cuando las luces se apagaban. Del techo colgaban tres fluorescentes grandes, recubiertos por un cristal transparente, evitando así el cúmulo de suciedad y humedad, así como el ataque de algún insecto volador, atraído fuertemente por la luz emitida por aquellos focos.

Decidió, al fin, levantarse y tomar asiento en la silla que había detrás de la mesa, de forma que tenía una visión frontal de la puerta por la que había sido lanzado. Volvió a echar un vistazo a la sala, volviéndose a fijar en los detalles, aprovechando que, poco a poco, iba acostumbrándose de nuevo a la claridad.

Constató que aquel recinto no tenía irregularidades de forma, era completamente rectangular. No veía ninguna ventana ni puerta, exceptuando la principal. Solo había una salida o entrada, dependiendo del lado en el que te encontrases.

En la esquina del fondo, justo detrás de él, a la derecha, había otra silla completamente idéntica a la que estaba utilizando. Con la perspectiva le pareció aún más pequeña de lo que era en realidad.

Esperó durante un buen rato, pensando en todo lo que había ocurrido, recapacitando, más tranquilamente, rebajando las pulsaciones. Al relajarse pudo apreciar con más claridad las condiciones en las que se encontraba, tenía pequeños cortes en el antebrazo y hombro izquierdo, provocados al deslizarse por el suelo de aquella celda, al ser lanzado por Steve y John.

La temperatura media en la ciudad durante toda la semana había sido de

unos veintidós grados, y aquel día no iba a ser distinto, pero la humedad y soledad del sitio producían una sensación térmica única, distinta a la que había en el exterior. El ambiente agradable y primaveral de la superficie se reencarnaba en un aire gélido, incluso glacial, que erizaba la piel de Mike y le hacía temblar.

Sus labios empezaban a colorearse de morado, produciendo pequeñas arrugas y pliegues, rompiéndolos lentamente. Los dientes, custodiados por aquellos labios entumecidos, le repiqueteaban, generando una cadencia reiterada de impactos.

Ojeó otra vez las paredes, intentando buscar una solución a la incapacidad de cubrirse las partes desnudas del cuerpo con alguna ropa o tela. No encontró nada que le sirviese, pero la vista se dirigió rápidamente hacia un detalle que antes había pasado por alto y que esta vez le llamó notablemente la atención. Una mancha negra estaba justo detrás de él, como si en el pasado alguien hubiese derramado algo, algo que no fuese fácil de limpiar.

Las demás paredes, excluyendo a la que tenía tatuada aquella llamativa mancha, estaban meticulosamente cuidadas, hasta el extremo que incluso parecían recién pintadas de aquel color gris flojo, azulado, que le transmitía aún más sensación de frialdad.

Los minutos pasaban despacio, como si también fueran afectados por el efecto del frío, ralentizando su paso, hasta agotar el último resquicio de paciencia que le quedaba en su interior.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta, ni un simple sonido.

Se levantó de la silla y caminó en círculos por la sala, dando un par de vueltas a esta, frotándose los brazos con las palmas de las manos, intentando

así, entrar en calor.

Se acercó a la puerta y se arrodilló, poniendo la barbilla a la altura de la pequeña rendija que había, siendo la única conexión entre la sala y el pasillo. Pasó la boca entre aquel agujero rectangular y volvió a gritar con todas sus fuerzas.

—¡Me estoy helando! ¡¿Alguien me puede ayudar?! ¡No pido más que algo para abrigarme aquí abajo!

Esperó durante algunos segundos más, pero nadie respondió, de nuevo no se escuchó ningún ruido aparte del que producía su respiración ahogada e incómoda, como si sus pulmones también estuviesen congelados y tiritando.

Le pegó un puñetazo a la puerta de metal, que no se movió ni un milímetro a pesar de la voluntad de Mike en su impacto, como si realmente pudiese llegar a deslizarla o derribarla, como si no fuese un obstáculo real y se dibujase solo en su imaginación.

No logró moverla, pero consiguió algo incluso más importante, por lo menos para él en aquel preciso momento. Oyó un sonido que le pareció venir de la otra parte del pasillo, justo en la entrada de aquel recinto que aún no lograba entender lo que era. Escuchó cómo la puerta principal se abría, aún podía recordar el sonido que hizo la primera vez, y al cabo de algunos segundos, se volvía a cerrar, como si alguien hubiese salido, o entrado.

—¡Te he escuchado, ayúdame! ¿Estas ahí? ¡Sé que estás ahí! —gritó pegando, de nuevo, la cara al agujero de la puerta, esta vez con tanta fuerza que, al separarla, tenía dibujadas dos líneas paralelas y rojas a la altura de los ojos.

No se escuchó nada más, y Mike empezó a pensar que quizá se estaba volviendo loco y que había imaginado todos esos ruidos. Incluso barajó la

posibilidad de suicidarse.

—De todas formas, seguro que acaban matándome y haciéndome trizas — decía, queriéndose convencer de que lo que le rondaba por la cabeza no era una locura.

Recordó una conversación que tuvo con su padre y sus hermanos cuando era pequeño, tenía ocho años y le dejó marcado de por vida. En ella comentaban los métodos que utilizaban algunas mafias y organizaciones criminales para sonsacar información de sus rehenes y enemigos secuestrados, a raíz de una película que habían dado la noche anterior por la televisión y que los pequeños no pudieron ver, por insistencias de su madre. Recordaba perfectamente cómo su padre le dijo que, algunas veces, cuando torturaban durante horas a sus rehenes sin éxito, se empleaba una especie de soldador, el cual emitía una llama consistente a cientos de grados centígrados, fundiendo la piel en cuestión de segundos y llegando a carbonizar los huesos de los reclusos. Si además esa técnica se aplicaba en un ambiente frío, con capacidad para restaurar la carne quemada con facilidad, las posibilidades de que el torturado sobreviviera eran mayores, por lo que se podía infringir aún más dolor.

La idea de ser torturado de esa manera le hizo estremecerse, pues un destello le vino a la mente, recordando la imagen de la mancha negra que había visto en fondo de la sala, así como que las paredes estuvieran bien pintadas, escondiendo cualquier tipo de máculas o señales de tortura. Todo encajaba, el soplador al quemar producía el ennegrecimiento de la pared, justo detrás de la silla que se suponía suya, del secuestrado, del torturado. Además el ambiente era perfecto, pues la sensación de frío extremo encajaba perfectamente en la descripción que narró su padre, tantos años atrás.

Mientras todos esos pensamientos y recuerdos le circulaban por la cabeza la puerta principal se volvió a abrir y, esta vez, supo que había alguien, pues podía oír sus voces desde la distancia, los conocía, los recordaba. Eran Steve y John.

No lograba entender muy bien lo que decían, pues las palabras se disipaban chocando contra las paredes del pasillo, sin llegar claramente a la última sala, la número trece. Tampoco le importaba del todo, en ese momento lo único que le servía era un milagro, una auténtica señal divina que conllevara la ruina de aquella realidad terrorífica a la que se enfrentaba y que no quería ni imaginar.

Los pasos se oían desordenados, pero decididos, como si cada vez llevaran más velocidad y fuerza, más determinación.

Tuvieron que pasar pocos segundos antes que, finalmente, aquellos sonidos huecos dentro de aquel recinto cerrado se detuvieran delante de la puerta metálica que resguardaba a Mike, que separaba a Mike de aquellos hombres, que lo protegía de sus deseos de acabar con él.

Se echó para atrás, lentamente, llegando a impactar con el glúteo contra la mesa, desplazándola unos centímetros más. Agarró la silla que había más cerca de él, con fuerza, con ambas manos, temiendo lo peor, incluso preparándose para la guerra, para el dolor, pues tenía claro que si tenía que morir, lo iba a hacer luchando, y no como un cobarde.

Se abrió la puerta y aquellas dos sombras entraron en la sala. El primero en entrar fue John, serio y sin mirar directamente a los ojos de Mike. Seguidamente entró Steve, con otra silla, esta vez algo más grande que las dos que ya había en el cuarto, colgándole del brazo derecho.

Mike estuvo a punto de atacar a aquellas dos sombras, pero parecía que no iban a dañarle, parecía que realmente no querían herirle ni torturarlo, por lo que relajó los brazos, dispuestos a golpear con aquella silla en cualquier momento. Cuando los tres hombres se encontraban dentro de la sala, Mike dijo, haciendo laboriosos esfuerzos para controlar la furia y miedo que sentía.

—¿Qué hago aquí?!

No hubo respuesta.

John agarró la silla que había en la esquina derecha y la levantó a pulso, poniéndola justo en el otro lado de la mesa, para sentarse. Steve dejó la suya que llevaba cargando al lado de su compañero y también se acomodó. Parecía que no les importase la presencia de Mike, como si no estuviese ahí, como si no fuese su rehén.

—¡Respondedme de una puta vez! —gritó impactando la superficie de la mesa con las palmas de las manos.

—Esto va a ser muy sencillo, siempre que contemos con tu colaboración. Si nos eres de utilidad podrás marcharte a casa, si decides no ser útil no va a ser tan agradable para ti salir de aquí. Siéntate.

Mike hizo oídos sordos a lo que John le acababa de decir, que se había decidido a hablar mientras Steve se cruzaba de brazos.

—Primero de todo, ¿cuál es tu nombre?

—¿Estáis de broma, verdad? ¡Me habéis sacado a rastras de mi casa, dándome un golpe tan fuerte en la cabeza que aún me cuesta recordar lo sucedido! ¡Me habéis llevado horas en coche, algunas de ellas inconsciente! ¡Me habéis amenazado de muerte si se me ocurría pedir algún tipo de ayuda! ¡Me habéis lanzado en una celda, tirado como a un animal, abandonado en este sitio de mierda, helado y malherido, y ahora me preguntáis mi puto nombre!

—Quizá no hemos empezado con buen pie, pero todo tiene su explicación —dijo John, que parecía que era quien iba a dirigir el interrogatorio.

—¿Tú crees? Yo creo que hemos empezado muy bien, de hecho no me

puedo imaginar una mejor manera de empezar.

—Nos gustaría conocer un par de cosas de ti y de tu vida, eres valioso para nosotros y no te vamos a hacer daño, pero tienes que colaborar.

—¿Dónde cojones estoy?

—No podemos decirte eso.

—Pues entonces no os penséis que voy a colaborar ¿Por qué me habéis traído aquí?

—Estás en un sitio seguro, es lo único que te puedo decir.

—¿Seguro? ¿De quién? No de vosotros.

—No tenemos intención de hacerte daño —dijo John, abriendo los brazos.

—Entonces, ¿de quién o de qué tengo que estar protegido?

—Eso tampoco te lo podemos decir, lo siento, tenemos ciertas órdenes.

—¿Órdenes? ¿Del jefe? ¿De aquel misterioso hombre del cual hablabais antes, durante el trayecto? ¿Aquel misterioso hombre que me llamó por teléfono diciéndome tonterías?

—Sí, pero yo no lo llamaría tonterías, como te he dicho, todo tiene una explicación —respondió John, después de cruzar su mirada con su compañero, inmóvil y con los brazos aún cruzados, conciliando la respuesta.

—Entonces quiero hablar con él.

—Hablarás, pero primero tienes que hablar con nosotros, después verás al jefe. Siéntate —volvió a decirle John.

Las palabras de John no acabaron de convencer a Mike, pues tampoco sabía quién era ese hombre, el jefe, parecía alguien importante o, por lo menos, alguien que se había ganado el respeto, o el miedo, de aquellos hombres. Finalmente cedió, sentándose en aquella pequeña silla, para escuchar lo que aquellos hombres tenían que decirle, y responderle.

—Bien, empecemos otra vez ¿Cuál es tu nombre? ¿Eres Mike Clifford?

—Sí.

—Perfecto. ¿Nos podrías explicar lo que ocurrió estos últimos días? Creo que sabes a lo que me refiero, al incidente que tuviste con Jeff West.

Mike cambió de posición, incómodo, de pronto pensó que podría tratarse de una trampa para sonsacar su admisión de los hechos y encerrarle sin más preámbulos ni juicios, como si fueran una especie de policía secreta, pero inmediatamente recordó el incidente que tuvieron hacía unas pocas horas, durante el viaje, en el que John, esa misma persona con la que estaba hablando a menos de un metro de distancia, rajaba por completo el cuello de aquel montañero bondadoso, que únicamente quería saber si aquellos asesinos habían sufrido algún percance en su coche, para ayudarles.

—Sabía que esto tendría algo que ver con Jeff, seguro que os ha contratado para que me matéis.

—Mike, no te lo volveré a repetir, nuestra intención no es dañarte, y no, Jeff no nos ha contratado para nada, más bien al contrario. Estamos, por así decirlo, enfrentados con él.

—¿Enfrentados? —preguntó Mike, empezando a ver aquella situación y a aquellos hombres de otra forma, más segura y amigable.

—Exacto, pero eso no te lo puedo contar yo, tendrá que ser el jefe. Sigamos.

Antes de que pudiese formular la siguiente pregunta, Mike le interrumpió.

—¿Quién es ese jefe? ¿Es aquel tal Arman? ¿O cómo se llamaba? ¿Y para qué me quiere?

La insistencia de Mike empezaba a desesperar a John, que intentaba controlar su carácter impulsivo para no salirse del guión previamente establecido.

—¡Déjame acabar! ¡Luego podrás preguntar lo que quieras!

Mike volvió a cambiar de posición.

—Antes de venir a la ciudad a trabajar, vivías en las afueras, en Morristown, Nueva Jersey ¿verdad?

—Sí, es una mierda de lugar, pero le guardo algún buen recuerdo.

—Viviste allí hasta hace un par de años, ¿cierto?

—Sí, hasta que vine aquí a buscar trabajo. Quería alejarme un poco de Morristown y empezar de cero en la ciudad.

—Vivías en una casa con tus padres y tus dos hermanos pequeños, explícanos cómo era la relación con ellos.

—Mi padre nos abandonó, a mi familia y a mí, cuando aún éramos pequeños, vi con mis propios ojos cómo salía por la puerta, diciéndome algunas chorradas que no logré entender. La última vez que lo vi estaba en una caja de madera, dispuesto a ser enterrado en el cementerio de Morristown.

—¿Tu padre era Jeff Clifford? —preguntó rápidamente John, antes de que Mike pudiese hablar acerca de los otros componentes de su familia, como si no le importasen, como si supiese que Mike empezaría hablando de su padre.

—Sí.

—Bien, al jefe le dará mucho gusto hablar contigo.

Tanto John como Steve sonrieron de oreja a oreja. Mostrando las facciones propias de haber realizado un buen trabajo.

—Una última pregunta Mike, ¿te acuerdas de alguna de esas chorradas que tu padre te dijo antes de morir?

—Era algo pequeño, pero tengo buena memoria y ese día no se me olvidará jamás, a veces escucho su voz en sueños, mejor dicho, en pesadillas. Me dijo algo de que cuidara de la familia, que era mi responsabilidad a partir de aquel momento, como si supiese que algo malo le iba a ocurrir, como si supiese que ese día moriría. Que yo era distinto a los demás y que con el tiempo me daría cuenta de ello. Que no cometiese errores por no arriesgar, o algo parecido. Que fuese valiente, que fuese duro conmigo mismo, que eso me llevaría al éxito. Que hiciese cosas, aunque no me gustasen y, creo recordar, aunque estuvieran fuera de la ley.

—Veo que recuerdas bastante bien ese día. Acabarás entendiendo cada palabra que te dijo tu padre, tarde o temprano.

—¿Por qué? ¿Conocisteis vosotros a mi padre?

—En unos minutos podrás hablar con el jefe, él te contará todos los detalles y responderá a todas tus preguntas.

Mike aguardó, inmóvil, petrificado, mientras esos dos hombres salían de aquella sala, victoriosos, orgullosos de los resultados que habían conseguido, la palabra que mejor lo describiría era, desconcertado.

El sonido del metal de la puerta chocando contra el soporte de la cerradura hizo despertarle de aquel bloqueo momentáneo, trasladándole de nuevo a la situación previa a la entrevista, como si nada de aquello hubiese sucedido entre medias. De pronto la sensación de frío y congelación le volvió a recubrir el cuerpo, además de la sensación de tensión, ansiedad y, sobretodo, terror. El gruñido de su estómago le hizo recordar que también estaba hambriento, ya habría pasado más de mediodía y no había comido nada desde ayer.

—¡Eh! ¿Me oís? —dijo antes de que aquellos sonidos desaparecieran tras el golpe seco que haría la puerta, al cerrarse, antes de que fuese demasiado tarde.

Los pasos de aquellos dos hombres se detuvieron en seco, pretendiendo escuchar aquello que Mike quería decirles.

—¿Me podríais traer algo para abrigarme? Aquí abajo hace muchísimo frío. Y también algo de comer, no sé cuántas horas han pasado desde que mastiqué algo por última vez y me estoy mareando.

—De acuerdo —respondió la voz de John, desde la otra parte del pasillo, que entró por la rendija de la celda número trece hasta retumbar dentro de ella y de los tímpanos de Mike, que respiró profundamente aliviado.

La tensión y agonía que estaba sintiendo desaparecieron al escuchar

aquella contestación, se preguntó si curar los males era tan fácil como eso, tan sencillo como tener esperanza en algo, algo por lo que luchar y creer.

Esperó unos cinco minutos más, cordialmente sentado en su silla, como si se tratase de un alumno modelo, esperando ansioso al profesor. Empezó a darle vueltas a la cabeza, pensando en la cantidad de cosas que quería preguntar, en la cantidad de cosas que debía saber y que nadie antes le había contado.

Cuando su padre salió de casa, aquella fatídica noche, para no volver jamás, a Mike le invadió el odio y la impotencia. Preguntó un par de veces a su madre el porqué de todo eso, porqué les había pasado eso a ellos, y siempre recibía la misma respuesta.

—A veces la vida es injusta, hay que acostumbrarse y sobreponerse.

Para eso mismo, para sobreponerse, Mike intentó bloquear cualquier recuerdo con su padre, soportando solo el dolor que le producía su marcha y culpándolo a él. Se sentía un desgraciado al ver a todos sus amigos yendo con sus padres al parque, a jugar un rato con la pelota, o yendo al cine a disfrutar de una película taquillera.

Ni siquiera preguntó a nadie cómo murió, pensaba que habría sido tiroteado o desfigurado completamente, pues durante el posterior traslado del cuerpo fallecido de su padre hasta el centro médico del pueblo, este estaba recubierto por un plástico luminoso, obstaculizando cualquier visión de la tragedia, como si verlo no fuese del todo agradable ni recomendable. Era un secreto guardado bajo llave entre su madre y Tom, el jefe de la policía de Morristown, quien, después del suceso, llevó a cabo una exhaustiva investigación que duró cerca de seis meses, cuando ya, por fin, desistieron en la búsqueda de culpables, cerrando el caso.

Mike sintió alivio cuando, un domingo por la mañana, vio desde la ventana de su cuarto a Tom aparcar justo delante de su casa, bajándose del

coche patrulla, quitándose el sombrero del uniforme y llamando al timbre de los Clifford con plante serio.

El chico salió desde su habitación hasta la escalera que conectaba el primer piso con la entrada de la casa. Se apoyó en la barandilla de madera, mientras sus dos hermanos permanecían callados y ajenos, aislados en el cuarto de Mike. Prestó atención a la conversación que se iba a producir, intensa y dolorosa, entre su madre y Tom, justo desde el mismo lugar donde había escuchado algunas veces discutir a sus padres, justo desde el mismo lugar donde escuchó la pelea que tuvieron estos el día en que su padre desapareció para siempre.

—Buenos días señora Clifford.

—Buenos días Tom, pasa. Estás en tu casa.

El jefe de la policía aceptó la invitación y entró en la vivienda, dirigiéndose hacia el salón, dejando el sombrero encima de la mesa central, donde la familia solía comer y cenar, y poniéndose las manos en la cintura, apoyadas sobre el cinturón de cuero negro donde llevaba colgando una pistola 9 milímetros, dos cajetillas con balas para la misma, unas esposas y unos grandes guantes duros de plástico negro, dijo:

—Será mejor que hablemos tranquilamente Kate, siéntate en el sofá, por favor.

Kate sabía que ese día iba a llegar, pero intentaba ser lo más optimista posible, para no dar una mala imagen a sus hijos, sobretodo a Mike.

Ella obedeció correctamente a Tom y se tumbó en el primer hueco que encontró en el salón, dirigiendo su bondadosa mirada hacia el cuerpo del inspector, que se encontraba de pie, con los brazos aún posados en jarra, firmes.

—Desde que Jeff murió el departamento de policía ha estado investigando por todos los medios habidos y por haber las causas y culpables de aquel trágico incidente. Hemos estado trabajando a destajo durante más de ciento cincuenta días, incluso sacrificando horas libres para estar con nuestras familias y descansar.

Kate empezaba a emocionarse, sabía que no podría contener las lágrimas al seguir escuchando lo que Tom tenía que decir, y que de un momento a otro se pondría a llorar.

—Hemos seguido varias pistas, pero ha sido un caso increíblemente doloroso. En lo personal, sois unos vecinos muy queridos en el pueblo y nos conocemos desde que éramos niños. En lo profesional ha sido, sin duda alguna, el caso más problemático y complejo al que me he enfrentado en toda mi carrera como jefe de la policía de Morristown.

Mike seguía de pie, apoyado en la parte superior de las escaleras, escuchando atentamente las palabras de Tom, deseando escuchar las que inevitablemente tendría que decir.

—Primero nos tuvimos que enfrentar a la situación en la que se encontraba el cadáver de Jeff, casi irreconocible, sin testigos fiables que hubiesen visto nada. Es cierto que algún vagabundo se acercó hasta la comisaría para contarnos alguna chorrada, pero nada de valor, nada fiable. Partíamos desde cero.

Kate, al escuchar esas palabras, empezó a llorar, tal como sabía que iba a hacer.

—Siento ser duro contigo Kate, créeme, pero tienes que comprender que es la única forma de encarar las cosas, por lo menos, la mejor.

Se dispuso a seguir hablando.

—Registramos cada rincón de vuestra casa y de vuestra vida, con tal de sacar alguna pista o idea, por lo menos para saber por dónde empezar a investigar. Para mí no fue nada fácil meterme de aquella manera en vuestra historia, en vuestra familia, en vuestra privacidad. Me destrozaba por dentro. Estuvimos varios días buscando pistas en el lugar del crimen, rastros de sangre, algún objeto que por casualidad cayese al suelo, algún cuchillo, huellas de pisadas, pero nada, el cuerpo de tu marido se encontraba en un sitio que es muy transitado y había demasiadas señales para atreverse a sospechar de alguna, solo había el cuerpo de Jeff, tumbado boca abajo, y eso era la única realidad que podíamos conocer.

Lo que Tom no se atrevió a decir, que fueron varias cosas, fue que Jeff se encontraba más que irreconocible, con la cara completamente machacada, de tal forma que a primera vista la policía no podía conocer la manera con la que lo habían asesinado, si acuchillándolo, acribillándolo a balazos, o incluso molido a golpes con algún objeto contundente, y que el cuerpo del marido de Kate se encontraba flotando en un inmenso charco rojo, causado por el derramamiento de su propia sangre.

—Siguiendo lo que tú nos contaste que pasó aquella noche, en la que tu marido te dijo que tenía asuntos pendientes y que si no los resolvía de inmediato podríais sufrir daños, tanto tú como los niños, registramos su teléfono con la esperanza de encontrar algún nombre que no encajase en la vida modesta de Jeff o alguna llamada reciente que nos hiciese sospechar, pero no encontramos nada fuera de la normalidad y supusimos que, si andaba metido en algo oscuro, debía tener un segundo teléfono. Buscamos ese objeto y otras pistas de valor durante días, pero no dio resultado. Combinábamos la búsqueda con registros de gasolina y faltas al trabajo para intentar averiguar hacia dónde se dirigía y, aunque era una tarea laboriosa y de mucha complejidad, lo hacíamos con ganas porque queríamos atrapar a los que le habían hecho eso a vuestra familia, a los que le habían hecho eso a tu marido, a los que le habían hecho eso a nuestro amigo.

Puso el brazo izquierdo encima del hombro derecho de Kate, al ver que esta era un mar de lágrimas, para intentar consolarla.

—Observando las cuentas del banco pudimos averiguar, con mucha paciencia y dedicando un par de semanas de trabajo que, al menos un día a la semana tu marido viajaba a algún sitio saltándose horas de trabajo, ya que llenaba el depósito del coche cuando aún quedaba suficiente gasolina para, por lo menos, un par de días, lo que indicaba que Jeff quería asegurarse de tener suficiente gasolina para recorrer el trayecto que tenía pensado. Discurrimos incluso que tu marido tenía una amante a la que visitaba una vez a la semana y que, suponiendo que estuviese casada, su marido se enterase de la historia de su mujer y decidiese matar a Jeff, en un furioso arrebatado de celos y odio. Pero conociendo bien a tu marido creo que todos podemos apostar a que eso no fue lo que ocurrió, estaba enamorado de ti desde el día en que os conocisteis y por respeto a ti y a los niños sería incapaz de hacer una cosa semejante.

Kate pasó su mano derecha por encima de sus dos ojos, secándose las lágrimas y esparciéndolas levemente por las mejillas, algo sonrojadas y arrugadas por el dibujo de una pequeña sonrisa nerviosa, provocada por las últimas palabras de Tom.

—Por lo que seguimos investigando, alejando de nuestra mente los pensamientos de infidelidad, pero convenciéndonos de que habíamos encontrado algo. Pedimos las grabaciones de las cámaras de seguridad de las gasolineras y estaciones en las que había llenado el depósito de gasolina, de manera tan inusual. Encontramos, por lo menos, que esto había ocurrido en cinco ocasiones, en dos estaciones distintas, en horas similares en todas las circunstancias.

—Viendo lo que pasó, incluso hubiese sido mejor si hubiese estado saliendo con otra, seguramente ahora estaría vivo —dijo Kate, con la cara mojada de lágrimas.

Tom se calló durante algunos segundos, sonriendo tímidamente a Kate mientras esta decía aquellas palabras llenas de impotencia. Seguidamente se decidió a seguir hablando.

—Seguimos el camino que nos mostraban las grabaciones, para ver hasta donde nos llevaban y, de manera paralela, recopilamos la información de los días posteriores a todas ellas, para ver, con pocas esperanzas, si aparecía algo en los diarios locales o nacionales, algún suceso extraño con la descripción de alguien que pudiese encajar con Jeff, para averiguar en lo que podría estar metido, pero, tal como nos pensábamos, no encontramos nada. Si estaba haciendo algo, lo estaba haciendo con cuidado y sigilo.

Mike seguía escuchando la conversación con atención. Se había sentado en el último escalón, con los brazos apoyados encima de las rodillas y la cabeza posada sobre ellos, arrugándole la piel fina de la cara, levantándole los pómulos y estirándole los ojos.

—Las oficinas eran un completo caos, los papeles llenos de información y testimonios inútiles se iban almacenando en cajas, amontonando polvo y suciedad. Para organizarnos mejor dividimos el departamento en grupos, un total de seis equipos conformados por unos siete u ocho agentes. Cada conjunto investigaba un día en concreto, sonsacando toda la información requerida para su rastreo, llamando a los distintos locales de alrededor para ver si el coche de tu marido se veía cruzar en algún momento por alguna cámara de vigilancia. Parece un trabajo algo impreciso, pues tienes que estar pendiente del tiempo de las grabaciones y tener cuidado de no encontrarte con ángulos muertos que hagan fracasar todo el trabajo, pero las carreteras no tenían demasiadas variaciones y, por suerte, prácticamente todos los locales tenían activas las cámaras de seguridad y nos ofrecieron el material sin ninguna objeción.

Paró de hablar durante unos segundos para recobrar el aliento, preparándose para continuar con la historia mientras Kate seguía sentada en el

sofá, escuchando atentamente, emocionada.

—Aquello nos llevó bastantes semanas de incansable trabajo y centenares de horas mirando las pantallas. Pudimos averiguar que, en las cuatro primeras grabaciones, ponía rumbo a Nueva York, y una vez allí lo localizamos yendo a un par de negocios de la ciudad, pero no nos resultó extraño, pues se trataban de tiendas que vendían todo tipo de herramientas y piezas para coches, más complejas que las que podría encontrar en los pequeños locales que hay en Morristown. Eso nos desanimó, pues pensamos que todas aquellas horas estudiando y analizando las grabaciones habían sido en vano, una auténtica pérdida de tiempo que podríamos haber utilizado para investigar cualquier otra pista y acercarnos así más a la verdad de lo ocurrido aquella noche.

La voz de Tom se iba apagando poco a poco, perdiendo fuerza y claridad.

—¿Quieres un vaso de agua Tom? —preguntó Kate, que llevaba un rato preocupada por la garganta de este, por si no podía acabar con el transcurso de la investigación de la muerte de su marido.

—Sí, por favor, si no es molestia. Tengo hoy la garganta carrasposa y me estoy quedando sin voz.

Kate se levantó y rápidamente le dio un vaso lleno de agua a Tom, que prácticamente se lo bebió de un sorbo.

—Nos surgió una idea muy interesante, de repente, cuando habíamos perdido casi toda esperanza con la investigación. Las tiendas que frecuentó Jeff en Nueva York vendían piezas exclusivas y caras, y pensamos que no era posible que con el sueldo de tu marido, que trabajaba en un taller más bien pequeño reparando y cambiando piezas de algunos coches, y tuyo, que trabajas como camarera en Manhattan, pudieseis permitirnos semejante gasto, pues también teníais que hacer frente a todos los costes del hogar y de los niños, que no son pocos. Para más seguridad volvimos a repasar las cuentas bancarias, pues las grabaciones que teníamos solo mostraban la calle y la

entrada al local y teníamos la pequeña esperanza de que tu marido hubiese podido pagar con una tarjeta de crédito, para así poder seguir su rastro y averiguar todos los secretos de aquella historia. En vuestras cuentas no había ningún indicio de los pagos, ni ninguna transacción de dinero parecida en los días o semanas en torno a estos. Deducimos que alguien le estaba dando dinero a Jeff para comprar aquel material, que estaba colaborando con alguien con el suficiente poder adquisitivo para conseguir varios miles de euros en metálico, prácticamente semana tras semana. Visitamos aquellos locales para ver si podían ayudarnos con algo, algún detalle que pareciese insignificante pero que resultase ser determinante. No encontramos nada, simplemente nos dijeron lo raro que les parecía que alguien pagase tal cantidad de dinero en efectivo, que ya no era habitual, ni cómodo, pero mientras fuesen billetes de verdad, que lo eran, no les importaba.

Mike escuchó un pequeño crujido detrás suyo, como si el parqué del suelo se moviese unos milímetros. Se giró, viendo a su hermano Will, andando silenciosamente, de puntillas, intentando no hacer ningún ruido.

—¿Qué haces aquí, Will? —preguntó Mike, susurrándole a su hermano.

—¿Están hablando de papá?

—Sí.

—¿Han encontrado ya al que le hizo daño?

Will era bastante pequeño para entender los motivos que podrían llevar a una persona a matar, aún no comprendía lo suficiente el significado de la palabra muerte, pero los agentes de la policía, junto con su hermano mayor y su madre, le explicaron que alguien, por algún motivo desconocido, había hecho daño a su padre y que seguramente no podría volver nunca a casa.

—No Will, y no creo que lo encuentren —dijo Mike, girando la cabeza,

apartando su mirada de la de su hermano.

—¿Por qué? —dijo Will, empezando a llorar.

Mike se dio cuenta de que posiblemente había sido demasiado duro con Will, por lo que volvió a mirarle y le dijo:

—No te preocupes, en verdad tengo la sensación de que sí que lo van a encontrar, tarde o temprano. Ahora vuelve a la habitación a jugar con Paul, ¡venga!

Will se secó las lágrimas de los ojos con las mangas y obedeció a su hermano, caminando de regreso a la habitación, arrastrando los pantalones del pijama por el suelo.

—Habíamos encontrado una pista más que decente, alguien le estaba dando dinero a Jeff para comprar herramientas y piezas de coches, en metálico, para no dejar huella alguna. No teníamos ni idea para qué querría Jeff comprar aquellos objetos si no los iba a utilizar en el taller, pues hablamos con Aaron, dueño del negocio donde trabajaba tu marido, y nos dijo que no habían tenido ninguna necesidad de utilizar aquel tipo de piezas tan caras. Lo que nos intrigaba y nos motivaba a seguir investigando era la cuestión de mantener todo eso en secreto, los viajes a Nueva York, las grandes cantidades de dinero en efectivo, las piezas de coches lujosos, Jeff lo guardaba todo en secreto, ninguno de vosotros, de su entorno más próximo, conocía ninguna de estas cuestiones y eso solo podía significar una cosa, que lo que estaba ocurriendo en su vida era peligroso.

Antes de continuar, Tom volvió a beber agua, esta vez acabándose el vaso que Kate le había traído hacía unos minutos.

—Habían pasado ya más de tres meses desde el asesinato de Jeff y cada vez nos encontrábamos más arrinconados, nos quedaban menos recursos a

utilizar, menos caminos por los que indagar, la investigación iba cogiendo cada vez menos fuerza y, con ella, nosotros. Empezamos a desesperarnos y eso afectaba directamente a nuestro rendimiento, a nuestra habilidad para pensar y actuar con rapidez y a la capacidad de concentrarnos, se nos escapaban detalles y no éramos capaces de reconocer cuáles.

Carraspeó un par de veces, el agua le había ayudado a hidratar su cuello y eso facilitaba la expulsión de las palabras.

—Prácticamente como último recurso decidimos volver a investigar las cámaras de seguridad, pero esta vez no las que se encontraban en Morristown, sino las que había repartidas en toda Nueva York, para intentar averiguar hacia dónde se dirigía Jeff una vez compraba todas esas piezas de carrocería. En un principio lo que la lógica nos dictaba era que regresaría a casa, pero por el tiempo que se encontraba fuera del trabajo sospechábamos que aquella no era la última parada del día. La dirección seguida por Jeff era completamente opuesta a la del pueblo, completamente opuesta a casa. Seguía varias carreteras hasta llegar a las afueras de la ciudad. Averiguar la dirección exacta fue un trabajo muy complicado y a la vez extraordinario por parte de nuestros agentes, coordinando los tiempos de recorrido con las grabaciones de las gasolineras y estaciones de servicio pegadas a la carretera, ya que en la ciudad la cantidad de cámaras es mucho mayor que en el pueblo y la concentración requerida es inmensamente superior. Las imágenes nos transportaban hasta un camino con aspecto antiguo, incluso montañoso, deteriorado por las raíces de los árboles de alrededor, levantando y moviendo el asfalto, provocándole diversas abolladuras. Allí ya no había ninguna cámara con la que poder seguir a Jeff, por lo que tuvimos que volver en persona a Nueva York, esta vez para comprobar lo que nos encontraríamos si seguíamos aquel sendero, aquel camino por el que Jeff había abandonado la ciudad varias veces. Debimos de haber ido más preparados, quizá con unas ruedas más capacitadas o incluso con un coche todoterreno, ya que a mitad de subida pinchamos una rueda trasera y se nos rasgaron un poco los amortiguadores de un soporte delantero, rayando levemente la carrocería del coche patrulla por la parte interior del bajo. Tuvimos suerte de que un hombre joven, de unos treinta y cinco años, con aspecto duro, justo pasaba por allí con

un coche de lo más preparado y acompañado por un pequeño cachorro de pastor alemán como copiloto. Aquel hombre nos ayudó, empujando nuestro vehículo, amarrándolo con una cuerda al suyo, hasta acabar el camino y llegar a una zona más llana y no tan deteriorada por la acción de la naturaleza. También se ofreció a ayudarnos con los desperfectos del coche, cambiándonos la rueda dañada y así poder recobrar el camino de la investigación. Una vez retomado el camino tampoco encontramos gran cosa, pues el sendero era larguísimo y se extendía alrededor de una zona con grandes mansiones. Recorrimos durante un par de horas ese camino de ida, más o menos lo que calculamos que podría haber avanzado Jeff por las horas que se ausentaba del trabajo para ir allí, de tal modo que le diese tiempo a ir y volver. Había cientos de casas, cientos de chalets y mansiones. Eran demasiadas, tardaríamos muchos más meses en preguntar y, sobretodo, investigar a toda esa gente, para ver si tenían algún tipo de relación con tu marido.

Se quitó el sudor de la frente con la manga de su uniforme, llevaba mucho tiempo hablando y se encontraba realmente cansado y nervioso, no le gustaba dar malas noticias y menos si se trataba de gente a la que apreciaba y conocía desde hacía muchos años.

—La única pista que teníamos era esa, el único rastro que nos quedaba en nuestro haber, que Jeff trataba con alguien con dinero que vivía en alguna de las cientos de casas que había por aquel camino, a las afueras de Nueva York, y no podíamos seguir con la investigación, no podíamos avanzar. Casi no nos quedaban esperanzas de encontrar nada más cuando volvimos a revisar las cámaras de seguridad, y hubo un detalle muy importante que se nos pasó completamente por encima. De los cinco días en los que pudimos localizar a Jeff saliendo de las tiendas, en la última grabación la dirección que tomaba no era la misma que en las anteriores, no se dirigía ni hacia la zona del camino, ni de regreso a Morristown, iba más hacia el norte, y localizarle fue, otra vez, realmente costoso. Después de muchas horas de trabajo con las infinitas cámaras de seguridad de las calles de Nueva York logramos dibujar el camino que había seguido aquel día, gracias a la cámara que había en un polígono industrial, a escasas dos manzanas del hospital psiquiátrico de Belmont Street. Aparcaba su coche en un pequeño parking y se dirigía caminando hacia

algún lugar, más bien trotando, a paso ligero para no perder ni un segundo, mirando de un lado a otro, cauteloso y, lo que es aún más importante, con una bolsa de plástico azul colgándole de la mano derecha, una bolsa que podría contener dentro aquello que nos ayudaría a descifrar el misterio del asesinato de Jeff.

Tras respirar hondo varias veces, apartó la mirada de Kate, que no hizo ningún esfuerzo para que él continuara, pero necesitaba hacerlo, debía hacerlo. Volvió a encontrar la mirada bondadosa de esa mujer y siguió narrando lo que sabía que sería el final.

—La periferia de la cámara de seguridad no lograba abarcar todo el trayecto que hizo Jeff, pero fuimos a ese mismo lugar y representamos, otra vez nosotros mismos, el camino que había realizado tu marido. Nos dirigimos hasta un descampado no muy grande que estaba situado justo al lado del aparcamiento, donde dejó el coche. Lo sabemos porque no tardó mucho en regresar, estuvo fuera del vehículo dos minutos y siete segundos, exactamente. Lo más intrigante de todo es que volvió sin la bolsa azul entre las manos, no sabíamos si la llevaba guardada en algún bolsillo o la habría dejado tirada por algún otro sitio, pero de lo que estábamos seguros era que ya no llevaba el objeto que previamente guardaba en su interior. Intentamos, durante días, averiguar lo que había dentro de aquel plástico, dibujando el relieve que marcaba y maximizando la imagen para intentar apreciar su contenido, pero fue completamente imposible. Entramos en aquel descampado, no te voy a mentir, con bastantes esperanzas de haber encontrado algo bueno, algo real, pero no encontramos nada de utilidad. El lugar era algo siniestro, incluso parecía casi abandonado, sucio y apestoso, lo único que había, a parte de tierra pegajosa e insectos molestos, eran un par de jeringuillas usadas de algún drogadicto que decidía pasar la noche del sábado inyectándose narcóticos en aquel sitio de mierda, y un par de marcas de ruedas, dibujadas levemente en la arena, por lo que no pudieron ser registradas ni analizadas. Después de eso marchamos a casa cabizbajos, derrotados, cabreados e impotentes, y desde entonces no hemos encontrado nada, estuvimos buscando durante dos semanas más, incansablemente, repasando cada paso, releiendo cada una de las palabras escritas y anotadas en los informes elaborados desde que

encontramos el cuerpo sin vida de Jeff, pero no pudimos sacar nada, se nos habían acabado las ideas y los recursos.

El sudor le volvía a chorrear por la frente y las manos le temblaban, la presión en el pecho iba creciendo y le dificultaba la respiración, pero hizo un último esfuerzo y, por fin, sentenció.

—Kate, he venido hasta aquí para decirte que, lamentablemente, después de todo este trabajo, no hemos podido averiguar quién o quiénes son los culpables del asesinato de Jeff, y que no nos queda más remedio que el de suspender las búsquedas de pistas e investigaciones abiertas. La policía tiene muchos asuntos que requerir, y durante prácticamente medio año el de encontrar a los asesinos de tu marido ha sido el tema estrella, el primordial, sin ninguna objeción, pero el departamento general nos obliga a avanzar, y es imposible teniendo otros frentes abiertos, incluido el de tu marido. Hoy archivaremos los documentos en nuestros almacenes, pero aún tengo la esperanza de que, en algún futuro no muy lejano, podamos encontrar una pista más esclarecedora y volver a abrirlos.

Kate asintió con la cabeza y dijo, con tremenda comprensión y agradecimiento.

—Os agradezco de corazón todo vuestro trabajo y esfuerzo y, aunque me gustaría poder encontrar a los responsables de tal crimen y que se hiciese justicia, entiendo que hay más asuntos que requieren de atención, y sería egoísta por mi parte querer dejarlos todos al margen para seguir con la investigación.

—Gracias por la comprensión, Kate.

Mike, al escuchar a Tom pronunciar aquellas palabras, apretó el puño de rabia, pero también de satisfacción. Estaba harto de toda aquella situación, siempre pendientes del teléfono, siempre pendientes de lo que diría la gente, de cómo los miraban por la calle, en la escuela, en el supermercado,

tratándolos de víctimas.

Las palabras de Tom fueron realmente un alivio para el chico, como si se hubiese liberado de una gran carga que llevase soportando en su espalda durante varios meses.

Tom recogió el sombrero que había dejado encima de la mesa del comedor y, haciendo un saludo agarrándolo con su mano derecha, se despidió de Kate, que lo acompañó hasta la puerta de la casa, derramando lágrimas por los ojos, lágrimas que también se desprendieron de las pupilas de Tom, lágrimas que sellaban una búsqueda incansable de culpables, lágrimas que revelaban tanto bondad como coraje, lágrimas que liberaban tensión y nervios, lágrimas por un amigo, lágrimas por un marido, lágrimas de impotencia.

VIII. ÚLTIMA NOCHE

La puerta que daba al pasillo volvió a abrirse, provocando de nuevo un ruido molesto, crujiendo de tal forma que el sonido se trasladó por las paredes y salas huecas de aquel sitio hasta llegar a los oídos de Mike, que ya no se sentía un rehén, aunque tampoco podía salir de allí.

Las voces de otros dos hombres sonaban en la oscuridad y Mike prestaba atención a lo que decían, pero no conseguía entender nada, las palabras sonaban demasiado apagadas, como si estuvieran susurrando a propósito, para que no escuchase bien la conversación.

El teclado volvió a ser utilizado y, después de marcar los dígitos correspondientes, la puerta de la sala número trece empezó a abrirse.

Mike se encontraba aún sentado en la silla, pero pasó de la posición correcta, con la espalda erecta y el cuello levantado, a una posición algo más forzada, en la que los brazos que antes estaban posados sobre sus muslos, aparcando las palmas de las manos sobre las rodillas, ahora se encontraban enlazados, cruzados encima de la mesa, con los codos bien separados, llegando a abarcar casi toda la anchura del mostrador. La cabeza se situaba encima de aquellas extremidades, con la barbilla perfectamente colocada en el hueco que hacían al juntarse. La espalda se encorvaba hacia adelante, inclinándose hacia aquel mueble único en el cuarto, cargando el peso de su cuerpo en sus brazos y forzando la postura de los riñones, que le producían molestia e, incluso, dolor, en aquellas circunstancias antinaturales.

Dos siluetas negras sorprendían a Mike, intrigado, ansioso por conocer al jefe del que tanto había oído hablar pero que nunca había tenido la oportunidad de ver en persona. Había hablado con él por teléfono pero fugazmente se acordaba de aquella conversación.

La primera silueta le parecía familiar, con aspecto fuerte y alto, con unos

músculos marcados y una presencia imponente, veía que llevaba un par de cosas sujetas en las manos, pero no lograba atisbar de qué se trataba, pues aquellos dos hombres aún seguían cubiertos por la poca claridad que ofrecían las luces del pasillo, esquivando la luz que brindaban los focos que había en el techo de la habitación.

La segunda silueta era más pequeña que la de la derecha, no mostraba tanta presencia, pero parecía impartir respeto a su alrededor, pues los hombros se encontraban levantados y el pecho erguido, en señal de confianza y poder.

Las dos sombras empezaron a adentrarse en el cuarto en dirección hacia Mike, siendo alcanzados poco a poco por la luz blanca de la sala, descubriendo sus identidades.

La primera persona que pudo ver fue Marco, el conductor que lo trajo en la furgoneta hasta aquel lugar, aquella persona que, horas antes, le hubiese matado si no fuese valioso, si no fuese de utilidad para el jefe y las consecuencias de aquel supuesto asesinato podrían haber sido desastrosas. Mike estaba seguro de que lo habría aniquilado sin ningún tipo de remordimiento.

A Marco le seguía la silueta más pequeña, la que en un principio parecía más desapercibida.

Pronto averiguó que lo que aparentaba en la penumbra se transformaba en todo lo contrario en la claridad.

Aquella persona, aunque pequeña, imprimía un impetuoso respeto y carácter, tendría unos sesenta años, el pelo canoso y corto le conformaban una seriedad abrupta, atractiva. La cara morena estaba adornada por algunas arrugas en la frente y cuello, con aspecto de dureza y firmeza, como si se tratase de un alto directivo de una gran multinacional, de los que pasan horas y horas negociando y batallando en un despacho con inversores y otros

empresarios, teniendo que mostrar en todo momento sus facultades de liderazgo y responsabilidad, imponiendo un aspecto arreglado e inteligente. Vestía abrigado, con un chaquetón de color negro que prácticamente le llegaba a las rodillas, grande, le ensanchaba la espalda, parecía incluso de piel, como si supiese el frío que llegaba a hacer allí abajo, como si no fuese la primera vez que visitaba el lugar.

La comodidad que había sentido después de hablar con John y Steve había sido destruida por la imagen de aquel hombre. Mike pensaba que podría hablar tranquilamente con una persona algo más joven, algo más permisiva, que no tuviera la cara de severidad y violencia que estaba viendo reflejada en aquel señor. Las palabras de John le hicieron presuponer que la conversación no sería para nada desagradable, es más, que podría llegar a ser fructífera de algún modo, respondiendo a sus dudas y preguntas, y entablando un diálogo en el que él sería la estrella y el objeto de deseo.

En el rostro del jefe vio algo muy distinto, la confianza que había puesto en sí mismo y en aquella conversación habían dejado paso al nerviosismo y miedo que tenía cuando le arrojaron ahí dentro, a merced de la oscuridad.

Logró calmarse un poco con la primera frase que oyó, aunque esta vez hablaba Marco y no la persona que realmente quería escuchar.

—Te hemos traído algunas cosas que nos has pedido. Un abrigo de lana gruesa y un par de hamburguesas recién hechas, si necesitas algo más solo tienes que decírnoslo.

Estaba tan abducido por la presencia del otro hombre que prácticamente no se había fijado en lo que sujetaba Marco en las manos. Llevaba varios minutos sin estremecerse de frío, pero la inseguridad que le produjo ver al jefe le provocó otra vez la sensación gélida del principio, por lo que no tardó ni un segundo en quitarle a Marco de las manos aquel abrigo, que había estado esperando con tanta ansia. También hizo desaparecer las dos hamburguesas en cuestión de segundos, engulléndolas sin respirar, sin tiempo para disfrutarlas.

Los dos hombres esperaron a que Mike acabase de comer, sorprendidos por la brutalidad con la que devoraba los alimentos. Una vez terminó, se sentaron. El jefe cogió la silla que era completamente idéntica a la de Mike, la que antes estaba custodiada por John, mientras que Marco se acomodó en la silla más grande, anteriormente utilizada por Steve.

—Bueno, me alegro mucho de conocerte, Mike, mi nombre es Adam Parker, pero quizá hayas oído hablar de mí como el jefe.

Alargó la mano para estrechársela y, aunque Mike tardó varios segundos en reaccionar, finalmente desobedeció a la cautela que le producía el poderoso miedo que sentía hacia ese hombre y confirmó el saludo cordialmente.

—John y Steve ya me han contado todo lo que habéis estado hablando y me han trasladado tus inquietudes y deseos. Veo que aún tienes muchas preguntas y dudas acerca de tu padre y su pasado e intentaré, en la medida de lo posible, resolvértelas.

Por primera vez Mike sintió algo de alivio al hablar con ese hombre. Cogió aire y empezó diciendo.

—Primero de todo no entiendo qué hago aquí, no sé qué tengo de interesante, o qué tenía mi padre de interesante para que me hayáis secuestrado de esta manera, y tampoco sé dónde estoy, no tengo ni idea de lo que es este lugar.

La sonrisa del jefe se hacía cada vez más tenebrosa y abierta, como si tuviera muy claro que todas aquellas preguntas iban a plantearsele.

—Tengo que darte la bienvenida a mi casa, que es exactamente donde estás.

—¿Vives aquí? Y en qué celda duermes, ¿en la siete?

A Adam le pareció interesante que Mike mantuviese el sentido del humor incluso en aquellas circunstancias, y soltó una carcajada.

—Vivo en la mansión que seguramente habrás visto al entrar en el recinto, donde estamos ahora mismo es una zona que sirve... Digamos que para trabajar, ya te irás dando cuenta.

—Esto me sigue pareciendo muy raro ¿Quién tiene una cárcel en su casa?

—No es una cárcel, más bien es una zona de entrevistas, por llamarlo de alguna manera, aquí es donde prosigo con mis negocios.

—¿Por qué me tenéis aquí entonces? No soy un empresario ni tengo intención de negociar con nadie.

—Estás aquí por una razón muy sencilla y te la voy a decir sin rodeos. Quiero que trabajes para mí.

Mike empezó a toser, estuvo varios segundos con la cabeza agachada, pensando en que llegaría a vomitar allí mismo, delante del jefe y de Marco, pero finalmente se contuvo y volvió a levantar la mirada, encontrando de nuevo aquellas dos caras serias.

—¿Quieres que trabaje para ti? ¿Yo? ¿Para ti? Esto debe de ser una broma.

—No se trata de ninguna broma, lo digo totalmente en serio.

—Ahora tengo algunas preguntas más.

—No hay prisa, podemos hablar largo y tendido.

—Has dicho que te llamas Adam, pero ¿quién eres en realidad? ¿Quién es el jefe?

—Soy una persona que tiene la responsabilidad de mantener sus negocios exitosos, luchando contra la competencia de la mejor manera posible y ofreciendo ofertas difíciles de rechazar, es simple.

—¿Qué es lo que ofreces? ¿Con qué negocias?

—Tengo algunas prioridades, algunas que no se encuentran dentro de la ley actual, pero principalmente puedo negociar con todo, la cuestión es encontrarle un buen precio.

Mike observaba atentamente a las respuestas de Adam y cada vez tenía más claro que los negocios que pudiese llevar a cabo ese hombre no eran del todo limpios.

—¿Eres un mafioso o algo así?

—Algo así, no me gusta llamarlo mafia, más bien soy el máximo responsable de un tipo de organización, en la que cualquiera que pase los requisitos puede unirse.

—¿Cuáles son aquellos requisitos?

Adam rió otra vez.

—Los deberías de conocer, pues están bastante presentes en ti.

—No lo entiendo.

—Eres diferente, Mike, y estoy seguro de que tu padre te lo dijo en algún momento de tu vida.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—Tienes ansia de poder, no te conformas con un poco, tú lo quieres todo. Tienes la capacidad de encontrar soluciones que, además de inteligentes, te satisfagan, calmen tu sed.

—¿Mi sed? ¿Sed de qué?

—Tú bien lo sabes, un deseo oculto, un deseo que te obliga a hacer cosas que otros no podrían ni imaginar, un deseo de lo más asombroso.

Mike creía que conocía la respuesta, sin duda se trataba de algo que le ocurrió en el pasado y que desencadenó en la persona que es hoy en día.

—Mi sed de sangre.

—¡Exacto!

—Siempre pensé que se trataba de un deseo estúpido, que con los años desaparecería, incluso llegué a controlarlo cuando me vine a vivir a la ciudad.

—Eso es algo que puedes detener, temporalmente, pero algún día regresa y ataca con más fuerza, hasta que no puedes controlarlo de ninguna otra forma que no sea satisfaciéndolo, esa es la única forma de calmarlo e incluso, de dominarlo.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

Adam volvió a reír a carcajadas.

—Tú y yo tenemos muchas cosas en común, Mike. Muchas más de las que jamás podrías llegar a imaginar.

Mike pensó que Adam, si se trataba ese de su verdadero nombre, le conocía mucho más de lo que en un principio se creía, y que debía tener algo muy especial para que aquel hombre se hubiese informado de todas aquellas cosas. Cosas que incluso ni el propio Mike conocía.

—¿Por qué me quieres precisamente a mi? ¿Se trata de algo de mi padre?

—En parte sí, en parte estás aquí por tu padre, pero por otro lado eres una persona distinta a él, con otras características que pueden llegar a ser interesantes en cualquier negocio, y créeme cuando te digo que cumples con creces con los requisitos necesarios.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?

Adam se tocó la cabeza, para pensar en la mejor manera de explicar aquella situación.

—¿Hasta qué punto conocías a tu padre? Es decir ¿Qué hacía cuando no iba a trabajar? ¿Con quién hablaba que no fuese de la familia?

—Era bastante pequeño para darme cuenta de aquellos detalles y, cuando murió, no quise saber nada más de él.

—¿Por qué?

—¡Porque nos abandonó! ¡Ni siquiera se dignó a contarnos la verdad!

¡Nos mintió, tanto a mí, como a mi madre, como a mis hermanos! ¡A todos! Y nos produjo una sensación de vacío e impotencia que no es fácil de digerir ni superar. Ni siquiera sé cómo murió y mucho menos quién lo mató.

—Si yo te lo propusiese ¿Querrías saberlo?

Los ojos de Mike se abrieron como platos, era lo último que se le habría ocurrido preguntar a aquel hombre ¿Quién mató a mi padre? Y resulta que Adam podía tener la respuesta.

—¿Qué tenía que ver mi padre contigo?

—Yo nací en un pequeño pueblo llamado Milford justo el mismo año que tu padre. Fui con él al único colegio que había allí y siempre fuimos muy buenos amigos, amigos de infancia por así decirlo. Cuando éramos adolescentes ambos queríamos salir de aquel pueblucho que tanto nos aborrecía, conocer a chicas, tener hijos, viajar, teníamos una vida por delante y muchas ganas de devorarla, pero las cosas nunca ocurren como uno espera. Tu padre se mudó a Morristown cuando conoció a tu madre, y yo decidí irme a vivir al extranjero, para ver mundo y emprender allí algunos negocios. De vez en cuando hablaba con tu padre, nos enviábamos algunas cartas, pero no tanto como antes, cada uno tenía su vida, él con su mujer y con sus futuros hijos, tú y tus hermanos, y yo con mis negocios y aventuras, a miles de kilómetros de mi país.

—Mi padre nunca nos comentó nada de ti, nunca nos dijo nada de su infancia en Milford.

—Tu padre era una persona reservada, prefería olvidar el pasado para mirar al presente, y sobretodo, al futuro.

Al decir eso dibujó una gran sonrisa en su cara.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre trabajó para mi, o conmigo, como mejor te suene. Necesitaba algo de dinero para hacer frente a los gastos de la familia y quería dejaros algún capital para vuestro futuro, pero no podía permitírselo trabajando en un taller pequeño y en Morristown tampoco había ofertas de trabajo mucho más interesantes, por lo que un día decidió ir a Nueva York, para ver si allí lograba encontrar algo mejor. Dio la casualidad que yo había vuelto de un viaje a la India hacía una semana, y estaba descansando en la ciudad por unos días más, hablando con algunos contactos de negocios pendientes. Así soy yo, aprovecho unos días libres para seguir trabajando. Estaba andando por un centro comercial, pues había quedado con un cliente chino, y haciendo cola en una cafetería alguien me dio un pequeño golpe en el hombro, sin querer.

—Perdone —dijo aquel hombre, levantando la mano en señal de disculpa.

—Tengo que admitir que soy una persona muy visceral y que he pasado algún que otro año en prisión por algunas peleas, provocadas o no por mi, y en ese momento estuve a punto de darle un puñetazo a aquel hombre que me había empujado levemente, sin querer, pero afortunadamente advertí que se trataba de un rostro conocido, y me detuve. Era tu padre.

—¿Adam? —dijo él, poniéndose las manos a la cabeza.

—¡Joder Jeff! ¡Casi te parto la cara tío!

Se abrazaron y rieron como locos, delante de toda la gente que había en ese momento en el local, incrédulos.

—¿Qué coño estás haciendo en Nueva York? La última vez que hablé contigo fue hace un porrón de años y estabas viajando por Colombia y Argentina.

—Estoy de vacaciones, ya sabes, recargando pilas antes de volver a viajar. Podemos charlar un rato si quieres, he quedado con un cliente pero puedo permitirme el lujo de hablar contigo un par de horas.

Adam se frotó los ojos, mientras Mike atendía sorprendido a la historia que este le estaba contando.

—Estuve charlando con tu padre prácticamente las dos horas que tenía, hacía más de quince años que no lo veía. Me contó lo feliz que era con Kate y que Paul, tu hermano pequeño, había nacido un año atrás, pero que le preocupaba su situación económica y que pretendía encontrar un trabajo mejor por la ciudad. No lo medité ni un segundo cuando le dije que no se preocupara, que estaba montando un par de negocios en Manhattan y Nueva York y que le daría trabajo sin pensarlo. Él, como era de esperar, se alegró mucho y me lo agradeció diciendo que le había salvado la vida, o por lo menos, la de su familia.

—¡Tío no sé cómo agradecértelo, algún día podré devolverte el favor que me has hecho! Tienes que venir un día a comer a casa, conocerás a mi mujer y a mis hijos. El pequeño Paul está hecho un bicho, no para de gatear por toda la casa y de jugar con sus hermanos, no se cansa nunca. Will es el más reservado de todos, algo miedoso. Imita en todo lo que puede a su hermano mayor y le encanta escuchar las conversaciones que tenemos mientras comemos, creo que algún día llegará a ser abogado o médico, pues le gusta mucho aprender y estudiar, y siempre que comentamos algo que no sabe a fondo va corriendo a buscar información y a cultivarse lo máximo posible acerca de eso, en unos meses cumplirá seis años. El mayor es Mike, te envié un par de cartas cuando nació, es muy inteligente y valiente, siempre va en primera línea de tiro, por así decirlo, y es muy protector con sus hermanos y su madre. Me parece que tiene un alma aventurera, muy parecida a la que teníamos cuando éramos jóvenes y soñábamos con hacer cosas grandes en la vida. Estoy seguro de que él hará algo grande, siempre está dispuesto a hacer cosas que los niños de su edad ni saben de su existencia. También tiene un carácter ganador y fuerte, tan visceral que me recuerda a ti, si alguien le mira mal por la calle o, sin querer, le empuja, se rebota enseguida y hay que pararle, tal como tú en la cola,

cuando casi me pegas. Está hecho todo un hombre.

—Al oír como tu padre hablaba de ti me di cuenta que tenía que conoceros... De que tenía que conocerte. Me pareció que me estaba describiendo a mí cuando era un niño, y eso me supuso de lo más interesante. Todo hubiese seguido su curso normal, pero de repente todo se truncó. Uno de mis contactos falseó unos documentos en una pequeña transacción y el mundo de los negocios es como miles de pequeñas fichas de dominó, una al lado de la otra. Si tiras una, van cayendo todas. El desastre se esparció tanto que las pérdidas de mi socio ascendieron a millones de dólares, haciéndole caer en bancarrota, y perjudicando a otros inversores que mantenían sus negocios con él.

Mike no sabía cómo acabaría la historia, no sabía porqué Adam le estaba explicando cosas de sus negocios y socios.

—Su inversor más importante era Jacob Grey, una persona con un carácter complicado que estuvo en la cárcel más de quince años por delitos graves, entre ellos el asesinato de varios miembros de empresas competidoras. El caso es que yo era el responsable de alguna de esas empresas, y consecuentemente, tu padre. Jeff me ayudaba en los temas más técnicos en la fabricación y montaje de piezas de todo tipo, sobretodo cuando se trataba de trucar algún motor. Todo lo hacía a través de un teléfono secundario que aún guardo, ya que no podía dejar el trabajo del taller, eso levantaría sospechas. El mercado pedía utilizar la violencia, y nosotros nos acostumbramos a ello. Si teníamos que machacar a algún inversor poderoso antes de que este efectuara el pago a una empresa de la competencia, lo hacíamos. También cambiábamos distintas piezas para mejorar o empeorar el rendimiento de los coches, así aumentábamos o disminuíamos las ventas de los mismos según sus valoraciones, era otra pequeña estrategia de marketing que nos hizo ganar mucho dinero, tanto a mí como a tu padre, que incluso pensaba en la jubilación. El inconveniente era que Jacob Grey sufrió graves pérdidas de ventas y clientes por nuestra culpa, los inversores no apostaban tanto dinero en sus productos y sus socios iban abandonando aquel barco, poco a poco. Estuvimos muchos meses por encima de él en facturación. Le quitamos el

podio en varios mercados de coches gracias a las estrategias que ideamos tu padre y yo, y eso no le gustó nada.

—Jeff, tengo algo importante que decirte —comentó Adam, llamándolo por teléfono.

—Claro, dime.

—He recibido una sopló bastante importante. Podemos estar metidos en un problema.

Adam se secó el sudor frío que aquel lugar le producía en la frente, decidido a seguir con la historia.

—La información provenía de un viejo conocido mío que hacía de intermediario en varias operaciones, tanto conmigo como con Jacob, y que acababa de escuchar una conversación que este había tenido con sus socios. Me dijo, literalmente, que estaban realmente furiosos con lo sucedido y que lo mejor para nosotros sería que nos olvidásemos de aquel mercado, que estábamos causando demasiado daño a empresas mucho más grandes que la nuestra y que si no obedecíamos tendríamos consecuencias, consecuencias fatídicas.

Por primera vez en su vida Adam tenía miedo a seguir con sus proyectos, a seguir incordiando y a competir directamente con aquellos monstruos de la industria.

—Creo que deberíamos hacer lo que nos han advertido, Jeff, creo que lo mejor sería retirarnos del mercado. Ya hemos ganado bastante dinero, algunos millones de dólares. Podríamos invertir en otras cosas con menos riesgo, vivir una vida más tranquila, sin tantas preocupaciones.

Pero por primera vez Jeff fue más ambicioso que Adam, y le contestó.

—¡Si esos peces gordos se creen que nos van a hacer marchar es que son gilipollas! ¡Nos tratan como si fuésemos niños pequeños! ¡No hagas esto, no toques aquello! ¡Estoy harto Adam, estoy harto!

—¿Qué es lo que propones?

—¡Tenemos que atacar con más fuerza, contratar a gente capaz de hacer cosas arriesgadas, auténticos matones que no tengan escrúpulos en obedecer nuestras órdenes, por muy malas que sean!

—Igual que ellos.

—¡Exacto, igual que ellos!

—Entonces fue cuando contratamos a Marco, John, Steve y algunos muchachos más que, desafortunadamente, han muerto o desaparecido —dijo Adam señalando a su derecha, directamente hacia Marco, mientras clavaba la mirada en Mike, que poco a poco iba entendiendo lo que había ocurrido con su padre y el porqué de su secuestro.

—A mí me da igual quién fuese tu padre, no me pareces una persona de fiar, no entiendes lo grande y peligroso que puede ser el formar parte de un grupo como este —dijo Marco, mirando hacia el jefe.

—¿Sois un grupo criminal?

Los dos quedaron en silencio durante unos segundos en los que el reloj pareció detenerse. Mike esperaba una respuesta.

—Simplemente nos dedicamos a los negocios, pero sí que es cierto que tomamos determinadas acciones fuera de lo habitual, pero siempre van orientadas a satisfacer los intereses de todos —respondió Adam, tranquilo.

—No me has respondido a la pregunta.

—En parte podría verse como tal, pero no es nuestra intención ni prioridad, actuamos conforme a lo que nos obliga el mercado y competencia, que utilizan las mismas artimañas y sistemas que nosotros.

—¿Quieres decir que todas las empresas de vuestra competencia son como grupos criminales?

—En parte sí, se podrían considerar grupos criminales puntuales.

Adam se puso la mano en el bolsillo izquierdo del chaquetón y sacó un paquete de puros cubanos y, aunque Mike no era un gran fumador, supo que se trataba de cigarrillos bastante caros.

—¿Quieres uno? —preguntó Adam ofreciéndole la cajetilla de tabaco a Mike.

—No, gracias. No fumo.

Abrió el paquete y se encendió un puro, disfrutando de aquel rollo de papel y tabaco mientras seguía hablando con Mike.

—Por donde iba... ¡Ah sí! Tu padre me animó a seguir con el negocio, sin tener en consideración las advertencias que habíamos recibido por parte de mi confidente.

—¿Quién era el soplón? —preguntó interesado Mike.

—No te preocupes por él, a la que el hijo de puta de Jacob supo que había contactado conmigo lo destripó como a un cerdo. Sabíamos que Jacob

iba detrás nuestro y también que era un tipo muy peligroso. Si te soy sincero, viendo todo lo que pasó y pasará, hubiese sido mejor dejar a un lado aquel negocio y emprender otro distinto, pero no lo hicimos y ahora el daño está hecho, no hay vuelta atrás.

Se puso de nuevo el puro a la boca y apretó los labios, atrapándolo. Le dio una gran calada que duró algunos segundos, después empujó el humo que salía lentamente por su garganta, diluyéndose en el ambiente de la sala y esparciéndose por cada uno de los rincones del pasillo.

—La lección más importante que he aprendido en toda mi vida ha sido, estimado Mike, que todo tiene un precio, absolutamente todo, ya sea en forma de dinero, emocional o de otros tipos, otras clases de precios mucho más peligrosos. Las galletas que te compras en el supermercado para desayunar tienen un precio. El coche que conduces tiene un precio. La casa en la que vives tiene un precio. La ropa que vistes tiene un precio. La sinceridad de las personas, por supuesto, también tiene un precio. El marketing y la exposición tienen un precio, pero nada puede compararse, y créeme cuando te digo nada al... Precio de la sangre. Este viene determinado por el sentimiento más grande y fuerte de todos, la venganza.

—Mi padre me dijo, el día en que lo mataron, que la venganza era la mejor de las sensaciones.

—Y te lo decía por algo, la venganza no es solamente gratificante, además es sumamente poderosa, mucho más poderosa que cualquier otro sentimiento. ¡La venganza se folla al amor! ¿Sabes por qué? Porque el amor es mucho más fácil de sentir, mucho más fácil de palpar. Sientes amor por tu familia, por tus amigos, por la naturaleza, por la libertad... ¡Todo el mundo siente amor por algo!, pero no todo el mundo siente el deseo de venganza. Ese es un deseo mucho más exclusivo, mucho más puro. Para sentir ganas de venganza, tienes que sentir amor por aquello por lo que luchas, pero el deseo de venganza, para permanecer, tiene que ser mayor a eso que amas.

Otra vez la sala se impregnó del denso humo que liberaba la boca de Adam, después de haberle dado otra gran calada al puro, quemándolo casi por la mitad.

—Decidimos ir a la guerra. Atacamos con más dureza a otros miembros de la organización de Jacob, a miembros poderosos, y seguíamos perjudicando a sus mejores inversores. Sabíamos que eso nos traería consecuencias, pero pensábamos que estábamos preparados para todo, pero la realidad era muy distinta.

—Jeff, tendrías que venir a mi casa, aquí planearemos más las estrategias y organizaremos bien el método de trabajo. Necesitamos encontrar un punto débil en su cadena de suministros y atacar, no solamente directamente a las personas, sino también a sus productos.

—Podemos intentar joderles, literalmente, las ventas. Lo único necesario sería pillarles desprevenidos, e incluso, desarmados.

Adam arqueó las cejas, recordando las anécdotas de la historia y las frases que se decía con Jeff para planearlo todo.

—Tu padre y yo acordamos que durante un día a la semana, más o menos, vendría aquí, a mi casa, para así poder configurar el plan de ataque. Su premisa era muy simple, ir a Nueva York y comprar piezas de coches que vendiese Jacob, una vez en mi casa las analizaríamos detalladamente e intentaríamos, mediante otros pequeños socios que entendían de mecánica, trucarlos para que se estropearan sin que pareciese intencionado, como si el fallo fuera del producto en sí, y no externo, así no podría ser ni investigado ni descubierto antes de las muestras a los clientes. Atacamos unas cuatro o cinco veces en las presentaciones que Jacob hacía a sus inversores más importantes, principalmente los que le sustentaban el negocio. Teníamos un infiltrado que permitía a Jeff adentrarse, días antes, a los salones donde darían lugar las conferencias, para de esa manera poder retocar aquellas piezas con las que habíamos estado ensayando y que en plena presentación se estropearan,

dejando en mal lugar a Jacob y su compañía.

—Realmente parecía un buen plan.

—Lo parecía y lo era, pero nos estábamos enfrentando a Jacob Grey, y eso se paga caro. Le hicimos perder millones de dólares con las fugas de inversores y compradores, y eso le enfureció. Sabía que algo extraño ocurría y dirigió la mirada hacia nosotros, de algún modo nos descubrió. A tu padre y a mí nos llegaron varias cartas más, varias advertencias más, varias amenazas más y en ese momento, entró en juego la familia.

—¿Quién es? ¿Quién llama a estas horas de la noche? —contestó Adam tan dormido que no podía ver el nombre de la persona que aparecía en la pantalla de su teléfono.

—¡Adam tío, soy yo, Jeff!

—Dime Jeff, ¿qué pasa?

—¡Saben dónde vivo Adam, saben dónde vive mi familia!

—¿Cómo dices?

—¡Sí, me acaba de llamar por teléfono, me acaba de llamar a mi casa!

—¿Quién?

—¡Jacob Grey!

Adam quedó mudo al otro lado del teléfono, de algún modo se esperaba que aquello sucediese, pero tenía una mínima esperanza de lo contrario.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que estamos jodidos Adam, bien jodidos. Me ha dicho que sabía que todo lo de las presentaciones y fuga de inversores había sido culpa nuestra, que si no dejábamos mañana mismo la empresa vendría a mi casa y mataría a mi familia delante de mí.

—¡Dios! ¿Y tenemos que dejar mañana mismo la empresa? No podemos parar toda la fabricación en un solo día, es imposible hacerlo.

—Ya lo sé, le he dicho eso mismo y me ha contestado que nos jodiésemos, que mañana mismo tenía que estar todo detenido. Además me dijo que teníamos que pagarle todo lo que le habíamos hecho perder, todo el dinero que los compradores no se gastaron en sus modelos, y no tenemos todo ese dinero Adam. Es demasiado para nosotros.

Estuvieron varios segundos en silencio, intentando idear una estrategia diferente para salvar la empresa y, sobretodo, la vida.

—Creo que tengo algo, pero no te va a gustar.

—Dime lo que es.

—No podemos dejar la empresa en un solo día ni pagarle todo ese dinero, pero sí podemos intentar matarle.

—¿Matarle? ¡Eso es una locura! Está completamente protegido, las veinticuatro horas del día. Nuestros matones no podrían acercarse a menos de cincuenta metros de él. Es una auténtica locura.

—Nuestros matones puede ser que no, pero tú sí.

—¿Cómo que yo sí? ¿Estás deseando que me maten o qué?

—Escucha, escucha. Podemos intentar estropearle una pieza de su coche, y así provocarle un accidente, solo nos faltaría tener la suerte que se muriera en el choque.

—Bueno, he trucado un par de frenos de sus coches, y no creo que utilice vehículos que no sean de su misma producción, eso daría realmente mala imagen de su compañía. Si pudiese acercarme lo suficiente a su coche... Solo necesitaría dos minutos, mejor dicho, minuto y medio, para joderle alguna pieza de los frenos. Pero es demasiado arriesgado. ¿Cómo lo hacemos?

—Tengo oído que su hermana está ingresada en el hospital psiquiátrico de Belmont Street. Y que va a visitarla todos los miércoles. Conociéndole seguro que deja su coche alejado de los demás, para que nadie le raye el lateral al abrir las puertas.

—Mañana es miércoles.

—Exacto, lo suyo sería ir a ese sitio unos veinte minutos después de él, buscar su coche y modificarle los frenos rezando que ninguno de los matones con los que va acompañado se quede haciendo guardia como si fuese un perro.

Esta vez paró el relato haciendo un suspiro, absorbiendo una gran cantidad de aquel aire contaminado por el humo del puro.

—Llevamos a cabo el plan y realmente surtió efecto, Jeff llegó unos veinte minutos más tarde que Jacob al hospital. Afortunadamente no había nadie custodiando el coche, que se encontraba en medio de un pequeño descampado, por lo que pudo llegar a él sin impedimentos. Retocó los frenos lo más rápido y mejor que pudo y salió de allí pitando. Al día siguiente nos despertamos con dos noticias. Una buena y otra que no lo era tanto.

Hizo otra calada al puro, esta vez bastante más pequeña que la anterior.

—La buena noticia era que un tal Jacob Grey había sufrido un grave accidente con su coche ayer por la tarde, cuando le fallaron los frenos al tomar una curva, y la que no nos gustó tanto fue que se encontraba en coma, debatiéndose entre la vida y la muerte. No muerto.

—¡Si Jacob no muere yo no sé lo que haremos, piensa en mi familia, todos muertos. Los van a matar a todos, a mi mujer, a Mike, a Will, al pequeño Paul! —dijo Jeff poniéndose las manos a la cabeza, llorando.

—Reza para que muera Jeff, reza y ten fe.

—No puedo Adam, tengo la sensación que la hemos cagado, nos hemos sentenciado. No hay tiempo de huir, no podemos huir, seríamos unos cobardes y al final nos encontrarían y nos matarían igual.

—Jacob tardó dos semanas en recobrar el conocimiento, tiempo que tu padre invertía en trabajar en su taller por la mañana, recoger a tu hermano pequeño de la guardería por el mediodía, y ver estúpidos programas de lujosos coches en la televisión por la tarde, esperando la última llamada de todas.

—¿Diga? —dijo Jeff, sabiendo quién se encontraba en el otro lado del teléfono.

—Soy yo Jeff, ¿te alegras de oírme?

Jeff quedó petrificado, no sabía qué decir, cualquier cosa que dijese sería utilizado en su contra.

—Seguramente ya sabrás el motivo de mi llamada, pero mira por donde, me hace ilusión decírtelo. Te llamo para darte un ultimátum, si hoy a medianoche no te encuentras justo en el pequeño parque que hay enfrente del

ayuntamiento de tu pueblo de mierda iré a tu casa y mataré uno a uno a los que me encuentre en mi camino. Tú decides lo que hacer, si seguir escondiéndote como una rata, trucando las cosas a las espaldas o si asumir tu responsabilidad y salvar a tu familia.

—¿Cómo sé que no les harás daño igualmente?

—No lo sabes, pero lo sabrás, te tengo ganas a ti, ni a tu puta esposa ni a tus pequeños bastardos, no le tengo ganas ni al gilipollas de tu socio, a ese le daré un pequeño susto y haré que salga corriendo como una mujercita. Solo le tengo ganas al cabrón que pudo trucar las piezas de mi coche, al cabrón que tuvo la sangre fría de seguirme hasta un puto hospital psiquiátrico solo para intentar matarme simulando un accidente. Solo te tengo ganas a ti, Jeff Clifford.

—Seguidamente colgó el teléfono y tu padre se quedó oyendo un sonido, un sonido agudo que indicaba que la persona con la que estaba hablando ya había desaparecido, preparándose para verse las caras con él aquella noche, preparando su venganza.

—Recuerdo a mi padre ese día, sentado en el sofá viendo un programa de coches con Paul a su lado, jugando por el suelo del salón, cuando mi hermano y yo llegamos del colegio por la tarde. Es cierto que llevaba unas dos semanas bajo de ánimo, pero no podríamos habernos imaginado en absoluto de lo que se trataba. No podríamos habernos imaginado que esperaba que alguien a quien él había provocado un accidente, muriese.

—Después de cenar tus padres tuvieron una discusión. Y antes de marchar habló contigo una última vez.

—Lo recuerdo perfectamente, y ahora logro entenderlo, entiendo todas aquellas palabras por las que me había castigado no entender, por las que había castigado a mi padre.

—Después de marchar de casa me llamó con su móvil secundario, explicándome todo lo sucedido aquel día y diciéndome un lugar exacto donde recoger el aparato, para que nadie pudiese averiguar nada de lo que habíamos hecho, sobretodo su familia, sobretodo vosotros. Me dijo donde tenía guardado gran parte del dinero que había ganado, dos millones y medio de dólares, durante todos los meses que había trabajado para mi, y me dijo que los guardase para sus hijos, que cuando fueran mayores pudiesen aprovecharlo más que él.

A Mike le llegaron a salir algunas lágrimas por su padre, lágrimas que no había derramado desde la última vez que habló con él, el día en que Jacob Grey lo asesinó.

—Y por último y lo más importante, Adam.

—Dime Jeff, dime.

—No pierdas esta guerra, no pierdas todo aquello por lo que nos hemos sacrificado tanto, tanto que hasta nos hemos dejado la vida. Huye del país y recupérate, haz para que no te encuentren, haz para que te pierdan la pista y se olviden de ti, y cuando menos se lo esperen, regresa. Averigua donde están mis hijos, sobretodo Mike, es ambicioso y estoy seguro de que sentirá odio hacia mí, y ya sabes lo que decimos tú y yo siempre, desde que éramos unos adolescentes con unos sueños muy alejados de Milford. El odio es pegamento para la venganza y la venganza es el sentimiento más poderoso.

Los dos se echaron a reír, con lágrimas esparcidas por las mejillas, sabiendo que sería la última vez que hablarían, la última vez que reirían, la última vez que llorarían.

Jeff llegó media hora antes de medianoche al lugar citado por Jacob, no sabía si vendría, incluso pensó en que se trataba de una trampa para alejarlo

de casa y así poder acribillar a su familia sin su presencia, pero se dio cuenta que era una estupidez, ya que lo que quería Jacob era verle morir y sufrir a él, y asesinando a su familia mientras no miraba era como hacer una obra de teatro con el telón bajado, tapando el espectáculo. Jeff sabía que la mejor manera de proteger a su familia en esos momentos era alejándose de ellos.

Aparcó silenciosamente el coche y apagó las luces, procuró que no hubiese nadie por allí que pudiese verlo. Avistó un par de vagabundos recogiendo basura de algunos contenedores, pero no le dio importancia, pues quién en su sano juicio hubiese creído a un par de personas apestosas, mugrientas y borrachas en una declaración por asesinato como el que se iba a producir.

Un coche todoterreno negro salió de la oscuridad de la noche cinco minutos antes de la hora acordada. Las puertas se abrieron a la vez, provocando tres sonidos duros y secos, rompiendo la melodía silenciosa del momento de manera intensa. La cuarta puerta del vehículo tardó unos segundos más en escucharse, pero finalmente se abrió y de ella salió Jacob, un hombre alto y con cara muy seria. La boca y la nariz de ese rostro eran excesivamente grandes, sus ojos completamente negros y una profunda cicatriz le atravesaba el derecho. Recién afeitado y con una mandíbula prominente se dirigía hacia Jeff, que, tumbado en el capó de su coche, observaba las cómplices estrellas que relucían en aquella noche fresca y limpia. Su última noche.

Los pasos sonantes de aquel hombre hacían indicar que no tenía ninguna intención de esconderse de posibles testigos, como si no le importase matar a dos o tres personas más aquella noche con tal de que no le delataran.

—Hoy es buen día para morir —dijo Jeff a las estrellas.

Se secó con el dedo índice de la mano derecha una lágrima que en aquel momento le recorría la sien.

—Pronto estaré con vosotras.

Aquellos pasos se pararon a unos tres metros de su objetivo, que podía escuchar perfectamente el sonido de la respiración de aquel hombre, deseoso de sangre y venganza.

—¡Por fin nos conocemos, Jeff Clifford!

Jeff se incorporó para, realmente, conocer al que iba a ser su asesino.

—Vaya, veo que vienes bien acompañado —dijo Jeff mirando a las tres bestias que lo resguardaban.

—No te preocupes, solo son protocolarios, por así decirlo, ninguno va a tocarte lo más mínimo.

Jeff bajó de un salto del capó de su coche y, lentamente, se acercó a Jacob.

—Pensaba que no vendrías, que seguirías siendo un cobarde.

—No soy un cobarde, o por lo menos, ya no.

A Jacob parecieron gustarle esas palabras y se rió.

—Me caes bien, sabes, lástima que tenga que matarte, incluso podrías llegar a ser útil.

Esta vez quien se rió fue Jeff.

—He cumplido con el trato, estoy delante de los últimos segundos de mi vida y solo me gustaría tener una última condición.

—No acostumbro a poner muchas condiciones, me gusta el trabajo simple y bien hecho, pero te escucho.

—Lo único que pido es que os olvidéis de mi familia, ellos no tenían nada que ver con esto, no conocían nada acerca de mis negocios y mucho menos nada acerca de vosotros. Os pido que no los matéis. Ya me he encargado yo estos meses de no dejar ninguna pista que pudiese llevar a mi familia o a la policía hasta vosotros.

Mentía, pues había acordado una estrategia con Adam de tal forma que en un futuro pudiese vengar, junto con su hijo Mike, su muerte.

—De acuerdo, tú has cumplido con tu parte del trato, por lo que yo voy a cumplir con el mío.

Aquellas últimas palabras de Jacob parecían reales y despreocuparon a Jeff, que estaba listo para morir.

Jacob se acercó, saboreando cada paso que daba hacia delante, hasta estar a menos de medio metro de Jeff. Podía tocarle, podía sentirle.

Uno de los matones con los que iba acompañado le ofreció a su jefe unos guantes, de color marrón y gris, duros, especializados para los golpes de tal manera que pudieses romper huesos y carne sin ni siquiera sufrir el mínimo rasguño en los nudillos.

Jacob hizo un movimiento de repulsión hacia su empleado, desechando los guantes que le estaba ofreciendo, quería sentir cada puñetazo como realmente era, hueso contra hueso, carne contra carne, piel contra piel.

El primer puñetazo no se demoró en llegar, sin más preámbulos Jacob impactó un derechazo en el ojo izquierdo de Jeff, que cayó al suelo inmediatamente. Los siguientes golpes eran combinaciones, primero la

derecha, luego la izquierda, luego otra vez la derecha, y así sucesivamente.

Jeff no tardó en morir, pues el tercer impacto de Jacob ya había partido su cráneo, pero aun así no paró de dar golpes hasta que prácticamente toda la cara de Jeff había sido expulsada por los aires, haciendo brotar la sangre hacia arriba para después hacerla llover hasta el suelo, como si fuese una fuente.

Jacob, después de golpear el cuerpo de Jeff, estuvo un minuto en silencio, observando su irreconocible cara, si se le podía llamar así. Después emprendió de nuevo el camino al todoterreno, dejando a aquel cuerpo encima de un charco con su propia sangre.

Se sentó en la parte trasera del vehículo que antes había conducido personalmente hasta Morristown, pues tenía varios huesos de las manos rotos por todos los golpes efectuados, hacía algo más de un minuto, contra la cara de Jeff. Con la ayuda de uno de sus guardianes se limpió la sangre de los puños y la cara, para luego desaparecer silenciosamente en la medianoche, dejando el cuerpo de Jeff exactamente en el mismo lugar donde a la mañana siguiente iba a ser encontrado por un par de personas mayores, decididas a dar un paseo mañanero por el pueblo, que tuvieron que recibir ayuda psicológica por el impacto que tuvieron al ver aquel cuerpo mutilado.

Mike llevaba varios minutos pensativos y, aunque creía que ya sabía lo que respondería, formuló la última pregunta del interrogatorio.

—¿Qué es lo que me propones?

Adam acabó con las últimas caladas de su puro y lo aplastó contra la mesa, ensuciándola por completo y esparciendo cientos de trozos de papel y tabaco por el suelo.

—Quiero cumplir con la promesa que le hice a tu padre, con la promesa

de que regresaría a Nueva York, más fuerte y más preparado que antes, que buscaría a sus hijos, más concretamente a ti, y que haría todo lo posible por consumir su venganza.

—La venganza es el sentimiento más importante, ¿verdad? —dijo Mike sonriendo.

—¡Exacto!

—Y mi padre hizo todo lo posible para sacar a la familia adelante, incluso arriesgando su vida por ello.

—Así es.

Hubo unos segundos de silencio sepulcral, pero lo único que hacían era esperar a la respuesta que, inevitablemente, Mike ejecutaría.

—Lo haré, trabajaré para ti, para poder vengar a mi padre. Para matar a Jacob Grey.

Una gran sonrisa invadió el rostro de Adam, que le dio un abrazo a Mike, que también saludó cordialmente a Marco, y salieron todos de aquella sala, la trece, cruzando de nuevo el pasillo y entrando dentro de la mansión donde trazarían otra vez un plan, donde estudiarían las estrategias y valorarían las posibilidades, como si fuesen aquellos adolescentes que fueron él y su padre, con grandes sueños y ambiciones por cumplir.

IX. PLACER POR LA VENGANZA

Liam andaba inquieto y furioso desde que colgó el teléfono a Jeff. El odio hacia aquel chico que casi había matado a su primo y buen amigo le corría por las venas y le infectaba todas las partes del cuerpo, como si fuese un veneno.

Cogió un ligero abrigo para la moto, ya que no hacía demasiado frío en la calle, y salió de su apartamento del centro de Manhattan dispuesto a hacerle una visita a Jacob Grey.

La casa de Jacob se encontraba bastante más alejada de Nueva York que la de Adam, prácticamente tenía que llegar a Filadelfia, donde había una gran urbanización con unas cinco o seis mansiones, casi todas propiedad de Jacob, que utilizaba para realizar reuniones y conferencias además de hospedar a clientes o futuros inversores durante sus visitas, de tal forma que se sintiesen como en casa.

Recorrió la autopista que conectaba las dos ciudades a la máxima velocidad que pudo, subido en su Honda Racer de color negro mate, sintiendo el aire con tal fuerza que incluso parecía que, de un momento a otro, saldría disparado del vehículo.

Llegó justo a la entrada principal del recinto y, de pronto, escuchó:

—¡Quieto! ¡No te podemos dejar pasar! —gritaron dos auténticos armarios que custodiaban las grandes puertas de aquella urbanización.

—Dejadme pasar, tengo que hablar con Jacob.

Los dos hombres se pusieron a reír a carcajadas, mirándose el uno al otro.

—Nadie puede entrar en este recinto sin una visita concertada, son las

normas.

—¡Las normas me importan una mierda, necesito hablar con Jacob y necesito hablar con él ahora!

—Espera ahí un momento, tenemos que consultarlo antes.

Sin dejar de vigilar a Liam, aquellos dos hombres sacaron una especie de pinganillos que se pusieron en las orejas y un aparato negro que parecía una pequeña radio, uno de esos aparatos que permiten comunicarte con otras personas que también se encuentren con el mismo objeto en ese momento, sin necesidad de internet.

Liam se preguntó si con el dinero que debía tener Jacob no podía permitirse el lujo de contratar un servicio básico de ADSL.

Aquellos dos hombres estuvieron hablando durante algunos minutos, sin prácticamente gesticular, haciendo preguntas y analizando las respuestas con detenimiento.

—¿Nos dices tu nombre completo?

—Soy Liam Robert West. He trabajado anteriormente con Jacob, durante varios años.

—Dice ser Liam Robert —dijo uno de los matones por aquel aparato.

—Sí, va en moto, en una Honda me parece —susurró a la persona con la que estaba hablando.

—Es una Honda sí, me la compré hace poco.

—Necesitamos conocer que realmente usted es Liam Robert para dejarle pasar.

—¡Venga va, no me jodáis! No puedo estar aquí todo el día, tengo cosas importantes que hacer.

—Espera un momento, aún tenemos que acabar de confirmar...

Antes que aquel hombre acabase la frase Liam le había arrebatado el aparato a la fuerza, mientras el otro compañero miraba incrédulo la escena. Liam no era tan fuerte como aquellos guardias, pero era más rápido y ágil, y no le costó demasiado quitarle el teléfono a aquella bestia.

—¡Escúchame!, soy Liam Robert y tengo que hablar inmediatamente con Jacob, es urgente, no me hagáis perder más tiempo.

Al escuchar estas palabras y confirmar que realmente se trataba de Liam, accedieron.

—De acuerdo, ponme otra vez en contacto con mis compañeros para que te den la acreditación —dijo aquella voz del otro lado del aparato.

—Quiere hablar con vosotros —dijo Liam, dándole de nuevo el comunicador al matón del que lo había cogido anteriormente.

—Dadle la acreditación —ordenó la voz.

Seguidamente le entregaron una pequeña tarjeta con un código de barras, y le dijeron que la casa de Jacob era la quinta del recinto y que se encontraba a mano derecha.

—¡Sé perfectamente dónde está la casa de Jacob, inútil! —respondió Liam groseramente mientras se abrían las puertas de aquel lugar, dejándole

entrar con su Honda.

Una vez delante de aquella mansión majestuosa dejó la moto aparcada a un lado y avanzó hacia la puerta, donde había cuatro matones más, igual de grandes que los dos que se había encontrado anteriormente.

—¿Acreditación?

—Sí.

—Pásala por aquí —dijo uno de los guardias mostrándole una tabla electrónica.

Liam obedeció y en pocos segundos ya había accedido a la casa.

—El señor Jacob se encuentra arriba, en su despacho, mejor espera aquí hasta que baje.

—Prefiero avisarle que ya he llegado en persona.

Subió las escaleras y llamó insistentemente a la puerta del despacho de Jacob, que se abrió violentamente pocos segundos después.

—¡Hostia puta Liam! ¡¿Qué cojones estás haciendo tú aquí?! —gritó sorprendido Jacob.

Se dieron un gran abrazo, como el que se dan dos viejos amigos que llevan años sin verse ni hablar, como el que se dieron Jeff y Adam cuando se encontraron por casualidad en Nueva York.

—Me alegro mucho de verte, siéntate.

—En realidad no vengo para quedarme mucho tiempo, tengo cosas en mente que hay que preparar y, sobretodo, ejecutar.

—Tú sabrás.

Los dos se rieron.

—Vengo a decirte varias cosas. La primera es que cambies de alguna manera el sistema para acceder a tu casa, esos estúpidos gigantes que tienes contratados me han tenido un buen rato esperando y haciéndome preguntas estúpidas ¿Te puedes creer que querían saber qué clase de moto llevaba?

Jacob se rió a carcajadas y dijo:

—Veré lo que puedo hacer. Son protocolos de seguridad y, desde que ocurrió todo aquello hace más de diez años he ido aumentando las precauciones.

—Precisamente de algo parecido venía a hablarte.

—¿Algo parecido?

Jacob se sentó en la silla de su despacho y se inclinó con cierto aire de intriga.

—Supongo que recuerdas a un hombre que trabajó para nosotros durante varios meses, hará ya bastantes años, su nombre era Jeff West, un contrabandista que poseía, y todavía posee, una gran cadena de restaurantes.

—Sí, creo que me acuerdo de él.

—Pues resulta que Jeff y yo somos primos, y también muy buenos amigos,

y un chico le dio tal paliza que prácticamente lo ha incapacitado de por vida
¡Casi lo mata!

Un silencio en el despacho hizo que Liam volviese a coger la palabra.

—Hablé con Logan Hunter del asunto, pensaba que te habría contado algo.

—Logan últimamente está muy liado y hablamos poco, pero ¿qué quieres que haga yo?

—Quiero, sobretodo, que sepas quién fue ese chico y, si es posible, me ayudes a vengar a mi primo. Sé que estás muy ocupado con tus negocios y, si no me ayudas, en parte lo entenderé, pero en este asunto me gustaría contar con tu colaboración.

—Bueno, ya me has intrigado, ¿quién atacó a tu primo?

—Mike Clifford.

El nombre de Mike resonó por todo el despacho como si de un petardo se tratara, rebotando por las paredes y entrando de manera brusca en los oídos de Jacob, que puso una cara de sorpresa que pocas veces en la vida había mostrado.

—¿Mike Clifford? ¿El hijo mayor de Jeff Clifford?

—Exacto.

—¡Vaya! Si te soy sincero eso no me lo esperaba. Realmente sorprendente.

—Por eso mismo he venido, estaba seguro de que te resultaría interesante y que querrías saberlo.

—Has hecho bien, Liam. Ahora habrá que echarle un ojo a ese chico, no sea que quiera cometer la insensatez de seguir los pasos de su estúpido padre.

—¿Tienes intención de ayudarme o tendré que encargarme yo mismo de él?

—¿No crees que puedas?

—No es eso, solo es para asegurarme.

—Te voy a ser muy sincero Liam, como siempre. Ahora mismo, y aunque Jeff West fuese en el pasado una pieza más de mi organización, Mike Clifford no supone ninguna amenaza para mí, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo, imaginándose, en parte, la respuesta.

—Pero también te voy a decir que a la mínima que sepa que Mike está metido en algún lío como los de su padre iré a por él con todas mis fuerzas. Mientras tanto si quieres vengar a tu primo me parece estupendo y me gustaría que me mantuvieses al corriente.

—De acuerdo.

—Una pregunta que me acaba de venir a la cabeza —dijo Jacob justo antes que Liam abandonase su despacho.

—Dime.

—¿Qué fue al final de aquel hombre que también trabajaba con Jeff

Clifford?, ¿quién era?

— Adam Parker.

—¡Exacto! Adam Parker.

—Después de que matases a Jeff sus empresas empezaron a decaer rápidamente, seguramente abandonase el país con el rabo entre las piernas, como un cobarde. Nunca nadie ha vuelto a saber de él.

—Bien. Hagas lo que hagas con ese chico, ten cuidado, no me gustaría nada que algo saliese mal y acabases recibiendo daño alguno, eres uno de mis mejores amigos, por no decir que eres uno de mis pocos amigos.

Liam, aunque no había recibido la respuesta que más deseaba, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y abandonó la mansión de Jacob a toda prisa.

Llegó de regreso a casa incluso más rápido que antes, dispuesto a llamar al hospital para comentarle a Jeff la conversación que acababa de tener en la mansión de Jacob Grey.

—Dime Liam ¿Has encontrado a Mike?

—No, aún no ¿Cómo estás ahora, mejor?

—Sí, voy mejorando, pero el camino va a ser muy largo, los médicos dicen que voy a tener secuelas de por vida.

Esas palabras le dolieron a Liam incluso más de lo que le habían dolido a Jeff.

—Te llamo porque acabo de hablar con Jacob Grey y ya está enterado de quién te atacó. De momento no nos prestará su ayuda porque no supone un peligro directo para él, pero si la cosa se pone fea intervendrá, aunque creo que no hará falta, antes que pueda saber nada más de Mike tendrá la noticia de su entierro.

—¡Así me gusta!

—Bueno, te tengo que dejar, aún tengo muchas cosas que hacer y me gustaría empezar cuanto antes.

—De acuerdo, vamos hablando.

La mansión de Adam era incluso más grande por dentro de lo que parecía por fuera. Tenía incontables habitaciones y pasillos, conectados por una telaraña de escaleras. Las paredes eran altas y fuertes, repletas de cuadros, obras de arte y esculturas de todo tipo de materiales.

—¿Te gusta mi casa? —preguntó el anfitrión, mirando a los ojos a Mike mientras abría los brazos.

—¡Es espectacular! ¡Increíble!

—Tú podrías vivir en una igual.

Mike no supo reaccionar a esas palabras y dibujó una pequeña sonrisa en su rostro.

—Si te quedases aquí a vivir, podrías escoger el cuarto que quisieras, pero no te alarmes si ves demasiada circulación de gente por la casa. Los negocios nunca duermen, ya me entiendes —dijo Adam guiñándole un ojo a Mike.

—La verdad es que me gustaría seguir viviendo en el apartamento que tengo en la ciudad, por lo menos unos meses más. Simplemente tendría que ordenarlo y limpiarlo todo.

—Como quieras. Mañana empezaremos a planificarlo todo, hasta entonces, descansa.

Mike salió por la gran puerta de la mansión de Adam, dispuesto a volver a su casa, no sabía porqué pero la echaba de menos. De pronto Adam dijo:

—¡Mike, espera, se me olvidaba!

El chico se detuvo en seco y giró la cabeza, dirigiendo la vista hacia dentro de la casa, desde donde le llamaba Adam.

—Coge este teléfono. No es el último modelo ni el más caro, pero para comunicarte conmigo servirá, lo único que tienes que hacer es buscarme en los contactos, me he añadido como Adam Parker, ¿sencillo eh?

Mike sonrió y volvió a caminar en dirección opuesta a Adam.

—¡Ah! Y otra cosa más. Si quieres llamarme, por lo que sea, de una manera más rápida, lo único que tienes que hacer es marcar el número uno, y luego apretar el botón verde de la izquierda, ¿entendido?

—Entendido jefe.

Era la primera vez que Mike llamaba así a Adam.

Finalmente Mike salió de aquella mansión y subió otra vez a la furgoneta que, horas antes, le había llevado hasta allí, pero esta vez no llevaba ni golpes ni amenazas encima, esta vez era uno más del grupo. Marco le llevaría de regreso a su casa, donde le habían secuestrado a primera hora de la mañana.

Liam tenía repartidos por la ciudad a varios confidentes, situados estratégicamente para conocer el paradero de Mike, que seguía siendo un misterio.

—¿Aún no le habéis visto? —preguntó Liam a dos de sus secuaces.

—No, no aparece por ningún sitio —dijo uno.

—Estará escondido, y más le vale que siga en la cueva donde se encuentra —añadió otro.

—Seguid al tanto, yo voy a dar un vistazo a la dirección que facilitó en el registro que tenía mi primo, cuando lo contrató.

Tardó menos de veinte minutos en llegar desde su casa hasta el pequeño apartamento de Mike. Aparcó la moto justo enfrente del edificio y se bajó atléticamente, quitándose el casco de la cabeza de un solo movimiento brusco. Al no tener las llaves del edificio esperó cautelosamente a que algún vecino entrase o saliese, para poder aprovechar y colarse dentro. Lo primero que observó fue el buzón de la segunda puerta de la tercera planta, el del apartamento de Mike, que se encontraba repleto de papeles que sobresalían por el pequeño agujero de la correspondencia. Eso podía significar un par de cosas, o bien que no formaba parte de sus hábitos recoger las cartas que le llegaban cada mañana, o que llevaba días fuera de casa. Incluso una combinación de ambas.

Subió por las escaleras, con la intención de no hacer mucho ruido ni ser visto por algún vecino que rondase por allí.

El primer piso, igual que el vestíbulo, se encontraba desierto, no fue hasta que subió hasta la segunda planta que se encontró con el primer estorbo. Una mujer llamada Rachel, de unos setenta años, que llevaba más de cuarenta y

cinco viviendo en aquel edificio con su marido, Herb. Tenía el pelo completamente blanco y rizado, como si aquel mismo día hubiese hecho una visita a la peluquería con sus amigas. Los pómulos eran grandes y hacían hasta confundir los ojos de las arrugas que provocaban. La boca era pequeña y estaba algo torcida, producto de la edad o de algún mal hábito en la forma de hablar que hubiese acompañado a la señora en todos los años de su vida. De las orejas le colgaban dos grandes pendientes de perlas, aunque atendiendo a su aspecto y al lugar donde vivía la mujer, no debían de ser demasiado caros. Vestía una gran blusa azul con cuadrados estampados blancos, adornada por un par de bolsillos en los costados, donde llevaba colgando una bayeta de color amarillo y las llaves de su vivienda. Los zapatos que portaba eran dos chancletas de plástico de color azul, que iban a juego con el camisón y que cada vez que la señora pisaba el suelo producían un sonido chirriante, artificial. La mujer se encontraba barriendo la escalera de todo el segundo piso, no solamente la parcela que había justo en frente de su puerta, sino todas las parcelas de las cinco viviendas que había en cada planta del edificio.

Liam no tuvo más remedio que pasar por su lado.

—¡Buenos días! —dijo él, pensando que de esta manera no levantaría sospechas.

—Buenos días —respondió la mujer, que rápidamente agachó la cabeza y volvió a ponerse con lo que estaba haciendo, como si no hubiese ni un minuto que perder.

Liam pasó rápidamente por el lado de aquella señora, intentando no pisar ni esparcir por todo el suelo el pequeño montón de polvo y suciedad que esta iba amontonando a cada pasada con la escoba.

Subió las escaleras hasta el tercer piso y miró de nuevo hacia el segundo, para ver si Rachel se encontraba pendiente de lo que hacía, pero parecía que no, aparentemente esta seguía limpiando, sin importarle lo más mínimo quién era él o qué había ido a hacer allí.

La puerta del piso de Mike estaba abierta, dejando ver una parte del interior, a oscuras.

La rareza de la situación hizo pensar a Liam que quizá había llegado tarde, que quizá Mike había abandonado la ciudad a toda prisa, alejándose de allí lo máximo posible.

Acarició la puerta con las yemas de los dedos de su mano derecha y ejerció una pequeña fuerza hacia el interior del piso, haciendo girar los pocos ángulos restantes para abrirla completamente, desplazándola poco a poco.

El mal olor del apartamento le impactó de lleno en la cara, produciéndole una sensación de mareo e incitándole a vomitar. Aunque finalmente no lo hizo. Se puso los dedos alrededor de la nariz, taponándola para no sentir aquella pestilente fragancia que tanto le estaba incomodando.

Al entrar al apartamento cerró la puerta detrás de él, para evitar ser descubierto por algún vecino físgon esmerado en el misterioso motivo que escondía de la puerta abierta del aquel piso.

Avanzó un par de pasos hasta que tropezó con algo, una especie de pieza de ropa, como si hubiese caído por el hueco de una maleta no acabada de cerrar o si hubiese sido lanzada al suelo por alguna razón. Lo que estaba claro era que Mike no estaba allí y que había salido con prisa, como si la estancia en aquel lugar fuese perjudicial para su salud.

Unos pasos más adelante se encontraba el sofá, también hecho un asco, con ropa sucia encima y las almohadas mal puestas, incluso esparcidas por el suelo, que también estaba hecho un auténtico desastre, con manchas de comida por todos lados, pudriéndolo y malgastándolo. Incluso llegó a pensar en pedirle la escoba un momento a aquella señora del segundo piso, para así poder recoger un poco la mierda que había en aquel apartamento.

Ojeó la cocina, temiendo lo que podría encontrar por allí. Sin embargo aquella parte de la casa estaba algo más recogida que el comedor, como si no la utilizase demasiado.

Justo a la derecha había una pequeña habitación, que parecía ya desocupada, pues no había nada por el medio ni en el suelo, y la cama desnuda, con las sábanas del colchón quitadas.

Unos pasos más a la derecha ya se encontraba la habitación de Mike, con la cama completamente desecha y todo tipo de ropa por el piso, desde calcetines hasta abrigo. El armario, de color marrón claro, estaba arañado y golpeado por infinidad de lugares y las paredes tenían manchas de humedad en cada esquina.

—Sin duda alguna, esta es la casa de un desequilibrado —dijo Liam, que seguía tapándose la nariz con los dedos, protegiéndose del olor que esas habitaciones pudiesen emanar.

En la pared más grande del apartamento, en el salón, había una pequeña ventana que tenía las persianas bajadas hasta abajo y estaba completamente cerrada, parecía incluso encontrarse sellada bajo llave. Liam hizo un movimiento brusco y duro con el brazo, logrando abrir aquel portillo.

Ya era más de media tarde, incluso se acercaba la hora de cenar, pero la luz exterior se apoderó de cada rincón del salón, permitiéndole ver, aún con más detalle, la suciedad que había esparcida por el suelo e incrustada en las paredes.

Las moléculas de polvo parecían regocijarse libremente por el aire, bailaban alrededor de todo aquello que encontraban a su paso, dando la sensación que esperaban ansiosas a que se abriese la ventana, para poder así despertarse.

Era como si aquel sitio no hubiese sentido el calor de la luz natural en años.

No sabía que hacer. Pensaba que Mike se habría marchado de casa y, tal como la había dejado, no tenía ninguna intención de regresar. Pero también pensaba que si fisgoneaba un poco sus pertenencias podría encontrar alguna pista o algún indicio del lugar que había escogido para esconderse, el lugar donde podría encontrarle.

Levantó la cama de Mike con un brazo mientras con el otro removía lo que encontraba debajo. Revistas de coches y de chicas sexys, algunas piezas más de ropa, algunas monedas y otros objetos que no tenía ni la menor idea de lo que eran. Eso fue todo lo que encontró.

En la cocina ni se le ocurrió mirar.

—¿Para qué? —dijo con cara de asco y la sensación de que estaba perdiendo el tiempo de la manera más absurda.

Se dirigió de nuevo al comedor y registró los entresijos del sofá, rezando por no encontrar nada demasiado raro.

No encontró nada.

—¡Mierda, se me ha escapado! —maldijo pegándole un puntapié a la basura que se encontraba entre la pequeña cocina y el salón.

Algunos papeles salieron volando y otros, rodando, pues habían sido doblados previamente a ser depositados en aquel pequeño cilindro de plástico.

En su casa eso le hubiese parecido una barbaridad, ensuciar así el suelo,

un auténtico sacrilegio, pero aquel lugar estaba tan sucio que prácticamente no notó ni la diferencia.

De pronto hubo un detalle que le pareció inusual, pues todos los papeles que había por el suelo y todos los documentos que habían salido disparados de la basura se encontraban realmente sucios, ennegrecidos, manchados de comida, aceite y todo tipo de suciedad. Todos excepto uno.

Acercó la vista hasta aquel trozo de papel, arrugado, despreciado, y pudo ver que se trataba de un documento diferente a los demás, mucho más diferente de lo que en un principio había supuesto.

Se trataba de papel del bueno, de calidad. Era una clase de material que había visto con anterioridad, pero no recordaba cuándo, ni dónde, pero sabía que alguna vez había tenido un documento con unas características similares entre sus manos, quizá incluso cuando trabajaba con Jacob Grey.

Desenvolvió aquel papel arrugado, que hizo un ruido crujiente que resonó por el apartamento poco poblado de Mike, rebotando por las paredes casi desnudas.

Mientras lo desenvolvía notó que era fácil reconstruirlo, manejarlo, como si las arrugas no hubiesen estado allí mucho tiempo, como si no hubiese sido retorcido hace demasiados días. Era reciente.

Al abrirlo, miró rápidamente el nombre de la persona que la enviaba, pero no halló a nadie registrado, simplemente había escrita una especie de firma de dos letras, que también creía haber visto en el pasado. No estaba anotada la dirección del destinatario ni del remitente, como si aquella carta no hubiese sido distribuida por el sistema de correspondencia oficial de la ciudad.

Le parecía muy extraño y empezó a leer su contenido.

La carta iba dirigida, con total seguridad, a Mike Clifford, pues su nombre se encontraba dentro del mensaje, citándolo a una especie de quedada, una especie de encuentro en algún lugar conocido de la ciudad.

En el escrito no se detallaba el incidente que habían tenido Mike y Jeff, pero la carta parecía reciente y la persona que la enviaba ponía énfasis en hablar acerca de los últimos acontecimientos, por lo que Liam sospechó que algo tenía que ver con su primo.

De pronto un destello le iluminó el pensamiento, y la memoria. Recordó perfectamente dónde había visto aquella firma, la que venía escrita en la carta destinada a Mike Clifford. Las letras eran AP, y eso solo podía significar una cosa. Adam Parker.

Tenía lo que necesitaba. Tenía la prueba necesaria para hacerle saber a Jacob que Adam estaba interesado en localizar a Mike, con motivo de la pelea que este tuvo con Jeff West. Liam sospechaba que podría haber incluso más gente implicada en la agresión a su primo y, al no creer demasiado en las coincidencias, consideró que Mike y Adam iban en busca de los culpables por la muerte del padre del chico, queriendo asesinar a todos aquellos que, en el pasado, tuvieron cualquier tipo de relación con Jacob Grey, que no arriesgaría lo más mínimo y solucionaría el problema por la fuerza, matando a Mike.

Volvió a doblar, con mucha delicadeza para evitar su rotura, la carta que se había encontrado en la papelería y decidió salir de aquel apartamento, salir de aquel basurero.

El viaje con Marco no fue una fiesta encendida, que digamos, no era una persona muy dada a la conversa, y Mike tampoco. Pasaron la mayor parte del trayecto esquivando miradas y ojeando por la ventana el paisaje oscurecido por la entrada del atardecer, pero sin duda, por lo menos para Mike, fue un viaje mucho más ameno que el que había cursado por la mañana.

Llegaron a la calle del apartamento de Mike, su calle, y Marco detuvo la furgoneta negra en medio de la carretera, sin intención de aparcarla.

Antes de que Mike abandonara el vehículo, Marco se dirigió a él, diciéndole:

—Ahora que vas a trabajar con nosotros me gustaría pedirte disculpas por lo de esta mañana. El jefe no me había explicado mucho de ti, sabía que eras valioso para él, pero no tenía ni idea que te iba a contratar.

—No te preocupes, por mi parte está todo olvidado.

Se estrecharon las manos y sellaron, de alguna manera, la paz.

—Ahora, también te digo que no te creas mi mejor amigo, simplemente somos compañeros de trabajo y que queremos lo mejor para la organización y para nosotros mismos, ¿queda claro?

—¡Clarísimo!

Después de esa conversación Mike empujó la puerta de la furgoneta hasta cerrarla y le hizo una señal con la mano a Marco, a modo de despedida, que él imitó para luego desaparecer de su vista.

Le pareció increíble ponerse la mano derecha en el bolsillo y percatarse que aún tenía las llaves de su apartamento. No había notado su presencia en todo el día.

Se decidió a entrar a su casa, subiendo las escaleras enérgicamente. Al llegar al segundo piso notó el suelo bastante bien cuidado y limpio, como siempre.

—Seguro que Rachel ha estado barriendo otra vez, ¡vaya mujer, no está quieta ni un día! —pensó Mike.

Mientras subía las escaleras hacia el tercer piso se acordó que no sabía si, por la mañana, había cerrado la puerta. Al verla cerrada le dio tranquilidad.

—Parece que aunque me vuelva loco al final todo vuelve a la normalidad —pensó otra vez.

Decidido a abrir la puerta de su casa introdujo la llave dentro de la cerradura, pero cuando estaba a punto de girar la muñeca hacia la izquierda, para abrirla, algo tiró de él con fuerza.

La puerta se había abierto con tanta violencia que el cuerpo de Mike salió disparado hacia dentro de la vivienda, impactando de bruces contra alguien que, al mismo tiempo que Mike abría la puerta para entrar, se apresuraba en salir.

—¡¿Quién cojones eres tú?! —gritó Mike desde el suelo.

No conocía quién era, no le había visto nunca antes, pero parecía un hombre bastante fuerte y corpulento. También le sorprendió la claridad con la que se veía su piso, aún sin percatarse del detalle de que la ventana del salón estaba abierta.

—¿Tú eres Mike Clifford? —preguntó Liam, enfurecido.

—¡¿Pero quién eres tú?! ¡¿Y qué haces en mi casa?! —

La puerta de entrada, al abrirse con tanta brutalidad, había impactado con fuerza contra la pared y rebotado, cerrándose de nuevo.

—Me llamo Liam, y resulta que conozco a Jeff West, de hecho es mi primo, ¿te suena de algo?

Mike se incorporó rápidamente, esa situación no le gustaba nada, y pronto le gustaría menos.

—¡Escúchame! Puedo explicarlo, Jeff me provocó.

—¿Te provocó? ¿Cómo? ¿Diciéndote algo sobre tu estúpido padre?

Liam se rió a carcajadas.

—¿Qué sabes tú de mi padre? —Mike empezaba a cabrearse también.

—Resulta que yo estaba allí aquella noche.

—¿Qué quieres decir?

—Venga Mike, piensa un poco.

—¿Tú mataste a mi padre?

—No exactamente, pero podría haberlo hecho, digamos que me encontraba en una posición privilegiada, en primera fila viendo el espectáculo de fuegos artificiales. Fuegos artificiales con sangre.

—Más te vale callarte ahora mismo y salir corriendo de mi casa o sino...

—¿Sino qué? ¿Vas a matarme? ¡Nada me gustaría más que intentases matarme y quitarte los ojos en el intento!

Liam se puso la mano derecha en el bolsillo trasero de su pantalón, de allí saco una navaja. No era demasiado grande pero aun así era perfectamente capaz de cortar la carne humana, pudiendo matar a Mike.

—¡Ven Mike! ¡Voy a llevarte de visita con tu padre!

Mike se impulsó bruscamente hacia Liam, que se protegía con el cuchillo. El choque hizo que la navaja se le clavara a Mike en el hombro, pero a la misma vez este había empujado a Liam, que cayó de espaldas, impactando su cabeza contra la pared, de la que salieron expulsados algunos trozos de pintura podrida.

Los dos se agarraron y siguieron con el forcejeo, por el suelo, impregnándose de toda la suciedad que en ese momento era cómplice de la batalla.

—¡Te voy a matar hijo de puta, igual que matamos a tu padre! —gritaba Liam, justo a diez centímetros de la oreja de Mike.

Esas palabras hacían hervir la sangre a Mike, que también gritaba fuertes insultos hacia su agresor.

Logró zafarse de Liam, aunque no fue nada fácil ya que pesaría casi treinta kilos más que él. Al menos no le había hincado la navaja otra vez.

Se movió dando tumbos por todo el salón, empujando el sofá y chutando las piezas de ropa que se encontraba por el camino. Al llegar a la cocina agarró la primera sartén que encontró y, al girarse, volvía a tener a Liam encima.

—¡No corras, bastardo!

Interpuso aquel recipiente de metal entre su cuerpo y la navaja de Liam justo medio segundo antes de que esta penetrara de nuevo en su piel, esta vez a la altura del pecho.

Liam se desestabilizó y, por la inercia que llevaba en el ataque, cayó al suelo. Mike aprovechó para golpearle bien fuerte en la cabeza con lo que llevaba en las manos. El sonido fue hueco y duro.

Cogió rápidamente el primer cuchillo que avistó en la cocina y se volvió a enfrentar a Liam, que casi se encontraba, de nuevo, de pie.

—¡Te voy a hacer pagar todo el daño que le has hecho a mi primo, tenlo por seguro que lo vas a pagar muy caro, lo vas a pagar con sangre!

—¡Tú vas a pagar lo que le hicisteis a mi padre hace más de trece años! ¡Tú, Jacob y todos los que estuvisteis allí aquel día! ¡Hijos de puta!

Los dos se abalanzaron y chocaron, clavándose los cuchillos mutuamente, desparramando sangre entre la cocina y el comedor, bañando las moléculas de polvo y suciedad del suelo, que parecían divertirse, agitándose cada vez que algún luchador hacía un movimiento brusco provocando una bocanada de aire, elevándolas y esparciéndolas por el campo de batalla.

Cayeron los dos al suelo, a la vez, al lado. Todos los objetos que llevaban encima se desparramaron por aquella superficie mugrienta y ensangrentada.

Mike había clavado su cuchillo de cocina justo en el corazón de Liam, que tenía los ojos en blanco y un río de sangre saliéndole por la boca, abandonando su cuerpo.

La navaja de Liam había penetrado violentamente el estómago de Mike, de tal manera que aún se encontraba clavada en el abdomen de este, evitando así la fuente de sangre que produciría su extracción.

Completamente tumbado, en el suelo, inmóvil, Mike giró la cabeza hacia su derecha, donde se encontraba el cuerpo sin vida de su agresor.

Eso le reconfortó, pero no solamente porque no podía volverle a atacar, que también, sino porque el mero hecho de matar, de provocar el derramamiento de tanta sangre, le gustaba. Era la primera vez que le quitaba la vida a un ser humano, la primera vez que sabía lo que se sentía... Placer.

Recordó cuándo sintió algo parecido, en su infancia, cuando mató brutalmente a aquel lobo que intentaba atacarle a él y a su amigo Josh. Recordó también la segunda vez que una sensación como aquella le recorrió el cuerpo, cuando destrozó la cara de Jeff West, en su propio local.

En el bosque, cuando ya había matado a aquel animal salvaje, su amigo Josh le dijo, emocionado, que tenía los ojos rojos, y cuando apaleó brutalmente a su jefe, este tuvo la sensación que Mike estaba poseído por algún demonio, sorprendido también por el encarnado de su mirada.

Finalmente, mientras se desangraba en el suelo de su apartamento, al lado de su víctima, y mirándose en el reflejo del cuchillo que aún sujetaba en su mano, pudo entender porqué era tan importante para Adam, pudo entender lo que su padre vio en él cuando le dijo que era diferente, pudo ver lo que, tanto Josh como Jeff, vieron en su mirada. Sangre en sus ojos.

Movió lo que pudo la mano izquierda, buscando en el charco de sangre que habían causado entre los dos y, costosamente, pudo alcanzar el teléfono móvil que previamente Adam le había entregado.

Con dificultad logró desbloquearlo, por suerte para él no requería de clave de entrada, pues las fuerzas no le hubiesen llegado para marcarla.

Apretó con todas sus fuerzas el número uno del dispositivo y luego, lo

más rápido que pudo, presionó la tecla que había en la izquierda, la de color verde.

Se dejó caer completamente encima de su propia sangre, mezclada con la de su víctima, escuchando los pitidos que hacía el teléfono al llamar, escuchando aquel sonido susurrante mientras disfrutaba, dolorido y desangrándose, de su victoria. Mientras se regocijaba de placer. Placer por la venganza.